Dos historias romanas

Carlos Pujol

DESTINO

Dos historias romanas es un díptico novelesco que tiene como doble escenario la ciudad de Roma, aunque en dos épocas muy distintas. «La plaza de piedra» se sitúa en la Roma inmediatamente anterior a la desaparición de los Estados Pontificios en 1870, y «La lección del fantasma» transcurre en la Italia de Mussolini, poco antes de que el país entrase en la segunda guerra mundial.

En ambos casos, unos personajes españoles protagonizan peripecias en las que el humor envuelve fantasías, dramas y recuerdos que la memoria impone irresistiblemente a la realidad. Carlos Pujol confirma así la elegancia y la sutileza de su arte narrativo.

Dos historias romanas

Carlos Pujol

© Carlos Pujol Jaumandreu, 2008
© Ediciones Destino, 2008
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
Primera edición: mayo de 2008
ISBN: 978-84-233-4046-0
Depósito legal: M. 18.219-2008
Impreso por Brosmac, S.A.
Impreso en España-Printed in Spain

La plaza de piedra

Sombra de aquella luz, pero no vana.

GÓNGORA

1

—Aquello fue el fin del mundo.

Todavía no, pensé, supongo que hay que esperar un poco más, no hay prisa. El río seguía pasando ante mis ojos, impasible y turbio, y lo mejor que podíamos hacer era contemplarlo sin preguntas ni suposiciones. Todo podía esperar. Era inútil prestar atención a lo que discutían cada vez más acaloradamente a mis espaldas.

A mi derecha, el palacio de los Altoviti, sencillo y grandioso, que parecía nacer del agua, y un poco más allá las barcas y la doble escalera del puerto de la Ripetta; frente a mí los prados, de color verde oscuro, que bajaban hasta la orilla, el puente con sus ángeles y los mendigos de costumbre, y a mi izquierda las casas apretujadas del Borgo y la cúpula de San Pedro en el horizonte.

—Cuando vuelva Garibaldi sí que pasarán cosas tremendas.

—¿Peores aún que las que yo viví? Quemaron los confesonarios de las iglesias, y todos los carruajes de la ciudad se usaron para reforzar barricadas. Sólo se libró el del Santo Padre —Ulrich se quitó el bonete e inclinó la cabeza, como para que admirásemos su brillante calva— porque se usó para il Sacro Bambino de Aracoeli.

—Pues ya verás lo de ahora.

Había oído aquel debate docenas de veces. Nuestro alemán, Ulrich Hoffer, defendía los Estados Pontificios con la convicción y la energía de un zuavo, y Antoine Chollet, el francés, no perdonaba sarcasmos. Era uno de los sempiternos debates de nuestro Club de profesores de idiomas que se reunía desde hacía ya un año. Al principio lo llamábamos Il Ridotto, pero club era más cosmopolita, y al fin y al cabo todos éramos extranjeros en Roma.

Cyril y Owen, que enseñaban inglés con acentos muy distintos, y que siempre intercambiaban pullas acerca de la superioridad de sus fonéticas respectivas (Cyril y su mujer, Rachel, aseguraban que en el condado de Somerset se hablaba un inglés insuperable, y, según Owen, Massachusetts era la cuna del inglés del futuro). Pero los dos eran más bien partidarios de cierta neutralidad anglosajona.

Cyril, que era locuaz, expansivo y gesticulante como un italiano, intentaba convencer a Owen de no sé qué, porque hablaban en inglés, tal vez le contaba un chiste, pero su interlocutor no se rió, parecía ausente. En cuanto a mí, a buena hora iba a enzarzarme en aquellas discusiones gratuitas, porque Roma, papalina o de los Saboya, seguiría siendo el lugar donde nunca podía pasar nada. Al menos nada que me afectase, por eso estaba allí.

—Tus compatriotas no dejarán que el Papa —repitió la piadosa salutación— sea despojado.

—No, si va a resultar que Napoleón, Napoleone-coglione, como le llaman, es un nuevo Constantino.

—Quizá no sea necesario. Te recuerdo que en el siglo V san León el Grande salió al encuentro de Atila y así salvó a la ciudad santa de los hunos.

—¡No ha llovido poco desde entonces!

Y seguiría lloviendo. Yo no pensaba inmutarme por ninguna clase de lluvia, aunque Garibaldi volviera a conquistar Roma. El descubrimiento de la ciudad lo debía a tía Solita, hay que ver. A sus ochenta años decidió que no quería morirse sin videre Petrus, y como nadie de la familia quería acompañarla, acabé prestándome a escoltarla en aquella especie de peregrinación.

Una audiencia no fue posible, pero en la plaza de San Pedro vimos pasar a Pío Nono al salir de una misa solemne; iba en la silla gestatoria, rodeado de monsignori, nobles pontificios ataviados a la antigua usanza, todos de negro, y miembros de la pintoresca guardia suiza. Por encima de su cabeza se agitaban los enormes abanicos de plumas, y la gente se arrodillaba a su paso.

—Se nota que es el Papa —dijo muy satisfecha mi tía, dando por bien empleado el viaje.

—No ha cambiado nada desde los tiempos de Miguel Ángel —murmuré.

—¿Y por qué va a cambiar? —quiso saber ella.

La Capilla Sixtina no fue de su agrado, y aunque no distinguía bien las figuras, tanta desnudez le pareció de mal gusto. Incluso en el Cielo hay que conservar las formas, me dijo. Visitamos algunos museos a los que también puso serios reparos en nombre de la decencia, aunque pareció más conforme cuando le dije que eran falsas diosas de la Antigüedad.

—Siendo así, se comprende que no les preocupe el pudor —me atreví a justificar.

—¡Ah, bueno, si son falsas...! —Pero me miraba suspicazmente y por fin preguntó—: ¿Tú no serás masón?

—No, tía Solita, te aseguro que no.

—Es que hoy en día con los jóvenes nunca se sabe.

¡Maravillosa tía Solita! Seguía viéndome como muy joven, prefería no ver mis canas ni acordarse de mis años; seguramente el hecho de seguir soltero debía de parecerle un indicio de juventud, los solteros para ella estaban a medio hacer, siempre disponibles para todo, y quizás en eso no se equivocaba.

Pocos meses después de que regresáramos, tía Solita murió, no sin haber incluido en su testamento una generosa manda para mí. Al verme con un poco de dinero del que podía disponer libremente (porque todos los beneficios del Negocio —había que escribirlo así, con mayúscula— se tenían que invertir en él) se me ocurrió una idea extraña, aunque cuanto más lo pensaba menos extraña me parecía.

Nunca antes había tomado una decisión propia, en realidad fue la primera de mi vida. Cuarenta años era una buena edad para cometer una locura, que probablemente iba a ser la última, algo escandaloso y original que no fuese la vulgaridad de tener una querida como mis hermanos. ¿Iba a seguir vegetando como ellos en un aburrimiento laborioso?

Obreros, pedidos, facturas, inventarios, letras, máquinas (había llegado a interesarme por su funcionamiento, qué horror, casi disfrutaba oyendo su ruido monótono y obsesionante). Estaba encadenado a la rutina más idiota, y decidí librarme de esta condena de un modo brusco y radical. Me iría a vivir a Roma para no hacer nada, para brujulear por sus calles a mi capricho. Una insensatez que iba a poner los pelos de punta a mi familia, y eso no era el menor de sus alicientes.

Ofrecí a mis hermanos cederles mi parte del Negocio a cambio de una pensión vitalicia. Pasado el primer susto que tuvieron, vacilaron y echaron cuentas: quedarse como dueños de todo les parecía espléndido, pero lo de la pensión era peligroso: ¿Y si se me ocurría vivir mucho y llegar a centenario? Regatearon y yo acabé aceptando la rebaja, decididamente el cálculo mercantil no era lo mío.

¿Qué más daba un poco menos de dinero? Podía dar lecciones de español, el Negocio podía seguir su camino sin mí, supongo que incluso ser más próspero, yo había descubierto, aunque tardíamente, las delicias de no hacer nada, y si era en Roma, ya no se podía pedir más. Allí el aire que se respiraba daba una sensación de libertad, y no tener nada que hacer me parecía una ocupación exaltante.

Desde entonces habían pasado cinco años, tenía un piso alquilado en la Piazza di Pietra, y aparte de unas cuantas clases particulares de español que daba desganadamente, casi la única de mis actividades eran aquellas reuniones del Club, donde se daban cita unos cuantos forestieri sin más pretensiones que pasar el rato.

Aquélla era la casa de Ulrich, que vivía solo porque era viudo, y yo se la envidiaba. Era tortuosa, como hecha de escondrijos, muy húmeda, había que luchar con los mosquitos —que en italiano tenían un nombre que me encantaba, zanzare—, y de vez en cuando subía del río un olor nauseabundo que tumbaba de espaldas, pero aquella vista de la ciudad era única.

Acariciaba el busto desnarigado —probablemente obra de algún falsificador de los que tanto abundaban en Roma— que Ulrich había situado de espaldas a la ciudad; su gabinete tenía un balcón al que no podía salir porque amenazaba derrumbarse, porque eso sí, allí todo parecía viejísimo y deteriorado. Éste era uno de sus atractivos, vivir en un lugar en el que el paso del tiempo era tan sensible.

Ulrich hablaba una vez más de la hidra revolucionaria con un trémolo en la voz; Antoine le replicaba con zumba para chincharle: O Roma o morte, en un italiano con una pronunciación tan afrancesada que sonaba como una parodia; Cyril, que presumía de humor inglés, acabó decidiéndose a intervenir:

—El Papa podría ser como la Reina, que reine a condición de que no se le ocurra meterse en nada —dijo.

—¿Y por qué no ser elegido cada cuatro años?

El bufido de Antoine debió de oírse en la plaza de San Pedro, y pensé que frente a mí el arcángel san Miguel empuñando su espada seguía velando porque en Roma nada cambiase. Y sobre todo, si era posible, que no llegara a proclamarse la República, por si acaso.

Aquello era la normalidad, la felicidad, ¿qué otro país podía haber ideado la expresión dolce far niente? No podía decirse de manera más gráfica. Y nosotros, que habíamos venido de muy lejos, nos habíamos hecho ya muy romanos. Y como los indígenas tendíamos a gesticular, a alzar la voz y a hacer chistes en vez de hacer la revolución. Pasara lo que pasase, se trataba de que todo siguiera más o menos igual.

Tampoco yo quería cambiar de estado, se trataba de resistir a todos los propósitos casamenteros de la gente empeñada en encontrarme una esposa. Veinte años atrás ya querían casarme, y hasta me salió un buen partido. Matilde, Matildita, como la llamaba papá, razonablemente agraciada, formal, de una familia amiga, al

parecer hacendosa y muy hábil en el bordado de cadeneta, extremo este último que a mí me dejaba indiferente.

La verdad es que yo no tenía prisa, mientras me lo pensaba fue pasando el tiempo, era una novia in pectore, como se dice de ciertos cardenales, y mientras surgió otro pretendiente más decidido y se casó con ella. Luego murieron mis padres y ya me olvidé de aquel asunto, la soltería terminó siendo algo tan consustancial como las facciones y la voz.

Hasta que en Roma todo el mundo quiso casarme, ofreciéndome las candidatas más peregrinas, entre ellas una prima segunda de Cyril, que vivía en Bath; según él no era fea (había que ser muy cándido para no entender eso como un eufemismo), y una verdadera joya. Hasta en la embajada de la Piazza di Spagna hicieron gestiones, nunca tan bien llamadas diplomáticas, para encontrarme novia.

—Aquí hay muchos curas y monjas, de acuerdo —me dijo una vez el agregado comercial—, pero todos los demás a pasar por la vicaría.

Afortunadamente todo fue en vano, pero mi resistencia contribuyó a desconcertar a los que me trataban. No querer casarme añadía un toque más a mi condición supuestamente misteriosa. ¿Yo qué hacía allí? No era artista, ni cura, ni comerciaba en nada, ¿era acaso un conspirador? Se quedaron más tranquilos cuando descubrieron que podían llamarme dilettante, otra de esas palabras intraducibles de especialidad italiana.

Dilettare es pasarlo bien, y a eso me dedicaba. En poco tiempo me había hecho otra vida nueva, despreocupada y libre, sin aspirar a más. Paseaba mucho, recorría el Pincio, entraba a curiosear en todas las iglesias, compraba libros viejos por puro capricho, me conocían en todas las tiendas donde vendían cuadros u objetos que pretendían ser antiguos. Un dilettante es alguien que hace todo eso porque sí.

Según Ulrich, si Garibaldi volviese, un inmenso globo aerostático (invento de un sabio alemán, desde luego católico), que ya había sido probado con éxito en presencia del obispo de Maguncia, podía trasladar a Su Santidad, Dios le bendiga, y a todo el Colegio cardenalicio —algunos de cuyos miembros, matizaba, quizá no merezcan la bendición, porque entre ellos también hay liberales— desde los jardines del Vaticano a un lugar seguro.

Por ejemplo, Francia, donde el Emperador y la Emperatriz, que es española y muy pía, les darían asilo. El Papado podría volver a Aviñón, donde ya estuvo hace siglos, hasta que los camisas rojas

hubieran sido derrotados de nuevo. Roma no se iba a rendir tan fácilmente.

—Amigo mío, éstos son brumosos sueños germánicos —le decía Antoine.

—Ya se verá. Y mientras, el general Lamoricière, con sus valientes voluntarios, barrería a las tropas invasoras.

Eran ganas de hablar, pero también para eso estábamos en Roma. Para oír muy serios los fantásticos rumores de la calle; como la noticia de que una bomba había estado a punto de estallar bajo la columnata de Bernini; o, mejor aún, que en la Luna se había visto claramente la silueta de Víctor Manuel, con sus erizados bigotes y todo.

¿Qué más se podía desear? La felicidad pasiva y despreocupada había sido el gran descubrimiento de mi vida, lejos del Negocio (¿no fue Horacio quien dijo lo de Procul negotiis?), en la capital del mundo que no dejaba de ser una aldea, entre buenos amigos un poco estrafalarios y aquellos italianos que estaban locos, pero eran encantadores.

Y hablando todo el día —mejor sería decir oyendo, porque los romanos tendían a no dejar hablar— aquella lengua blanda y cantarina, que sonaba como música, y que si significaba algo quizás fuese como un añadido sin importancia a su sonoridad. El español era mi casa, o lo fue, pero me había mudado a otra nueva más acogedora.

Al río le daba igual, como a mí. Había visto el esplendor del Imperio romano, más tarde su caída, Dios sabe cuántas invasiones y saqueos... Lo había visto todo, de vez en cuando crecía, como si no pudiese albergar ya tantos recuerdos, y desbordaba sus márgenes anegando la ciudad, hasta que se cansaba y volvía a su cauce. En aquel lugar, ante la sepultura de Adriano y la de san Pedro, uno lo abarcaba todo con la mirada.

A mis espaldas la discusión seguía su curso, inacabable, pero ya con indicios de agotamiento; Owen y Cyril intentaron poner fin a aquel intercambio de furiosos argumentos que nos sabíamos de memoria, di media vuelta e intenté calmar los ánimos; creo que hasta los dos contendientes buscaban una excusa para interrumpir las hostilidades. Llevábamos tanto tiempo hablando de lo mismo que el asunto había perdido interés.

Allí estaban los cuatro, cada cual atento al papel que quería representar, supongo que con máscaras. Ulrich el de cascarrabias ultramontano, aunque era un bendito —de vez en cuando se distraía y la bondad le asomaba a los ojos—, eso sí, muy gruñón;

Antoine como esprit fort intransigente y rabioso, pero tenía un corazón muy tierno y gastaba una fortuna en limosnas secretas para los pedigüeños de la ciudad, y los había a miles.

Cyril vivía para su mujer, Rachel, era concienzudo en sus clases, de costumbres ordenadas, abstemio..., pero algo chirriaba en su personaje: ¿por qué el propietario de un buen hotel de Bath lo había vendido todo para vivir en Roma? ¿Suspirabais por un clima más humano?, se le solía preguntar. Él echaba mano de una exagerada mímica, y terminaba explicando:

—Un buen día le dije a mi mujer: Rachel, ángel mío, ¿y si nos fuéramos a vivir a Italia? Y ella me contestó que bueno, que seguro que no iba a pasar más calor que en Calcuta. Y aquí estamos.

—Los ingleses, cuando estáis a punto de morir de esplín os vais al sur.

—Qué va, eso del esplín es una tontería que habéis inventado los continentales.

El taciturno Owen sólo nos había confesado tres cosas de su vida: que había nacido en Springfield, que escribía cuentos que de momento no quería publicar, y que unos años atrás la muerte de una joven llamada Vinnie le dejó inconsolable. En las reuniones del Club siempre sacaba una libretita para anotar no se sabe qué, algo que habíamos dicho y que sin duda pensaba utilizar en uno de sus cuentos.

—Vosotros no sabéis lo que es Massachusetts —se le escapó en una ocasión. Y no quiso decir más.

Y yo no era el menos raro de los cinco, ya lo sé. Aquella venada que me dio y de cuyo impulso aún vivía, romper con todo, echar raíces allí, sin poder explicar por qué, no era un indicio de cordura. Fue como una deserción, aunque en realidad todos éramos desertores de lugares, familias, recuerdos, hasta de nuestra propia lengua. Y en mi caso del Negocio. ¿Para qué? Quizás habíamos huido precisamente para saberlo.

O para cultivar nuestras fantasías sin que nadie nos estorbase. Porque yo tenía una vida secreta de la que me avergonzaba, pero a la que no hubiese renunciado por nada del mundo, pasar las horas muertas soñando despierto. Como un niño, igual que un niño, lo cual a veces me alarmaba. ¿No había sabido crecer, no podía vivir sin aquellas invenciones pueriles?

Era como vivir muchísimo más que el resto de los mortales, que tenían que conformarse con lo que les pasaba. Yo elegía además ser capitán de piratas, náufrago como Robinsón o verme en la piel del vengador Montecristo; también a veces, de manera más prosaica,

encontraba una mina de oro en California. La cara que ponían mis hermanos al saber que era inmensamente rico, y sin trabajar...

Ese teatrillo de aventuras que representaba para mí mismo empezó al morir mi padre, cuando descubrí una parte de su biblioteca que desconocíamos y que sin duda nos ocultaba como algo inconfesable. La princesa de Amalfi, Los misterios de Londres, Corisandra de Beauvilliers o el dechado del amor filial, Los desterrados de Siberia, qué sé yo. Mis hermanos prefirieron no enterarse, Papá siempre fue un poco raro, dijeron.

Y por lo visto yo también. En Los crímenes de la abadía o los penitentes negros había un episodio... No, en aquellos momentos lo que me apetecía era ser uno de los Borgia maquinando una de sus incontables maldades, mientras contemplaba el río y se relamía pensando en las mazmorras de Sant'Angelo.

—Dottori, dottori!

Sólo había una persona en el mundo que nos llamase doctores: Maddalena, la vecina de Ulrich, que solía asomarse desde la terraza del piso superior, y podía pasarse horas enteras oyéndonos quizá sin entender gran cosa, pero llena de admiración por aquellos sabios que habían venido de tierras muy lejanas. Parecía excitadísima, y muriéndose de ganas de darnos la última y escandalosa noticia de la ciudad.

Habían encontrado a una mujer muerta, completamente desnuda, añadió abriendo unos ojos como platos, entre unos tablones, delante de San Carlino. Según unos le habían dado diez puñaladas, ni una menos, aunque otros decían que la habían estrangulado con un cinturón que aún llevaba arrollado al cuello.

Maddalena lo sabía de muy buena fuente, una amiga suya que vivía cerca de Porta Pia, pero reconoció que tampoco ella había visto el cadáver, que estaba cubierto por una sábana y vigilado por un par de gendarmes. Porque el crimen acababa de descubrirse, era el último y emocionante horror que podía contarse en Roma.

En cuanto a los hechos, nadie había visto nada, como siempre, el cuerpo apareció allí como por arte de magia; aunque sabíamos perfectamente que unos días después todo el mundo diría que lo había visto, incluso describiría al asesino, añadiendo una gran abundancia de detalles fruto de su imaginación.

El Club se alborotó, las diferencias políticas se olvidaron, cada cual hacía sus cábalas y trataba de convencer a los demás de lo acertado de sus suposiciones; y hasta me sorprendí a mí mismo participando apasionadamente en aquel concurso de conjeturas hechas en el aire, de pura fantasía.

Dos años atrás hubo el caso de aquella mujer despedazada cuyos restos metieron en un saco y echaron al río. Se dijo que era de Frossinone, lo cual no era decir mucho, y luego todo aquello se fue olvidando sin que se diera ninguna explicación. Ahora podía pasar lo mismo. ¿Un crimen pasional? Como era la explicación más novelesca, era la preferida del popolino.

En cuestiones vidriosas y delicadas la discreción de la gendarmería pontificia era proverbial, cuando algo resultaba incómodo sencillamente era como si no hubiese sucedido. Aunque no faltaban los mal pensados que decían que eran las mismas autoridades las que alimentaban esas historias truculentas con el fin de distraer a los súbditos del Papa-Rey de problemas más acuciantes.

Yo no imaginaba tan maquiavélico al cardenal Antonelli, secretario de Estado de Pío Nono, como para hacer asesinar a alguien con el único objeto de que los romanos no pensaran mucho en la gravedad de la situación política. Maddalena transmitía otra explicación un poco más melodramática, que desde luego era su preferida:

—Dicen que la han hecho callar para siempre porque sabía demasiado.

—¿Y qué es lo que sabía? —pregunté.

—¡Ah, eso no se sabe!

Acabé cansándome de tanto hablar sin tener la menor idea de lo que estábamos hablando, quería estirar las piernas, me despedí de todos y me fui a mi casa. Había llegado la hora del desfile. Después de varias horas de vanas conversaciones el Club empezaba a ser fatigoso y se imponía una cura de soledad.

2

Tomé el camino más largo, dando rodeos, con ganas de callejear; la vida de la ciudad me parecía una perpetua función, y la gran ventaja es que todo estaba como quien dice a tiro de piedra. En poco más de un cuarto de hora se podía ir de punta a punta de las murallas, era casi como recorrer un pueblo que era además caput mundi.

¿Y si me alargaba hasta Monte Cavallo para contemplar una vez más la prodigiosa vista de la ciudad a la luz del crepúsculo? Los guardias suizos que descansaban en el banco adosado a la fachada, fumando y riendo, no estorbaban a los forasteros que daban la espalda al palacio papal y a los gigantescos caballos encabritados de Cástor y Pólux, para admirar el panorama de Roma entre la calima.

Pero era muy cuesta arriba, y preferí perderme por entre las calles alrededor del Corso, abandonándome al azar de lo que saliera a mi encuentro. En medio de una estrecha calle se había apiñado la gente discutiendo algo que parecía muy controvertido, y hasta dos barbudos frailes tomaban parte en el alboroto. Un soldado francés daba largas explicaciones en su lengua, y los indígenas no hacían el menor esfuerzo por entenderle.

Se anunciaba una procesión que iba a salir de San Marcello, un rebaño de cabras me obligó a refugiarme en la entrada de una trattoria, un cartel anunciaba que la gran bailarina Lola de Cádiz presentaría en el teatro Alibert su excepcional interpretación de la cachucha... Había oído hablar de la tal Lola, decían las malas lenguas que era una andaluza falsa, que en realidad era irlandesa, y que lo único que sabía decir en español era Ay, ay, ay, olé y sandunga.

Tampoco estaba muy claro si la dejarían bailar. El censor ya la había advertido severamente que de cachucha nada, que se lo quitara de la cabeza, que aunque nunca había visto ejecutar aquel baile, con un nombre así no podía ser nada bueno ni decoroso, o sea que su deber era prohibirlo.

Me decidí por echar una ojeada a la Fontana di Trevi, visita que

solía formar parte de mi ritual cotidiano; me encantaba aquel fastuoso derroche de mitología y saltos de agua. Decían, con una exageración casi poética, que si algún día la Fontana dejase de manar, se haría como un gran silencio en toda Roma.

Volví a torcer en dirección al Corso y me detuve ante Santa Maria in Via, última estación de mi regreso a casa. Los mendigos de la puerta ya me conocían, y sabían muy bien que al salir repartía entre ellos los baioiochi que llevaba en los bolsillos; me saludaron con la interesada efusión de siempre, unos llamándome comendatore, otros eccellenza, que por títulos rimbombantes no quedara, y empujaron la puerta de la iglesia entre inclinaciones reverentes.

Una vez dentro, me detenía un momento para que los ojos se acostumbraran a la penumbra, casi sin ver los mármoles policromados, el oro y los estucos de una recargada decoración que me parecía semejante a la de tantas otras iglesias de Roma; creo que nunca había llegado hasta el fondo de la única nave ni visto el altar mayor de cerca, a pesar de haber estado allí cientos de veces.

Me metía en la primera capilla de la derecha, que era más grande que todas las demás, y que tenía al fondo algo insospechado: un rústico pozo que parecía muy antiguo con una especie de caldero para sacar agua. Según la tradición, hace siglos allí se había encontrado flotando una imagen de la Virgen, la Madonna del Pozzo, venerada en el barrio. Aseguraban que el pozo no se había secado nunca, y que su agua tenía virtudes curativas.

Allí me sentaba frente a la imagen milagrosa pintada a la manera de un icono sobre teja plana; la habían incrustado en una de las paredes, junto a la pila bautismal, sobre mármol de colores. El fondo de la pintura era azul oscuro, y bajo la aureola dorada, el ovalado rostro de la Virgen me parecía sereno y triste. Un manto azul se desplegaba sobre la túnica de color rojo.

Me quedaba mirándola durante largo rato. Sin rezar, y tampoco estoy seguro de que creyera que había aparecido de una manera milagrosa. No pedía nada, o si acaso un poco de sosiego interior, que siempre me era concedido después de unos minutos de contemplación ensimismada. Es posible que no fuera una gran obra de arte, y sin duda en Roma había madonne mucho más bellas, sin embargo...

Sin embargo, ninguna otra tenía aquel efecto, ninguna me transmitía quietud y paz como aquélla. A veces incluso esperaba que la imagen cobrase vida, que acabara sonriendo, que me dirigiese la palabra; que su cabeza, ligeramente ladeada, se

inclinase un poco más hacia mí, y que entonces me dijera... La verdad es que no sabía qué es lo que podía decirme, pero eso era lo de menos.

En la capilla no entraban nunca visitantes extranjeros en busca de emociones estéticas, sólo humildes gentes del barrio con pocillos y frascos para llevarse agua. Después se arrodillaban, hacían la señal de la cruz y se iban abrazando el recipiente con el agua milagrosa, sin prestar atención a aquel hombre inmóvil como una estatua del que debían de suponer que estaba allí en cumplimiento de algún voto.

La que nunca faltaba era una viejecita que se acercaba por la espalda, que al llegar junto a mí carraspeaba, y cuando yo volvía la cabeza me daba sonriendo una estampita del Sacro Cuore y tendía la mano; yo la llamaba la pobre carrasposa, siempre sin decir una palabra, agradeciendo mi limosna habitual con un parpadeo levísimo.

Unos minutos más tarde llegaba a mi casa, que estaba lejos de ser un palacio; era oscura y laberíntica, incómoda, gélida en invierno, y desde luego sin aquella vista del río de la que disfrutaba Ulrich; pero el lugar tenía para mí un misterioso atractivo: la Piazza di Pietra era una plazuela diminuta y mal iluminada (el alumbrado de gas no había llegado hasta allí) que no me cansaba de contemplar.

Las paredes de las casas, desconchadas y sucias, tenían aquellos colores que quizá no se daban en ningún otro lugar del mundo: hoja seca, miel, mostaza, rosa marchita, amarillo limón; y había también once bellas columnas de mármol embutidas en la pared de un edificio moderno, práctico y vulgar, ya algo decrépito, con hierbajos creciendo entre las piedras romanas.

Abrir la ventana y asomarse a aquellos contrastes mudos me parecía un espectáculo prodigioso a fuerza de sencillez y naturalidad, era la obra del tiempo, lenta e incansable, que había acabado formando aquel descalabrado rincón de la ciudad. Y si sacaba la cabeza podía ver también un pedazo de mármol con la doble hendidura que produjo sin romperse Durandarte, la espada del caballero Roldán, como una huella de lo imposible.

En la casa me esperaba una carta de mis hermanos, que como siempre leí por saltos pensando en otra cosa. El tiempo había sido revuelto y cambiante, lo cual naturalmente me traía sin cuidado, la situación de la familia al parecer plácida, y la marcha del Negocio, decían, no sin traqueteos. Habían tenido que comprar máquinas nuevas, ¡hay que hacer frente a muchos gastos!, se quejaban,

necesitaban quejarse, inspirar lástima formaba parte de su estrategia comercial y familiar.

Era una forma de decirme que mi pensión era muy gravosa, que me estaban haciendo un gran favor a costa de enormes sacrificios, pero tratándose de la familia... Desde luego, había que compadecerles, y sobre todo admirar su constante exhibición de amor fraterno. No hice el menor caso. Por supuesto terminaban despidiéndose Tus hermanos que te quieren...

Fausta, la sirvienta, ya había llegado con la compra, que solía ocuparla largas horas, porque se entretenía hablando con todo el mundo; y no tardé en oler la minestrone que se preparaba en la cocina. La bendita rutina, para cenar todas las noches sopa muy espesa y pescado, con algo de fruta. Tarareaba una canción muy triste de amores desgraciados.

De pronto tuve lo que yo llamaba un ataque de soledad, algo que conocía muy bien, como si todo se desplomase dentro de mí y la vida se convirtiera en un montón de ruinas. ¿Qué hacía en aquel país extranjero, solo y en aquella casa roñosa y medio a oscuras? El espejo me devolvía una imagen triste y fantasmal, desesperada, con más sombras que luz.

Sentí un ahogo en el pecho, casi no podía respirar. Durante muchos años tuve una vida pequeña, estrecha, raquítica, que significaba algo, aunque no me gustase; ahora me rodeaba el vacío, no, llevaba el vacío dentro, la libertad consistía en haberme perdido en un espacio inmenso en el que no sabía adónde dirigirme.

Oí una voz de hombre en el vestíbulo, alguien había llamado sin que yo lo oyera. Una visita inesperada, Owen, con los ojos bajos, dando vueltas a su sombrero, como si luchara con su timidez; y farfullando palabras en las que costaba reconocer la lengua de Dante.

—Pasaba cerca de aquí y he pensado: Voy a saludarle.

Como apenas hacía una hora que nos habíamos despedido en casa de Ulrich, la excusa no podía ser menos convincente. Se sentó en una silla, y se hizo el silencio. Ahora la casa entera olía a minestrone, y Fausta volvió a salir porque se le había olvidado no sé qué, lo cual significaba que iba a tardar más de una hora. Antes de irse nos sirvió vino y unas galletas revenidas, que era lo que acostumbraba a ofrecer cuando quería que las visitas se fueran lo antes posible.

Parecía estar esperando que le invitase a cenar, pero decididamente no, no era aquello. Debía de querer hacerme una confidencia sin testigos. Algo muy personal que por algún motivo

que se me escapaba tenía que contarme a mí sin que nadie más lo supiera. Había que esperar a que se soltara.

—¿Todo bien? —dije por decir algo.

—A lo mejor te extraña mi visita.

—Supongo que se te ha olvidado decirme algo.

—Verás, quería preguntarte una cosa muy personal. ¿Tú te has enamorado alguna vez?

Hice examen de conciencia. ¿Tenía que hablarle de Matildita? Decidí que era mejor no mencionarla, y como no me venían a la memoria otros nombres femeninos adecuados para la ocasión, acabé por decir, eso sí, con un giro que me pareció poco comprometedor y muy cauteloso:

—Es posible que no.

Y esperé la inevitable confesión del enamorado que anunciaba aquel preámbulo. Sería la mujer más bella del universo, claro... ¡Pero a su edad, que era casi la mía! No, seamos justos, tenía menos años que yo, pero aun así, ¿no éramos ya muy mayores para aquellos sobresaltos? ¿Cómo se llamaba aquella muchacha de Springfield que murió tísica? Olvidémoslo.

—Pablo, he conocido a una mujer que es única por todos los conceptos —dijo, bajando mucho la voz, como si temiera oírse a sí mismo—. La hermosura personificada, una aparición celestial.

—Esto es una gran noticia —le alenté, pronunciando la frase que ya tenía en la punta de la lengua.

—Y te aseguro que cuando digo única no exagero.

—Amigo mío, si has encontrado una perla así, ¿qué te puedo decir? Avanti!

—Hay un problema. —El susurro era ya casi ininteligible.

—Debe de ser más joven que tú, pero en fin, si éste es el único obstáculo...

—Es más joven. Pero no se trata de eso, es que está casada.

Solté una de las expresiones más groseras de mi repertorio romanesco, porque siempre se pega lo peor. Y enseguida pensé que aquella escena era el colmo del disparate. Un americano de Massachusetts y un español haciendo mil equilibrios en nuestro postizo italiano para debatir cuestiones tan íntimas.

—Bueno, no sé qué decirte, no esperaba una cosa así.

—¿Tú qué me aconsejas?

—Vayamos por partes. ¿La conozco? ¿Cómo se llama?

—Habrás oído hablar de ella. Es la princesa Casamassima.

Respiró hondo, como si se quitara de encima un peso insoportable. Me puse en pie y empecé a mordisquear una de

aquellas horribles galletas con sabor a rancio. Yo no había visto nunca a la princesa, pero en Roma su nombre era sinónimo de una gran beldad. Y acerca de ella se citaba siempre la frase de no sé qué poeta que le había dado el lírico sobrenombre de la belle dame sans merci.

—Owen, me atrevo a pronosticar que la cosa acabará mal.

—Dicen que el suyo fue un extraño matrimonio de conveniencia.

—Entonces no fue tan extraño.

Pero no estaba para ocurrencias graciosas. Después de una pausa que dedicó a engullir una de aquellas detestables galletas (pero en aquellos momentos se habría tragado sin rechistar hasta una cabeza de ajos), carraspeó y con una ambigua sonrisa empezó a revivir las circunstancias en las que había conocido a su amada.

—Coincidimos en casa de Madame Grandoni, ¿la recuerdas?

—Desde luego, es una señora inolvidable. Nunca había visto llevar una peluca rubia de un modo tan descaradamente despreocupado, e incluso habla de ella con toda naturalidad.

—¡Por favor, es una mujer muy sensible y muy inteligente! Me presentó a la princesa, que ya estaba a punto de irse, y, palabra, no sé lo que me pasó, quedé como fulminado.

—Suele ser el efecto del amor a primera vista.

—No te burles. Jamás había visto una belleza igual. Y además yo diría que dolorida e inquietante, como si necesitara protección, y al no quererla aceptar por orgullo se complaciera en hacer daño.

Estuve a punto de decirle que por lo que me habían dicho era una definición excelente de aquella dama. De soltera, la señorita Light, con una madre intrigante y un poco turbia que había oficiado de casamentera de altos vuelos con una habilidad y una constancia que acabó por dar los mejores frutos. ¡El mejor partido de Italia, casi nada!

—Esto se llama sicología —dije, tomándomelo a broma—. Comprendo que siendo así ya no hayas podido olvidarla.

—Tú lo has dicho, no puedo dejar de pensar en ella. Por mediación de uno de mis alumnos, que había sido preceptor del príncipe en Nápoles, conseguí que me invitaran a una de sus fiestas. ¡Dios mío, Pablo, qué mujer! Es imposible verla y no enamorarse. Estuvimos hablando unos minutos, o mejor dicho, el que hablaba era sólo yo, ella parecía distraída, y enseguida dijo que tenía jaqueca y se retiró.

—¿La has vuelto a ver?

—Varias veces, pero a distancia, cuando salía de su palazzo.

Eso fue todo. Evidentemente aquí acababa la historia, que me

pareció elegiaca y breve. No daba para una novela, y desde luego estaba muy lejos de poder ser un episodio de la vida real. En Massachusetts no había sirenas como la princesa, y tropezarse en Roma con una cara a cara había sido demasiado fuerte para la fragilidad de Owen.

¿Qué podía decirle? ¿Que la olvidase, que todo aquello era un sueño, que la misteriosa princesa —tan misteriosa que se ignoraba cuál era su misterio— había destrozado no pocos corazones antes de casarse, según se decía por razones más bien interesadas? Ni me haría caso ni iban a servir de nada mis razonamientos. No podía razonar, le veía demasiado ocupado compadeciéndose a sí mismo.

Como siempre que uno estaba perplejo, sin saber qué hacer ni qué decir, si tenía delante algo comestible lo atacaba como un náufrago se agarra a un tablón en medio del mar. Empecé a comer galletas sin miedo a parecer un glotón, Owen me imitó abstraídamente, serví más vino, y aquella improvisada merienda llenó un angustioso vacío en nuestro coloquio.

—Vamos a ver... —empecé. Pero no tenía ni la menor idea de lo que podía verse—. ¿Nada más?

—Sólo imaginaciones, ensueños...

—Todo muy peligroso, Owen. ¿Te ha dado alguna muestra...?

—¿De corresponderme? No. Es como una diosa a la que hay que adorar sin pedir nada a cambio.

Era la insensatez hecha enamorado, pensé. El silencio se había hecho agobiante, de la calle no llegaba ningún ruido, oíamos el tictac de un reloj de pared como apremiándonos, él, inmóvil, miraba el plato vacío que estaba sobre la mesa con una fascinación que en otros momentos hubiera podido confundirse con el hambre, y yo respiré hondo.

—Mira, reserva esas cosas para tus cuentos, en literatura el amor es inofensivo.

—No entiendes nada, se ve que nunca has estado enamorado.

—Tal vez, pero estoy seguro de que te doy el mejor de los consejos: olvida.

—Eso no me sirve —murmuró lúgubremente.

—Piensa en ella como en la estatua de un museo.

—¡Es que no es una estatua! —protestó.

—Como si lo fuera. Y si dejara de serlo contigo, me temo que la cosa aún sería mucho peor.

—Lo sé —dijo por fin muy compungido.

Y volvimos a hundirnos en un silencio insondable. Pasaron unos minutos que me parecieron eternos, y cuando ya desesperaba de

que aquella conversación pudiese tener alguna salida, el ruido de la puerta fue para mí un gran alivio. Fausta miró escandalizada al visitante, no eran horas de ir por las casas alterando el buen orden de las cenas.

Y lo de las galletas no había surtido efecto, nos las habíamos comido todas, y encima habíamos vaciado la botella de vino. Y aquel señor extranjero (extranjero tenía que ser, y para colmo americano) no ponía cara de querer irse. Se plantó delante de nosotros y apoyando las dos manos sobre la mesa dijo con un sentido del tacto muy suyo:

—Se hace tarde.

Owen salió de su ensimismamiento y se despidió entre embarulladas disculpas. Yo dije algo así como Ya seguiremos hablando, y una vez se hubo ido advertí que a Fausta se le habían pasado las prisas, su minestrone podía esperar, y se sentó frente a mí con los ojos chispeantes, lo cual en ella indicaba una emoción muy intensa.

—¿Pasa algo? —le pregunté, con la cabeza un poco embotada por el vino.

—Como pasar, muchas cosas, don Pablo. De la mujer asesinada en Via Pia lo sé todo —me anunció.

—Suéltalo, pero si no te importa, tráeme la sopa.

—Déjese de sopas. Era alguien de vida poco limpia —empezó con uno de sus deliciosos eufemismos.

Había estado con unas monjas de Spoleto, y se le notaba al hablar. Según le habían dicho, la habían matado por celos, y el criminal era un hombre muy conocido, un gran apellido en Roma, y su hermano tenía un alto cargo en la Curia. Dijo que en el barrio se comentaba que lo más probable es que echaran tierra encima, y que aquella muerte nunca se aclarase.

—Suena un poco fantástico —me limité a decir, pensando en otras cosas—. Pero es mejor que me lo cuentes mientras ceno.

—Ya sabe las barbaridades que se pueden cometer por amor —filosofó sin moverse de su silla.

—Más o menos lo sé —concedí.

—El amor siempre es algo fatal.

—Fausta, luego me lo cuentas, ¡la minestrone...! —se puso en pie enfurruñada, como si la reclamasen para un penoso deber—. Y a propósito, ¿qué se te había olvidado?

—Cuando he salido a la plaza no he podido acordarme, pero da igual, no debía de ser algo de primera necesidad. Nunca se sabe lo que una necesita —añadió reflexivamente.

3

Los caballos del ómnibus que llevaba a San Pablo Extramuros echaron a andar, muy pronto desaparecieron de la vista, y en la Piazza di Campitelli se hizo el silencio; Cyril y yo de nuevo sólo oíamos caer con monótono rumor el agua de la fuente que adornaban dos grotescos mascarones con grandes orejas de asno. En aquellos instantes Roma parecía casi desierta.

Delante de nosotros, la antigua iglesia, de un barroco aparatosísimo, con sus imponentes columnas casi amenazantes de puro esplendor, como para imponer respeto a los palacios vecinos. Y por dentro era aún más espectacular y sorprendente, buscando efectos teatrales de pasmo y maravilla.

A veces se me ocurría pensar que con tanta ornamentación no dejaban espacio para Dios. Aunque también podía ser cierto lo contrario, que todo aquel derroche de fastuosa belleza fuese lo único capaz de sugerir lo que debía de ser el Cielo. No lo sabía, la verdad es que con Dios nunca se sabe.

Desde el café veíamos trabajar a un barbero al aire libre, en mangas de camisa, con chaleco y sombrero hongo; su cliente sujetaba la bacía con las dos manos, y el agua se calentaba en una cazuelita sobre un braserillo. Cyril no perdía detalle, como si aquellas operaciones le pareciesen una obra maestra disimulada en un oficio callejero.

Ulrich estaba enfermo, Antoine, a juzgar por la excusa increíble que nos dio, debía de estar practicando sus limosnas secretas en el Tiburtino; en cuanto a Owen ni se había molestado en dar una explicación a su ausencia; al lado de sus congojas sentimentales, nuestra curiosidad —habíamos convocado a Micca para informarnos acerca de la mujer asesinada— tenía que parecerle algo muy fútil y casi culpable.

El barbero se fue en busca de otros clientes, yo cedí a una somnolencia muy grata, me imaginaba mi antiguo despacho a aquella hora del día. ¡Los albaranes! ¿Qué pasa con los albaranes? No quería saberlo, seguro que mis hermanos lo resolvían mucho

mejor que yo y con mayor entusiasmo. ¿A quién le importaba la suerte que podían correr unos albaranes? Yo había abrazado la vida contemplativa y no estaba dispuesto a renunciar a ella.

—Esta mañana ha ido a vernos Madame Grandoni —dijo Cyril.

—Muy madrugadora.

—Le preocupa Owen.

—A mí también.

—Ya he supuesto que era verdad eso de la princesa. La signora Grandoni es como la mamma de todos los extranjeros en Roma. Y no suele equivocarse, tiene un sentido común prusiano que nunca falla.

—A mí me dijo una vez que cuando su segundo marido se fugó con una prima donna assoluta adquirió una sabiduría de la vida inagotable.

—¿O sea que le tenemos enamorado?

—Como un colegial. Ayer me hizo una visita por sorpresa para contármelo.

—¿Te parece que va en serio? ¿Qué podemos hacer?

—No tengo experiencia de esas cosas, pero me temo que no se puede hacer nada. Está empeñado en pasarlo mal, y esas obstinaciones no las curan los amigos.

—Rachel dice que habría que encontrarle una novia. Me habló de una americana soltera que ha conocido en Roma y que anda por ahí viendo ruinas. Al parecer empieza a aburrirse de tanto convivir con piedras. Y parece adecuada, porque escribe versos.

—Es una posibilidad prometedora —dije con cierto escepticismo.

—Rachel tiene mucha mano con enamoramientos.

—En mi tierra dicen que amor con amor se cura. Pero yo diría que lo de Owen es como una tempestad del corazón, no hay nada que hacer, hay que esperar a que escampe.

—A propósito, tenemos en casa a una inglesa...

—No, por favor, no me busquéis más novias.

—¿No te da pena una señorita desamparada?

—Mucha pena, pero no hasta el punto de casarme con ella.

—Tú verás lo que haces.

Era una mañana clara y tibia, de vez en cuando había ráfagas de aire que traían hedores de basura, la ciudad era poco higiénica, pero yo estaba seguro de que vivíamos en el mejor de los mundos posibles. No me cansaba de oír la música del agua, y las cuitas sentimentales de mi amigo me parecían un problema abstracto del que podía ocuparme con serenidad y buenos razonamientos.

Apareció Micca, un hombrecillo vivaracho al que habíamos adoptado como factótum. Era alguien capaz de resolver todos los problemas de la vida cotidiana, desde encontrar una sirvienta a conseguir alguno de los infinitos papeles sellados que requería la burocracia de los Estados del Papa. Los del Club le dábamos una modesta cantidad que sin duda no le bastaba para sus necesidades, y suponíamos que además era confidente de la gendarmería.

Con lo cual estaba claro que de nosotros las autoridades lo sabían todo, y aunque conocían muy bien las opiniones subversivas de Antoine, preferían no enterarse o no le daban ninguna importancia. En Roma decían que el dejar hacer, el lasciar fare, era como el undécimo mandamiento, y procurar no tomarse muchas cosas a la tremenda —salvo el dogma y el orden público, por supuesto— era una norma del buen gobernante.

—¿Qué puedes contarnos?

—¿De la mujer asesinada? Están en la investigación, que como todas las cosas bien hechas lleva su tiempo. Los rumores que corren naturalmente son falsos.

—¿O sea que lo de que era una mignotta...? —dije, presumiendo de vocabulario local.

—Bobadas. Era una lavandera, hija de un pescador de Ancona conocido por Totonno y casada con un albañil. Se llamaba Serafina no sé cuántos, y el marido no tiene antecedentes ni historia, pero sí una buena fama de bebedor. Cuatro puñaladas, dos de ellas mortales. No la mataron donde se encontró el cadáver, alguien llevó el cuerpo hasta San Carlino, pero no sabemos nada más.

—Dicen que fue por celos.

—¿Por qué no? Pero el marido es inocente, lo sé de buena tinta. La policía busca por otro lado.

Se perdió en pormenores que no llevaban a ninguna parte, esto era muy de Micca, acumular detalles, sin duda verdaderos, servía para esconder el fondo del asunto; o para no admitir que su omnisciencia romana también tenía fallos. Volví a encarrilar lo de la mujer en cuestión:

—¿Muy guapa?

—Yo no la llamaría así. —Puso cara de experto en la materia, como si midiera escrupulosamente el grado de guapura—. Tampoco un adefesio. En fin, no era como la princesa Casamassima.

Se hizo un silencio embarazoso, y Micca comprendió en el acto que había dicho algo inconveniente, aunque no sabía el qué. Nos miró como si quisiera leer nuestros pensamientos, pero no debió de sacar nada en claro. Seguro que pensó: Qué raros son esos

estranieri, nunca se sabe cómo van a tomarse las cosas.

—Nos hacemos una idea —dijo Cyril para romper el hielo.

—Verán, no era mi intención ofenderla; si son amigos suyos...

—No te apures, no lo somos. En realidad, sólo la conocemos de oídas. Pero, ya que la has mencionado, tú que lo sabes todo de todo el mundo, ¿qué hay de la princesa?

—Más bien poco —contestó, tomando sus precauciones.

—¿Engaña a su marido?

—¡Oh, no, es demasiado orgullosa!

—Extraño motivo de fidelidad.

—Las mujeres son desconcertantes. ¿Quién sabe por qué hacen o dejan de hacer algo? Lo que sí puedo decirles es que tiene un secreto.

—Que tú conoces...

—Sfido io! —bajó la voz, aunque no había nadie cerca de que nos pudiera oír—. Su verdadero padre no fue el señor Light, ya difunto, que se ahogó en el Adriático, nadie supo nunca cómo. En realidad, es hija del cavaliere Giacosa. Es una vieja historia de los tiempos en que vivían en Ancona.

—¿No es el mismo lugar de donde procedía la mujer asesinada? —preguntó Cyril.

—No tiene nada que ver. En algún sitio tiene que haber nacido la gente.

—Muy curioso. ¿Algo más?

—Minucias —dijo, haciendo un molinete con la mano, y con una sonrisa intencionada pareció indicarnos que no le íbamos a sacar más información acerca de aquel tema. Juzgaba que ya había dicho demasiado—. Un empleado del Monte de Piedad se fugó ayer llevándose bastante dinero; en el Café Lazzi de la Piazza Venezia anoche un joven se levantó y empezó a cantar Fratelli d'Italia, y los demás le corearon. Cuando llegan los gendarmes nadie ha visto ni oído nada.

—¿Y eso es grave?

—No mucho, el cardenal Antonelli no pierde de vista a los garibaldinos; hay que dejar que la juventud se expansione, ¿no les parece?

Como todo aquello no nos interesaba lo más mínimo, y sobre la princesa no estaba dispuesto a añadir ni una palabra, saqué el sobre que ya teníamos preparado y lo deslicé sobre la mesa en su dirección lo más discretamente que pude. Fue como un juego de manos, el sobre desapareció de nuestra vista con una limpieza digna de un prestidigitador.

—La conversación es muy grata, y como siempre muy instructiva, querido Micca, pero nos esperan.

—Si puedo prestarles algún servicio más... Manden a su humilde servidor.

El tono en que lo dijo desmentía la obsequiosidad de las palabras. En el fondo se consideraba muy por encima de nosotros, aunque no le convenía demostrarlo. En nuestra calidad de excéntricos que venían de otros países y que no hacían nada de provecho, sólo merecíamos migajas de lo que él sabía, eso sí, bien retribuidas y poco comprometedoras.

—Pues sí. ¿Qué puedes decirnos de una americana que se aloja en el hotel de la Gran Europa, en la Piazza di Spagna?

—La verdad es que muy poquito —admitió Micca muy a pesar suyo—. Pero me enteraré. ¿De Estados Unidos? Deben de haber despoblado el país, casi todos están en Roma.

—Es relativamente joven, alrededor de los cuarenta años...

—¡Demonio, pues no es tan joven!

—¿Qué habéis hecho de la proverbial galantería romana? Se llama Mary Tweedy.

—Ya tendrán noticias mías. —Y cerró los ojos como para grabar en su memoria aquellos datos.

Cuando se fue, Cyril y yo, después de pagar al camarero, echamos a andar sin rumbo fijo, para matar el tiempo, un lujo al alcance de la mano en aquella ciudad en la que los negocios casi no existían. O al menos no como solían entenderse en mi tierra. Pasó un landó con unas jóvenes muy elegantes, pero ninguna de ellas era la princesa.

A la que desde luego ya tenía ganas de conocer. ¿Y si también yo, sólo con verla, quedaba cautivado por sus encantos? Lo dudo, pensé, como decía tía Solita, a la que con el tiempo reconocía una gran listeza, a partir de cierta edad uno se hace inmune a los grandes sentimientos. Dios procura, agregaba, que no enloquezcamos cuando ya es tarde.

—Nuestra princesa parece un personaje de cuidado —dije—. Claro que las diosas pueden permitírselo casi todo.

—Hay que hacer que conozca a otras mujeres.

—Lo difícil será encontrar a alguien que resista la comparación con esa dama.

—Piensa en la americanita de Rachel.

—La cuarentona.

—Owen tampoco es un muchacho. Además son compatriotas.

—No sé si esto para él es un aliciente.

En éstas vimos acercarse al más original y estrafalario de nuestros amigos extranjeros, que venía, como de costumbre, con el pelo enmarañado, sin afeitar y hablando solo, con una mirada de alucinación muy característica en él. Sus ropas eran casi de mendigo, y además ahora cojeaba visiblemente.

De él sabíamos muy poco, que se llamaba o se hacía llamar Silvestro, pero nadie sabía quién era ni de dónde venía. Sobre sus orígenes había muchas teorías, todas incomprobables. ¿Un noble polaco en el exilio por sus ideales patrióticos? ¿O tal vez un húngaro de los de Kossuth, rebelde al emperador Francisco José? Lo que se daba por seguro es que procedía de tierras remotas y poco frecuentadas.

Se ganaba la vida —él decía que más bien se perdía la vida en esos quehaceres— dando lecciones de latín y griego, y nos maravillaba que sus alumnos entendieran algo de sus explicaciones, balbuceantes y confusas; a veces nos sableaba, aunque siempre por cantidades mínimas, y uno de sus muchos misterios consistía en cómo lograba sobrevivir sin morirse de hambre. Diríase que vivía de imaginaciones turbulentas.

Porque además tenía que mantener a su mujer, una tal Assunta que parecía invisible, siempre encerrada en su casa; nadie la había visto nunca, pero él ponderaba su belleza diciendo con mucho énfasis que era sobrenatural, soprannaturale. También vivía con ellos un niño francamente esmirriado que se llamaba Baldassarre, y que era un hijo que Assunta había tenido, no se sabe de quién, años atrás.

Una vez tiramos de la lengua a Micca para que nos sacara de dudas, porque en Roma Silvestro era una institución enigmática y extravagante; pero nuestro habitual informador no supo o no quiso aclararnos nada; pareció pensárselo largamente, como si le hubiéramos interrogado sobre la más abstrusa de las cuestiones, y por fin se limitó a sonreír con aire de tristeza.

—Es un caso perdido. Si no hace algún disparate muy gordo cuando se muera le harán santo.

—¿Es una adivinanza?

—No puedo decir más.

—Pero ¿sabes de dónde es?

—Mejor no saberlo.

Nos paramos a saludarle y no nos extrañó nada que no se acordase de adónde iba. Como hacía muecas de dolor, hicimos que se subiera una pernera del pantalón y vimos que tenía una úlcera infectada de un aspecto alarmante. En vista de lo cual le llevamos a

viva fuerza a un médico para que le hiciera una cura.

—¿Y Assunta? —le pregunté por decir algo una vez estuvimos de nuevo en la calle.

—Assunta está bien —contestó como sonámbulo.

—Y tus lecciones ¿cómo van?

Pareció descender bruscamente de un mundo más elevado en el que no existían los profesores de idiomas. Balbució varias veces que bien, que iban bien, y cuando le dijimos que fuera a las reuniones del Club cuando quisiera, que estaría entre amigos, contestó: Iré cuando pueda. Indicó con un gesto que tenía muchísimo trabajo, y cuando ya se disponía a irse dio media vuelta y nos soltó un discurso indescifrable.

Hablaba un peculiar italiano que pronunciaba a su modo, acentuando las palabras en la sílaba que le daba la gana, con incrustaciones de latín, y de vez en cuando derivaba hacia alguna otra lengua desconocida en la que parecía haber un exceso de consonantes.

—Amigo mío, si no te expresas con más claridad... —dijo Cyril.

Hizo un gesto de desesperación, y siguió contándonos no se sabe el qué, mientras manoteaba enérgicamente, como alguien que se está ahogando en el mar. De lo que nos decía conseguí reconocer un par de palabras que no me orientaron mucho: Ludus Naturae. Giocchi della Natura?, le pregunté. Asintió con un ademán de pesadumbre. Pensé que el latín se le había subido a la cabeza.

No sabíamos lo que le atormentaba —cuando uno conseguía entender algo de sus perpetuas angustias siempre eran inquietudes metafísicas—, pero por si acaso vaciamos nuestros bolsillos y le dimos todos los zecchini que llevábamos encima; nos lo agradeció efusivamente abrazándonos con lágrimas en los ojos.

Vimos cómo se alejaba con un aire de antiguo profeta desastrado al que nadie quería escuchar, y yo comenté a Cyril que al lado de los misterios de Roma, los de París que cuenta Eugène Süe se quedan en nada. Silvestro ¿no sería un conspirador carbonaro o algo semejante?, aventuré.

—Tengo entendido que los carbonaros se asean más —dijo Cyril entre risas.

La verdad es que era un hombre que podía degollarse inadvertidamente mientras se afeitaba (cosa que no hacía a menudo), también podía imaginármelo levitando o haciéndose invisible, tal vez adivinando el futuro; pero sin duda ignoraba en qué día del año vivíamos y si hacía frío o calor.

¿Era el más indicado para sublevar el Trastevere contra el Papa

o abrir traicioneramente una de las puertas de las murallas a los bersaglieri? Desde luego que no. Si se le ocurría conspirar, sembraría a su paso la confusión que llevaba dentro, y no era de creer que quisiera agitar a las masas a golpe de latinajos.

—Estoy haciendo una novela —confesé—, lo más probable es que en el fondo todo sea mucho más sencillo.

—Volviendo a las sencillísimas realidades, Rachel quiere urdir una conspiración a favor de Owen.

—Contad conmigo.

—Daremos un té en nuestra casa, ya verás.

—Té con pudding para los males de amor. ¿Una medicina inglesa?

—No es infalible, pero a veces da resultado.

—¿Con la señorita americana?

—No puede faltar.

—Esto sí que es una conjura.

—Lo es. Rachel se ha quitado veinte años de encima estudiando el plan de batalla. Dice que es igual que en las novelas de Jane Austen.

—¿Y si fuéramos a los billares del Caffe Nuovo?

—No es mala idea.

Cada vez que hacía una carambola, Cyril soltaba un gruñido de satisfacción, como felicitándose a sí mismo; y cuando me hubo derrotado por una gran diferencia de puntos, me abrazó triunfalmente y me dijo una frase en inglés que no entendí del todo, pero que supongo que significaba algo así como: Jugando al billar se aprende mucho, ya verás con Owen.

En torno a nuestra mesa se había formado un corro de mirones, y uno de ellos resultó especialmente locuaz; se puso a hablar conmigo, y como a veces me ocurre en Italia, tuve la impresión de que hablaba en verso, pero no, era en vulgar prosa, aunque muy bien modulada. Sin duda el vino contribuía a que se le hubiera soltado la lengua.

Sin yo preguntarle nada me contó su vida, que no era apasionante, pero sí curiosa. Estaba casado, tenía nada menos que diez hijos y trabajaba desde hacía veinte años en la Aduana de tierra. Su repertorio de anécdotas chuscas e irreverentes era gracioso, pero me alarmó que proclamase coram populo unas convicciones que juzgué subversivas.

Creía inminente la entrada de los saboyanos y el fin del poder temporal del Papa, que era lo que pensaban muchos, pero no había conocido a nadie que lo dijera en un lugar público y casi a gritos,

con tan imprudente franqueza. Le hice una discreta señal para que bajara la voz, pero no se dio por aludido.

—Esto va contra la marcha de la Historia y el progreso —afirmó—. Y luego vendrá la República, es inevitable.

—¿Y el Papa?

—También la Iglesia acabará siendo republicana. Hasta que al fin desaparezca.

—No sé si esto va a suceder pasado mañana —objeté.

—Usted y yo lo veremos, caro amico.

Y se fue no sin antes despedirse de mí con un apretón de manos que me pareció singular y significativo. ¿Quería tantearme para saber si yo también era masón? Suponiendo que él lo fuera, y que se sintiera tan protegido por las logias para hacer aquellos alardes revolucionarios delante de todos. Una exclamación española que Cyril había aprendido de mí rubricó una larga serie de carambolas suyas, sacándome de mis reflexiones:

—¡Requetebién!

4

Sam Singleton me recibió como a un gran personaje que se dignaba visitar su humilde estudio, y aunque me cansé de repetirle que yo no era precisamente un hombre ocupado y que lo que me sobraba era tiempo, no parecía convencido. Su modestia era de verdad, sin ninguna afectación, y casi se sonrojaba al dirigirme la palabra.

Como él decía, su único Dios era el trabajo, aunque ya sé que no es omnipotente, solía añadir, qué más quisiera uno. Como pintor no era ningún genio, todo el mundo lo sabía, pero a fuerza de paciencia aquel hombrecillo que unos años atrás se había instalado en Roma, según había oído decir huyendo de la guerra civil en su país, pintaba unas acuarelas deliciosas, con vistas de una ciudad que conocía hasta el menor de sus rincones.

Los dos últimos días habían sido sin historia, francamente aburridos; lo de la mujer asesinada se estaba disolviendo en habladurías cada vez más quiméricas, había dejado de ser una novedad, y ahora se contaban chistes a costa de monsignor governatore que había hecho cambiar el título de La traviata de Verdi por el de Violetta, por considerar escandaloso que en los carteles se aludiese a una mujer que se había descarriado.

Supongo que fue el tedio lo que me decidió a subir por fin a aquellas alturas de la Piazza San Bernardo para ver su estudio, que me pareció destartalado y pobre; vendía sus cuadros a la colonia extranjera, numerosísima, y a los ingleses de paso del barrio de la Piazza di Spagna, pero no daba la impresión de que fuera a hacerse rico, circunstancia que él parecía considerar más que una contrariedad, algo proporcionado a su talento.

Enseñaba sus cuadros con un candor y una humildad que desarmaba cualquier crítica; el arte, me dijo, es hacer todo lo que se puede con los medios grandes o pequeños de que uno dispone, y si no se llega a la altura de Rafael, es una necedad consolarse pensando que somos unos incomprendidos.

Me llegó al corazón aquella actitud tan juiciosa, por no decir tan sabia, y al cabo de un rato casi empecé a creer que tenía ante mí

obras maestras, aunque un elemental criterio estético me inclinaba a no admitirlo. Le dije que quería comprar una de sus vedute, se puso rojo como una amapola, y entre balbuceos me propuso venderme por el mismo precio de las pequeñas una acuarela de grandes dimensiones que se proponía pintar aquella misma mañana en los jardines Ludovisi.

¿Por qué no le acompañaba? Era un lugar precioso y poco frecuentado. Yo ya había estado allí años atrás, pero fue en un día invernal del que no guardaba un buen recuerdo. Tampoco tenía nada más que hacer, mis lecciones de español estaban muy lejos de absorberme, y le dije que sí.

—¿Sabía usted que se gana una indulgencia guiando por la ciudad a un forastero?

—Lo ignoraba, pero imagino que se requieren también ciertas condiciones de fe —dijo con una media sonrisa casi apurada.

—La teología no es mi fuerte, Sam, me he quedado en el catecismo, pero siempre he oído decir que tener una buena intención lo suple todo.

—Eso de las indulgencias no estaba bien visto por mi familia, que es metodista.

—En Roma hay muy pocos metodistas, o sea que no se van a enterar.

Cargó con una gran carpeta y una bolsa con sus trebejos, y después de la pronunciada cuesta que yo había subido desde el Corso, bajamos hasta la Piazza Barberini, chiquita y aldeana, con sus puestos de vendedores de fruta; en un ángulo de la plaza podía verse de lado el formidable palazzo, y en el centro la fuente del tritón, como dos muestras desmesuradas de belleza.

Desde allí ascendimos entre los olmos por la ladera del Pincio, y enseguida encontramos la entrada de los jardines, que eran como un florido mirador, con altos pinos, cedros, robles y cipreses; desde allí se dominaba toda aquella parte de la ciudad y su horizonte de cúpulas recortándose sobre el cielo.

Santa Maria Maggiore con su campanario, y los otros dos gemelos y puntiagudos de San Giovanni, la alargada silueta del Quirinale, la residencia estival del Papa, y al fondo los montes Albanos. Sam Singleton me lo iba señalando todo como un propietario que rebosa de orgullo enseñando su finca a un visitante.

Después de elegir la mejor perspectiva, se sentó en una silla plegable y se dispuso a pintar lo que teníamos ante los ojos; yo me entregué a una contemplación pasiva y perezosa; en cierto modo ver era un sucedáneo de vivir. No sé si lo que experimentaba era

sosiego o marasmo, pero no tenía ninguna prisa por disipar mis dudas.

El sol de la mañana acariciaba aquellos colores fatigados, y hacía relucir las piedras venerables que en el cartón adquirían una vaga presencia más leve, como si la mirada del pintor quitara peso a la realidad, aligerándola de su servidumbre material, ya a punto de perderse desvaneciéndose en el aire.

—La acuarela es como la vida —dijo de pronto Sam sin interrumpir su trabajo—, no admite enmiendas.

—Es usted un filósofo más bien pesimista.

—¿No lo cree así? ¿Me ve volviendo a Baltimore?

—¿Y a mí regresando a España?

—No, lo que se rompió no tiene compostura.

—No tenemos madera de patriotas —dije, echándome a reír.

—Estamos hechos de la misma materia de los sueños, lo dijo Shakespeare.

—Y Roma debe de ser nuestro sueño.

Abarqué con un ademán todo lo que se extendía más allá de las tapias, aquel prodigioso paisaje urbano sobre el que las nubes cambiantes insinuaban fantasmagorías blancas y doradas que iban desbaratándose lentamente en el azul como ilusiones o caprichos destinados a no durar.

Si yo fuese el heredero de los príncipes Ludovisi, ¿qué haría? Compraría muchas antigüedades, pagaría espléndidamente los cuadros de Sam... La verdad es que lo que sobraba en Roma eran antigüedades. No, prefiero no estar emparentado con ellos, en el fondo sería un fastidio. Y además seguro que están arruinados y que cualquier día venden los jardines para urbanizar.

—¿Cómo está Owen? —dijo inesperadamente, levantando la vista hacia mí.

—Ya sólo falta que un día de éstos la noticia se publique en el Osservatore o en la Gazzetta.

—Esto es como un pueblo, y entre americanos vivimos de esa clase de chismes.

—¿Qué le voy a contar? El amor que mueve el sol y las demás estrellas...

—¿No puede decírmelo de un modo menos poético?

—Me parece que no, Dios me libre de quitar poesía a esas cosas.

Unos minutos después vi que hacía una mueca y que rasgaba lenta y calmosamente su paisaje; hacía desaparecer la inacabada pintura sin mirarla, como si quisiera olvidar lo antes posible aquel intento según él fallido, por razones que yo no acertaba a descubrir,

pero que para él no admitían réplica.

—No es eso —dijo, y sacó otro cartón para volver a empezar.

—¿Por qué lo ha roto, Sam? A mí me parecía muy bien.

—Era demasiado previsible. Cuando lo que pinto no me sorprende es que me he equivocado.

Le dejé solo en busca de sus sorpresas, y anduve hasta un seto ya próximo al Casino; un poco más allá, en medio de una rotonda, vi una Venus muy estropeada que era una imagen de noble desolación. De espaldas a mí, una mujer envuelta en un chal la estaba contemplando muy de cerca como para comprobar los estragos del tiempo.

Dio media vuelta y enseguida reconocí a Madame Grandoni. Me saludó entre efusiva y burlona en su italiano suelto y cantarín en el que había un dejo casi imperceptible que supongo cultivaba esmeradamente. Su famosa peluca rubia le caía sobre los ojos, pero no parecía importarle.

—Ya ve cómo acaban las Venus, amigo mío. No es que no lo supiera, pero no está de más recordarlo de vez en cuando. ¿Daba usted un paseíto matinal?

—Acompañaba a Sam Singleton, que ha venido a pintar una de sus acuarelas.

—Un hombre encantador, ¿verdad? Lo que pinta suele ser un poco más bonito que lo que se ve, pero supongo que el arte es así. Le confesaré que yo he venido para negociaciones diplomáticas, pero una vez ante tanta belleza... A los alemanes los paisajes siempre nos emocionan. Bueno, reconozco que también andaba buscando a alguien que me diera un fósforo.

—Pues ha encontrado usted a su hombre, aprovechemos que la censura todavía no prohíbe fumar.

—Todo se andará.

Encendimos unos cigarrillos y durante largos minutos hubo un silencio que me pareció cómplice. Es decididamente fea, pensé, los rasgos de la cara son más bien masculinos, y no obstante... Era ese tipo de personas a las que uno confiaría un secreto vergonzoso, contando no sólo con su discreción, también con una ayuda desinteresada que no nos atrevemos a pedir.

—Cuénteme lo que sea, seré una tumba.

—He estado hablando con la princesa. Mire, es aquella mujer con sombrilla que va a subir al coche. Mejor verla así, de lejos, de cerca puede ser peligrosa.

—Caramba, después de la defensa del Papa, los amores de Owen es lo que más preocupa en Roma.

—Yo les presenté y me siento algo responsable.

—No conozco a esta dama, y me gustaría saber por qué es irresistible.

—Tiene un aura. —La risa le bailaba en los ojos, sin duda muy divertida ante su propia expresión.

—¿Y eso es malo?

—Mire, cuando uno tiene algo que no tiene casi nadie hay que echarse a temblar. Es una mujer desdeñosa, y en su desdén se incluye a sí misma.

—¿Usted cree en esos amores que matan?

—No sé si creer, pero las víctimas le aseguro que sí. Veo que se lo toma a broma, pero una mirada suya puede ser mortal de necesidad, a las pruebas me remito.

—¿Y ha tenido éxito con sus negociaciones?

—Me parece que he llegado a convencerla, muy pronto veremos si es así.

—¿Ella qué dice?

—Está acostumbrada a esas cosas.

—¿Y si les dejásemos en paz? A lo mejor Owen es feliz a su manera sufriendo por un amor imposible.

—¡Ustedes, los españoles! Les gusta vivir en un sueño novelesco, pero no es recomendable. No se puede ser tan hermosa, es como una maldición. ¡Ay, vivimos en medio de la tormenta! —suspiró.

No dijo a qué se refería concretamente. Estaba visto que a mi alrededor todo el mundo se volvía profundo y sentencioso, quizá por culpa de Garibaldi, de quien se hablaba como del quinto jinete del Apocalipsis. O es que nos íbamos haciendo viejos, Sam, Madame Grandoni, Owen, y desde luego yo mismo.

Madame Grandoni fumaba con voluptuosidad, y acabó formando ruedas con el humo; luego no supo qué hacer con la colilla, y después de apagarla en el suelo, miró a la Venus como pidiéndole permiso por hacer algo inconveniente. Iba a enterrarla discretamente en un rincón, pero al ver que yo no perdía detalle de sus manejos, hizo un ademán de excusa.

—El cuerpo del delito —dije—. Siempre he oído decir que si no se cometen más asesinatos, es porque luego resulta muy difícil desembarazarse del cadáver.

—No me decido a tragármela, dígame qué hacemos.

Guardé las dos colillas en una cajita metálica que había contenido pastillas para la tos y que llevaba para estas ocasiones, y vi que me tendía el brazo dando por sentado que iba a acompañarla de regreso a la ciudad. Con un gesto me indicó que dejáramos

tranquilo a Sam con su acuarela.

—Siento no ser príncipe para poder llevarla en un landó con lacayos a la federica.

—No me haga reír, que una ya no está para esas emociones. Hace mucho tiempo, en vida de mi primer marido, no digo que viviéramos con lujo, pero convivíamos con él. Aquellas fiestas en la embajada de Prusia... Después ya sabe... Hablando de otra cosa, para visitar el palacio hay que pedir permiso con antelación, pero si tiene mucho interés...

—Otro día —dije.

—¿Quiere que le diga algo inconfesable? Me aburren los museos. La Capilla Sixtina, con esos montones de carne musculosa, eso sí, armoniosamente distribuidos... Prefiero la calle, que es el lugar de mis recuerdos.

Ella dirigía nuestro itinerario, tomemos por aquí, ahora a la derecha, despacito, las piernas deberían tener recambios, hay que ver esta casa, se está cayendo, y se asoman a la ventana como para no perderse ni un detalle del derrumbe. Los romanos son filósofos fatalistas. ¿Está cansado?

—En absoluto. Nada como una buena passeggiata.

—¿Verdad que sí? Una vez un médico me dijo que si andaba una hora todos los días, casi me garantizaba la salud.

—Lo del casi no compromete.

—Ya lo sé, pero me lo tomé al pie de la letra porque es una receta que conforta. Bueno, concéntrese porque estamos en la scala della Trinità dei Monti. Siempre que puedo me doy el gusto de bajar por aquí. Es como la escalinata de un palacio majestuoso, pero para que la use todo el mundo.

Una vez en la Piazza di Spagna hizo que entráramos en la Via del Babuino, y me condujo hasta la tienda de unos anticuarios, los hermanos Possenti, que eran amigos suyos. La recibieron con todos los honores, como a una reina, hicieron que se sentara en un sillón Luis XV que reservaban para los clientes muy especiales, y aunque parecían darse cuenta de que no podía comprar nada muy valioso, lo aceptaban risueños y complacientes.

Después de rechazar de forma amable y displicente varias pinturas que nos mostraron, manifestó interés por un grabado de Piranesi donde se veía toda la plaza que acabábamos de cruzar. En el centro la soberbia Barcaccia, con carrozas dieciochescas y paseantes que lucían casaca y tricornio, y desde luego la escalinata que subía hasta el Pincio.

Dijo que se quedaba la veduta, que calificó de stupendissima, sin

que en ningún momento se hablase de su precio ni de su posible pago. Que se la mandaran a su casa, Via delle Botteghe Oscure, y se volvió hacia mí con un gesto que quería decir más o menos: ¡Qué nombre!, ¿verdad?

Seguimos paseando, saludaba a conocidos, se detenía aquí y allá, y cerraba los ojos como para fijar en su memoria un recuerdo huidizo; no veía lo que estaba viendo, sino lo que recordaba. Suspiraba y luego sacudía la cabeza. La oí murmurar para sí misma: Los recuerdos son malos consejeros.

—Ha hecho una buena elección —le dije—, el Piranesi es espléndido.

—Sí, lo que pasa es que no sé cómo voy a pagarlo, pero como son amigos... De vez en cuando hay que hacer una locura así para demostrar que estamos vivos. Por cierto, hablando de vida, mañana dirán por ahí que tengo un chevalier servant, ¿no le importa?

—En absoluto, es usted una compañía deliciosa, lo digo sinceramente.

—Siendo así... Mira, a partir de cierta edad empecé a tutear a todo el mundo, es un privilegio al que no renuncio. O sea que... Mi nombre es Gertrud, ya sabes, Pablo.

—Me parece muy bien, ya me acostumbraré.

—Creo que si me presentaran al Papa le diría: Santidad, ¿te puedo tutear?

—Seguro que le haría mucha gracia, me han dicho que es muy llano y jovial, Madame Grandoni.

—¡Cuidado!

—Perdona, Gertrud.

—Cuando una empieza a acordarse de lo que ha vivido... —dijo ensimismadamente—. Ya sabes aquello que se canta en latín, para que resulte más serio: Post iucundam iuventutem, post molestam senectutem... Y estamos en la fastidiosa vejez. Las piernas, el corazón, los ojos, dicen que también el hígado y alguna que otra víscera que no sé muy bien dónde está.

—Te veo muy animosa y con muy buen aspecto.

—Todo es ficción, amigo mío. Pero te diré que la muerte no me asusta.

—No pienses en esas cosas, la mañana es magnífica, ese sol italiano...

—A veces hablo con Dios, y le digo, tuteándole, por supuesto: Estoy aquí, te lo recuerdo porque debes de tener muchas cosas en la cabeza. Procura no hacerme daño. Tú mandas, pero, si es posible, déjame que pueda pasear un poco más por estas calles. Y acuérdate

de mis amigos. No quiero caballos ingleses de tiro y de silla, ni un palazzo, ni vestidos de París, aunque las de Monsieur Worth no están nada mal... Sólo unas cuantas mañanas más.

—Es una verdadera oración, Gertrud.

Estábamos llegando a su casa, y se detuvo ante la iglesia del Gesù. Se quedó mirando la fachada con aire dubitativo, y musitó:

—No sé si me gusta, pero está aquí desde hace mucho tiempo, igual que yo, y tampoco estoy segura de gustarle a Dios.

—Gertrud —le dije cuando llegamos a su portal—, la passeggiata ha sido un placer, de veras. Espero que se repita.

—Sube un momento, puedo ofrecerte un vasito de moscatel.

La casa era vieja, estaba descuidada y había conocido mejores tiempos; el papel de las paredes muy tristón, las cortinas debían de haber sido nuevas cuando la revolución del cuarenta y ocho, y un retrato evidentemente del señor Grandoni, con grandes bigotes y barba, tocando el violín, dado lo que yo sabía de su historia, me pareció entre el escarnio y la incongruencia.

—Es muy grande —dije por decir algo, con la mirada perdida en la desolada inmensidad del salón.

—Ten en cuenta que los fantasmas también ocupan lugar. El del retrato, ahí donde lo ves es un canalla, por eso lo tengo siempre a la vista, para no olvidarlo.

Me sirvió montefiascone, avisándome de que era un vino dulce y traidor, que engaña con su aparente mansedumbre, pero que empuja a cometer imprudencias, y al cabo de un rato me despidió muy afectuosamente. Cuando me vi de nuevo en la tenebrosa escalera tuve la sensación de flotar en el espacio.

Estaba cerca de mi casa, aunque lo cierto es que en Roma siempre estamos cerca de todas partes, y enfilé una calleja sin estar muy seguro de que fuese a desembocar donde yo quería. Fausta tendría ya la mesa puesta, y comería solo, como siempre, pensando en trivialidades idiotas para no pensar en nada más.

—¡Qué vida más tonta la mía! —me dije a mí mismo, reprochándomelo con voz casi inaudible—. No tengo nada que recordar, nada, nada. Mi vieja ciudad embutida entre murallas, la casa familiar en una de las tres calles oscuras que nacen en una plazuela, como una ruin parodia del tridente de la Piazza del Popolo. Y el caserón de la universidad donde había estudiado dos años de Derecho, hasta que me cansé, en un antiguo convento. ¡Nada, nada!

Gertrud tenía sus recuerdos, buenos y malos, vivía en ellos quizá más que en la realidad, pero siempre podía volver a su memoria

como un lugar propio y habitable. En cuanto a mí... Noté la conocida y temible sensación de que me faltaba el aire para respirar, me detuve; y supongo que aquello me salvó la vida, porque no había visto ni oído a un carro con hortalizas que avanzaba ocupando toda la anchura de la calle.

Pegué la espalda a la pared, y al hacer el brusco movimiento vi que muy cerca, por donde yo había venido, una sombra furtiva se refugiaba en un portal. Seguí andando, y después de torcer por dos o tres calles, llegué al convencimiento de que efectivamente alguien me seguía. Era un hombre muy alto y delgado, con un rígido levitón.

Me escondí detrás de una fuente y enseguida le vi pasar con andares furtivos y desconcertado, porque me había perdido de vista. Entonces le abordé por detrás poniéndole una mano sobre el hombro. No parecía alguien amenazador, y además era mediodía y estábamos rodeados de mucha gente.

—Si es a mí a quien busca, ha pasado de largo.

No pareció muy sorprendido. Era de mediana edad con bigotes lacios, sonrisa pálida y aire de oficinista cansado; me recordaba a Onofre, el contable de nuestro Negocio, y como él tenía los dedos manchados de tinta. Me lo imaginé siempre encorvando su alta estatura sobre el libro mayor, y desde luego sin veleidades homicidas.

—No quería molestarle, era simple curiosidad profesional. Con su permiso me presentaré: Platone Baldarella.

—¡Ah, es usted...!

—Me llaman Il Poliziotto. Mi trabajo consiste en saberlo todo de todo el mundo.

—Suena a tremendo, ¿no? La verdad es que sí he oído hablar de usted, por ejemplo a Micca, que debe de ser uno de sus agentes.

—Reúne información, pero no siempre muy útil. Y vigilar esta ciudad, ¡uf! —Con el revés de la mano se secó el imaginario sudor de la frente—. Hay que estar en todo, preverlo todo, y Micca, aún siendo muy listo...

—Y usted tiene que ocuparse personalmente de los asuntos.

—Ecco! Por ejemplo, cuando nos gustaría saber qué piensan los extranjeros.

—A veces yo también me lo pregunto.

—Esos amigos de usted que tienen una especie de club... Reconozca que todo eso es un poco raro.

—No sé por qué. ¿Qué hay de raro en enseñar idiomas? ¿Está prohibido?

—Todavía no. Que yo sepa. Sin embargo... Permítame que se lo pregunte: ¿Qué hace usted en Roma? Nadie lo sabe.

—Yo tampoco.

—No va nunca al Greco, donde se juntan todos los días los españoles pensionados o sin pensionar que estudian Bellas Artes, aprendices de pintores. Y luego van a la trattoria di Lepre, donde suelen comer, y por donde usted no aparece jamás.

—Si necesitara la compañía de compatriotas, lo más fácil era no salir de mi país.

—Certo, ma... Tiene usted unos manejos extraños. Espere, que consulto il mio taccuino. —Y sacó del bolsillo una libretita—. Va usted a menudo a cierta iglesia, y una vez dentro siempre se le acerca una viejecita y le da un papel... Una viejecita sospechosa.

—Santo Dios, ¿por qué sospechosa?

—¿Y por qué no? Y el otro día en unos billares del Corso estuvo hablando con un sujeto al que seguimos la pista. Por no hablar de sus amigos, que son francamente originales.

—¿Nos toma por conspiradores? ¿O por los que mataron a la mujer de San Carlino?

—Andan por ahí unos agentes de la masonería saboyana, y ninguno de ellos es italiano. No quiero decir que... Micca siempre me asegura, si me permite la expresión, que todos ustedes son unos chiflados, pero...

Se me quedó mirando fijamente, y al ponerse serio sus ojos me parecieron penetrantes y temibles. Se hablaba de él como del hombre de confianza de monsignor governatore, con un poder casi ilimitado, una especie de Fouché pontificio para el que no había secretos en la ciudad.

—¿Y ahora que me conoce?

—Espero no tener que volver a molestarle. Baldarella, a su servicio, don Pablo.

Y después de dedicarme una obsequiosa cabezada, desapareció de mi vista, dejándome un poco intranquilo. Pero aquel encuentro había disipado por completo mi ansiedad, y llegué a mi casa silbando una cancioncilla.

5

El inglés es una lengua hecha de ruiditos metálicos, pensaba yo; era como el sonido de una máquina rechinante que de vez en cuando soltase alguna expresión italiana reconocible, con muchas vocales y la imitación de cierta música que parecía más adecuada para cantar que para hablar.

Allí estaba Mrs. Watts, monologando de forma incansable, casi sin mover los labios, como si fuera ventrílocua, y sin más necesidad que la presencia a su lado de alguien que pareciese prestarle atención, y que alimentase su verborrea limitándose a asentir y poniendo una cara de convencimiento.

Aquella dama de locuacidad irrestañable paseaba sus ocios por Europa en compañía de su hija Philadelphia, que no estaba presente, ya que debía de reservarse para ocasiones en las que hubiera mejores posibilidades de encontrar un marido adecuado a sus esperanzas, es decir, rico y de sangre azul.

Vestía de violeta, con una enorme lazada en la parte posterior de la cintura que le impedía sentarse cómodamente, pero lo más llamativo de su persona era un collar de brillos cegadores, con cinco medias lunas entrelazadas de esmeraldas y diamantes. Todo el mundo hablaba de él, y según las malas lenguas quería proclamar que su hija era un buen partido.

Parecía no mover ni un músculo de la cara, como si recitase una lección bien aprendida, y entre sorbo y sorbo de té para reponer fuerzas, dirigía una rápida mirada a su oyente, comprobando que seguía allí y que no dejaba de sonreír a modo de aprobación a cada una de sus palabras.

Sam Singleton ya llevaba un buen rato diciéndole que sí incondicionalmente, pero empezó a lanzar desesperadas señales de petición de socorro, y Rachel, envolviendo a Silvestro en una de sus sonrisas suplicantes más cariñosas, le pidió que le relevara. Desde lejos parecían dialogar, Dios sabe en qué idioma.

Cyril conversaba con Owen, sin duda como preámbulo al momento elegido para dejarle a solas con la americana, de rasgos

angulosos y nariz puntiaguda, que me pareció vestía como una institutriz de familia bien, y que oía lo que le contaba Ulrich sobre las iniquidades que según él tanto abundaban en el mundo moderno.

Gertrud hablaba con Antoine, y yo, desde el fondo de un sillón, hacía equilibrios con mi taza de té para evitar que se derramara sobre la alfombra. La vida social era eso, pensé desengañadamente, diálogos en los que nadie escuchaba a nadie en medio de una indiferencia que había que disimular. Lo esencial es que no hubiera ningún estropicio a pesar de tener las dos manos ocupadas.

Los Bradshaw vivían en el piso bajo de un palacio junto a la Trinità dei Pellegrini, muy cerca de la Piazza Farnese. Los dueños, unos condes arruinados, se habían replegado a la tercera planta, y alquilaban el resto del edificio, que era a un tiempo señorial y tronado, con mucha apariencia y no poca decrepitud.

En el patio de entrada había que sortear a una docena de pintorescos personajes, no se sabía si vagos o pordioseros, en cualquier caso ociosos, que miraban al visitante con una curiosidad inquisitiva y desvergonzada. Uno no sabía si iban a sacar una navaja para atracarnos o a tender la mano exigiendo una limosna.

Una vez dentro impresionaba la vastedad de la antesala y el salón, en el que los invitados parecían perderse en la inmensidad de un espacio previsto indudablemente para grandes recepciones y bailes de gala. Aunque habían puesto mamparas y biombos, y Rachel había hecho lo posible por llenarlo con sus muebles traídos de Bath, más algún recuerdo de su adolescencia en Bengala, la impresión de vacío no dejaba de asustar.

La anfitriona iba de un lado a otro sirviendo solícitamente té a la inglesa, según nos prevenía: muy fuerte y recién hecho, desde luego sin añadidos de ron, como solían hacer, ay, los continentales, y leche sin hervir. Amén de emparedados de jamón, berros y apio. Con el té pocas bromas, me dijo previniéndome de que en aquellos ritos la originalidad estaba de más.

Vi que ahora Owen vagaba taciturno por el salón emitiendo gruñidos que parecían indicar desasosiego. Al ver que yo estaba solo fue en mi busca y me arrastró junto a una ventana para comunicarme las últimas noticias que habían contribuido a agravar su estado de ánimo.

—Esta mañana la princesa se ha ido a Suiza —me informó con solemnidad, como quien anuncia el fin de los tiempos.

—Creo que para ti será lo mejor. Hoy mismo puedes empezar una cura de olvido.

—Pero ¡es que yo no quiero olvidar! ¿No lo entiendes? Se ha ido con su madre y su marido, claro.

—Es lo más natural.

—Si pudiera...

Hizo un movimiento tan impetuoso que estuvo a punto de caer, y se agarró a un historiado cordón de seda granate para llamar a una servidumbre que había desertado de la residencia del señor conde desde hacía muchos años. Al quedarse con el cordón en la mano se puso muy colorado, pero Rachel acudió enseguida en su auxilio, le cogió del brazo y llevándoselo llamó a su marido:

—Cyril sahib —como solía llamarle cariñosamente en la intimidad—, no acapares a Miss Tweedy, seguro que Owen y ella siendo compatriotas tendrán muchas cosas que contarse.

Después de hacer que se sentaran juntos en un sofá, volvió a mi lado y me hizo un gesto como pidiéndome que no estorbara un idilio que según ella estaba a punto de nacer; y se puso a servir más té y emparedados para animar una reunión que a mí me parecía babélica y disparatada.

Aquello no podía llevar a buen puerto, era imposible que prosperase en aquel ambiente de locos. Pero decían que el amor era eso, una especie de locura que en el mejor de los casos se podía compartir. ¿Había hecho mal dejando correr lo de Matildita? No, desde luego que no, pensé, era lo que se dice una pánfila.

¿Y Miss Tweedy? ¿Serviría para alejar de Owen aquellos sombríos pensamientos? Aunque no podía oírles, su conversación, vista a distancia parecía estrictamente cortés y desganada. Dos americanos de Nueva Inglaterra se encontraban a orillas del Tíber, muy bien, pero ¿por qué iban a caer en brazos el uno del otro?

De la cocina salió una joven con un pastel recién hecho, y Rachel se apresuró a presentármela como Miss Blanche no sé cuántos, una buena amiga de Londres que había pasado temporadas en su casa de Bath, porque era huérfana. Debía de considerar su orfandad como un aliciente matrimonial, porque la mirada que me dirigió no dejaba lugar a dudas.

—Pablo es español —hizo una pausa, como si esperase el efecto de un chiste—, un hombre encantador, aunque un poco misántropo.

La tal Blanche, que me pareció una inglesa peculiar (enseguida se me informó de que su madre era italiana y que hablaba perfectamente esta lengua), no se conmovió lo más mínimo ante los elogios que Rachel hizo de mí, y como a mí tampoco me impresionaba su dominio del arte de la repostería, el intento de que congeniáramos no tuvo consecuencias.

Se escabulló con una disculpa porque tenía que sacar del horno unas pastas de té, y Rachel al quedar solos me dijo en voz baja, como una regañina, que yo era un caso perdido, y que empezaba a perder las esperanzas de casarme. Tenía el corazón, me aseguró, como las piedras de la plaza en que vivía.

—Pero, vamos a ver, la gente se casa, no le casan.

—¡Qué barbaridad! Los que entendemos de esos negocios tenemos la obligación moral de casar a los insensatos como tú.

—Es una teoría —comenté en tono de burla.

—Te equivocas, nada más práctico que lo que te digo —contestó, volviéndome la espalda.

Entonces Silvestro se me acercó muy excitado, aunque éste era su estado natural, y me llevó detrás de uno de los biombos para decirme en voz baja y farfulladamente que en los últimos días alguien le estaba siguiendo. Había visto sombras acompañándole a todas partes. ¿Por qué, si podía saberse? Aquello no auguraba nada bueno.

—¿Tú crees que van a por nosotros?

—Andan tras unos francmasones saboyanos que deben de tener muy malas intenciones.

—¿Y sospechan de nosotros?

—Pero, vamos a ver, amigo mío, ¿tú tienes algo que ocultar?

—¿Yo? ¡Nada, nada! —dijo como rechazando una peligrosa tentación.

Empecé a contarle mi encuentro con Baldarella y lo que hablamos, pero mis explicaciones sólo consiguieron ponerle más nervioso. Miraba recelosamente a su alrededor, como si buscase espías y polizontes, y lo que veía parecía estar lejos de tranquilizarle.

Como en el baile de los lanceros, o era en otro, bailar nunca ha sido mi fuerte, se formaban parejas que al cabo de un rato intercambiaban sus posiciones e iban en busca de otra compañía. Hasta que yo también formé parte de los relevos ideados por Rachel para que Mrs. Watts no careciera de oyente.

Me instalé a su lado con una sonrisa muy animosa y dejé que se embarcara en no sé qué historia, quizá de tiempos muy remotos, que debía de tener por protagonista al duque de Bedford. Al parecer ese señor, del que yo lo ignoraba todo, se batió en duelo con otro aristócrata, y nada menos que en Kensington Gardens; me miró como esperando el efecto que causaría en mí tal revelación.

Luego se perdió, o al menos yo sí me perdí, en vericuetos más bien brumosos; si no me engaño hablaba de Napoleón en Santa

Elena, que relacionaba no sé por qué con los muebles Chippendale, y de un chino que al ser presentado a la Reina le pasó algo que juzgaba graciosísimo.

Pero eso eran chispas en medio de la oscuridad. De vez en cuando mencionaba algún nombre propio que me servía de agarradero, y enseguida volvía a martillear sílabas que zumbaban como insectos enloquecidos. ¿Era aquélla la noble lengua de Shakespeare? Pensé que según quien la estuviera empleando.

Dejarse mecer por aquel torrente de palabras, que para mí era solamente una música muy poco armónica, fue una de las experiencias más curiosas de mi vida. Y mientras sonreía, asintiendo con la cabeza, llegaban a mis oídos ráfagas de otras conversaciones que por lo común era también vehementes monólogos.

Ulrich adoctrinaba a Sam: Surgirán muchos falsos profetas que engañarán a muchos, eso está en san Mateo, decía. Más adelante citó el salmo 119: Escoria son para ti todos los impíos de la tierra, y luego habló de la abominación de la desolación en el lugar santo. Sam decía que todo tenía arreglo con un poco de buena voluntad, pero eso aún enfurecía más a su interlocutor.

A mi espalda tronaba la voz de Antoine condenando la soberbia y la insolencia del clero, que no tardaría en tener fin. En las colinas de Parioli se habían visto fuegos artificiales que formaban en el cielo los tres colores italianos, y ayer sin ir más lejos hubo unos misteriosos tiroteos en el Gianicolo.

—Y no quiero hablar —añadió sin dejar de hacerlo— de lo del cardenal Antonelli, que es una vergüenza; ejerce de mandamás, ¡secretario de Estado!, y ni siquiera es cura. Nunca ha querido pasar de diácono. Y su hermano dirige la Banca Romana, ¡imagínate...!

—Aquí casi todo es posible —oí que le contestaba Cyril plácidamente.

Volví disimuladamente la cabeza para ver qué había sido de Owen y de la joven americana, y les vi hablando en la lejanía de unas butacas; todos habían respetado la consigna de no interrumpirles, y habían entablado una animada conversación que a pesar de mis esfuerzos yo no podía oír.

Por fin Rachel se apiadó de mí, y dispuso con no sé qué pretexto que Antoine me sustituyera al lado de Mrs. Watts, quien reemprendió su perorata sin inmutarse. Sólo que al cabo de unos minutos el francés pasó a la ofensiva, y sin dejarse amilanar la cortó para exponerle sus apocalípticas impresiones acerca de la situación actual.

Ella pareció escandalizada, no por el contenido de sus palabras, puesto que no sabía italiano, sino por el hecho insólito de que no la dejase hablar; pero mi amigo no se dio por aludido, y su única reacción fue alzar la voz, como suponiendo que a fuerza de gritar los idiomas se van haciendo cada vez más comprensibles.

—Miss Tweedy se interesa mucho por las iglesias, le he dicho que tú podrías servirle de guía, porque las conoces todas.

Era evidente que Owen quería desembarazarse de la americana, no congeniaban, por el momento los planes de Rachel habían fracasado; y me encontré hablando con aquella joven que yo hubiera dicho que tenía edad de ser mi hija, y que me miraba con unos ojos levemente estrábicos. Hizo un gesto burlón de cómica impotencia señalando el imposible diálogo de Antoine y Mrs. Watts, quien luchaba por recuperar la iniciativa.

—Al menos usted la entiende —dije.

—No hay mucho que entender.

Hablaba un italiano vacilante, pero claro y correcto, y cuando la felicité por ello casi se excusó. Dijo que la habían educado para vencer dificultades, y que aprender idiomas no tenía mucha importancia, bastaba con proponérselo y perseverar.

—Pues a mí me ha costado años...

—Me puse a leer el Orlando enamorado, y luego pedir el desayuno resultó facilísimo. Hay muchos tontos políglotas, y es posible que yo me cuente entre ellos.

Llevaba diez días en Roma, y había visto un sinfín de ruinas, iglesias, plazas y museos. Es una ciudad inacabable y un poco abrumadora, comentó, tiene algo de borrachera. Elegía las palabras con la delicadeza, el tacto y la reflexión de una buena ama de casa que dispone la mesa para sus invitados, cada cosa en su sitio, sin improvisar.

—¿Se quedará muchos días?

—Es posible que todo un mes. El hotel está en un lugar encantador, mis ventanas dan a la Piazza del Popolo, y la vida que discurre por allí es tan atrayente... El primer día salí y lo primero que hice fue entrar en las dos iglesias de la plaza, ya no me acuerdo de su nombre. Y luego otras muchas...

—Hay más de cuatrocientas en la ciudad.

—Sí, parece que no pueden caber. Yo había estado en Londres y París, y también allí hay muchas iglesias llenas de arte y de historia, pero las de Roma son diferentes. Son pedacitos del alma de la ciudad. Exageradas, desde luego, demasiada belleza —añadió como quejándose, después de pensárselo.

—En mi país también lo son.

—No quisiera ofenderle, pero debe de ser cosa de los católicos. Aunque, mire usted, los Estados Unidos son una exageración viviente, demasiado grandes.

—¿Usted no es exagerada?

—No puedo permitírmelo.

—¿Ha venido sola?

—¡Claro, claro! Viajar en compañía es como estar casada, y eso sí que no.

—¿Qué tiene contra el matrimonio?

—La idea no me seduce. La soledad nos obliga a ser nosotros mismos. Pienso estar en Europa unos tres meses. Mi padre opina que más tiempo sería pernicioso para mi moralidad. Tienen ustedes costumbres más bien disolventes.

—Son muchos siglos que dan para casi todo —dije, riendo.

—Supongo que es eso lo que nos atrae, ese espesor de pasado. Yo, claro está, no desciendo de los Borgia, pero mi abuelo fue un héroe de la guerra de la Independencia. ¿Sabía usted que Rhode Island fue la primera colonia americana que se declaró independiente?

—Confieso que lo ignoraba. En Roma hay muchos compatriotas suyos. ¿Qué le ha parecido mi amigo Owen? —pregunté, tanteándola.

—Se le nota que es escritor, toma sus sueños por realidades, y eso no va conmigo. Me ha estado hablando de... Pero usted ya lo sabrá. ¡Y yo que creía que las únicas princesas eran las de los cuentos de hadas!

O sea que le había contado la triste historia de sus amores imposibles, no había nada que hacer, Rachel, a pesar de su experiencia casamentera había errado el tiro. Aquélla era una personita muy original que no se dejaba manejar y que parecía invulnerable para el amor. Una vocación de solterona con mucho temple.

Vista de cerca y oyéndola no dejaba de tener su encanto, aunque muy peculiar. Vestía de cualquier manera, sin pretensiones de elegancia, seguramente era la manera de vestir respetable según el punto de vista de Rhode Island, y estaba lejos de ser una beldad; los ojos muy pequeños y demasiado juntos, la nariz excesiva, las facciones yo hubiese dicho que duras.

Y no obstante, tenía algo indefinible de lo que, por ejemplo, a título de comparación, carecía por completo Matilde. ¿Cómo se me ocurría compararla con ella? Cuidado, me dije, ya me había

prevenido que las mujeres más peligrosas son las que aparentan que no están interesadas por los hombres.

—Eso hace que os descuidéis y bajéis la guardia —solía decir mi querida y sabia tía.

—Si no es indiscreción, ¿qué hace usted en Roma? —Y su pregunta me sobresaltó, haciéndome caer en que debía de haber estado silencioso perdido en mis cavilaciones—. ¿Es aficionado al arte o a la arqueología?

—La verdad es que no especialmente. Siempre digo que vine para encontrar la respuesta a esta pregunta que me acaba de hacer, pero en confianza le diré que es una boutade. Vine porque no me gustaba la vida que llevaba en España.

—¿Y aquí qué vida lleva?

—Casi la misma que usted, pero durante años enteros.

—¿Y no le cansa? En Europa los americanos suelen ser fugitivos.

—Supongo que eso soy.

—No se haga ilusiones, la huida no existe. Yo estoy acostumbrada a mirar las cosas cara a cara, mi padre puso mucho empeño en que fuera así —titubeó antes de continuar—. A los diez años me condenaron a muerte, el corazón era muy frágil, esas cosas que dicen los médicos. Y he sobrevivido, hasta ahora. Mi padre me ha repetido una infinidad de veces que hay que hacer frente a todo con la cabeza muy alta. Ya lo sabe todo acerca de mí, no tengo más secretos.

Bizqueaba visiblemente y se había sonrojado como si acabase de decir una inconveniencia. Daba vueltas a uno de los botones de su traje, hasta que cayó en la cuenta de que aquél era un indicio de nerviosismo e inquietud, y me miró con una sonrisa franca y luminosa en la que había un no sé qué de melancólico. O que a mí me lo pareció.

—Siento que hayamos acabado hablando de cosas desagradables.

—Yo no las llamaría así. Y ahora le ruego que me disculpe, me retiro. Es la hora de los enfermos.

—Ya que le interesan las iglesias, puedo enseñarle alguna que quizá no conozca. Por ejemplo, San Lorenzo in Lucina, es notable por muchos conceptos.

—Acepto su ofrecimiento, no había oído hablar de ella.

—Está cerca del Corso, como escondida. ¿Puedo recogerla mañana en su hotel?

—Cuando guste.

—¿Digamos a las once?

—A las once. Hasta mañana pues.

La reunión se deshacía lentamente, Mrs. Watts había levantado el campo con una vaga mueca de insatisfacción, y cuando se hubo ido oí refunfuñar a Antoine:

—Esa señora es intratable. Aún debe de acordarse de Waterloo.

Owen también se había esfumado, Ulrich comunicaba a Cyril el estado presente de sus achaques (Estoy muy estropeado, se lamentó), Gertrud fumaba sola en un rincón, entregada a reflexiones que parecían ser amargas, y Rachel, que en los momentos de crisis tenía una clara preferencia por las citas de Shakespeare, se limitó a decirme reconociendo su derrota:

—Trabajos de amor perdidos.

Volví a mi casa agitado por un tumulto de pensamientos.

Aquélla era una mujer fuerte y valiente, me veía a mí mismo viviendo a su lado cuidándola, protegiéndola en todo, compartiendo lo que nos pudiera suceder. Había cierta diferencia de edad, pero eso podía no ser un obstáculo insalvable.

Pero si Owen le parecía débil y flojo, soñador, ¿cómo iba a verme? Para llenar amistosamente un rato de charla en el té de los Bradshaw, sí, incluso para abandonarse a alguna confidencia que podía dar un carácter más intimo a la conversación. Pero de ahí a... De todas formas nos habíamos citado para el día siguiente.

¿Y se puede saber por qué de pronto me asaltaban aquellas ideas matrimoniales? ¿Era una epidemia, una especie de cólera morbo que se contagiaba enseguida? Y para colmo una americana, que venía de la otra punta del mundo, indudablemente con personalidad, pero lo cierto es que no sabía casi nada de ella. Si pudiera consultarlo con tía Solita, que era la más sagaz de mi familia...

Al llegar a casa encontré a Fausta excitadísima, hablando sola. Había pasado algo sensacional, había aparecido otro cadáver desnudo, otra mujer acuchillada, pero esta vez una negra. El hallazgo había tenido lugar en Parioli, dentro de la propiedad de los Tedallini.

—¡Una negra, don Pablo! Es horrible, ¿no?

El hecho de que la víctima fuese negra le inspiraba aún más horror que el mismo crimen. No debía de haber muchas negras en Roma, al menos yo no recordaba haber visto ninguna por las calles de la ciudad, o sea que identificarla no iba a ser difícil. Más crímenes, quizá grandes pasiones contrariadas, celos, no sé.

—Cálmate, Fausta, seguro que la policía no tarda en coger al asesino. Mientras tanto, ¿cómo está la cena?

—Dicen por ahí que era una monja —su voz se había hecho un murmullo, como si los vecinos estuvieran escuchando, y desde luego no hizo ni un ademán de dirigirse a la cocina.

—En este caso en su convento la echarán de menos. ¿Has visto qué hora es?

—Francesca, que tiene un primo gendarme, me ha asegurado que era una espía de Garibaldi.

—Eso ya me parece demasiado novelesco.

—¡Oh, no, don Pablo! ¿Sabe lo de los fuegos artificiales de la otra noche? En el cielo se vio perfectamente la bandera italiana, y eso también pasó en Parioli.

—Puede ser una coincidencia, Fausta. En cualquier caso, por favor...

—Tiene que ser un loco —dijo pensativamente—. Una negra...

—A lo mejor es alguien que ha enloquecido porque no le daban de cenar.

6

El Foro era una devastación de columnas truncadas, capiteles rotos y arcos medio derruidos, con hierbas y flores que pugnaban por crecer en medio de aquel destrozo; zanjas recientes parecían querer devolver a la superficie un mundo sepultado como por efecto de un cataclismo que sólo había dejado en pie impresionantes memorias de un pasado hecho trizas.

Algunas iglesias, como la de los Santi Luca e Martina, con su orgullosa cúpula y escudos con abejas en su fachada, surgían entre los restos de un esplendor pagano que el tiempo había mutilado brutalmente. Era un valle desolado ante el que veía pasar con lentitud y soberana indiferencia un carro lleno de leña tirado por dos bueyes.

Grupos de extranjeros se inmovilizaban entre las ruinas como meditando en la vanidad de las grandezas humanas, y yo me senté sobre una piedra que debió de pertenecer a algún noble edificio de la Antigüedad, y me puse a pensar en qué querría decirme Gertrud para haberme citado en un lugar como aquél.

Había que concederle un margen de retraso más o menos razonable, o sea que tenía tiempo de sobra para recordar el día anterior, que me parecía el más luminoso y decisivo de mi estancia en Roma. No quería preguntarme por qué, bastaba la impresión imborrable de unas horas en compañía de Mary Tweedy bajo un cielo encapotado que amenazaba lluvia.

La había recogido en su hotel y fuimos andando por el Corso hasta San Lorenzo in Lucina. Se había puesto un vestido menos serio, color de cereza madura, con trencillas, galones o como se llamen, puños de encaje y un gracioso sombrerito que debía de haberse comprado en Roma.

En la plaza, ante la verja que defendía el atrio y con la vista levantada hacia el severo campanile, empecé a resumirle con aire de estar improvisando, lo que había leído aquella misma mañana en la guía Rufini: los orígenes tan remotos —aquella Lucina de los primeros tiempos del cristianismo—, los vestigios medievales, las

columnas del pórtico y los leones toscos y casi irreconocibles.

Una vez dentro, la impresión era muy distinta, volvíamos a la magnificencia más ostentosa, los mármoles, el oro y los estucos entrando por los ojos agresivamente; aunque a mí la mayoría de las pinturas no dejaban de parecerme insípidas, sin carácter, y el baptisterio muy recargado y algo excesivo.

Ella oía mis explicaciones atentamente, sin despegar los labios, no se inmutó cuando le dije que el crucifijo tenía fama de milagroso, no parecía extrañarse de nada, absorbía toda aquella erudición un poco vana que me había prestado el signore Alessandro Rufini con una naturalidad concienzuda.

Le hice ver las parrillas en las que se supone murió martirizado san Lorenzo, acotando que era español, y que dicen de él que cuando estaba en el tormento desafió a sus verdugos con una frase de extraño humor: Ya está asado, dale la vuelta y come. Me miró con una sonrisa indescifrable.

—Veo que también los españoles son exagerados.

—No lo sabe usted bien.

—¿Y todo eso es histórico? —preguntó.

—Hace ya tantos siglos que vaya usted a saber.

—¡Qué arrogancia!, ¿no?

—Supongo que lo es.

—Pero a usted le gusta ese rasgo tan insolente.

—Reconozco que sí. Cuando le van a matar a uno, ¿qué menos que despedirse de la vida con el reto de un chiste?

El sepulcro del pintor Poussin le causó un gran efecto, pareció recogerse ante él, y luego me habló de sus cuadros, que había visto en París; dijo que eran de una gran belleza, pero que sepultarle allí, con un pomposo epitafio, en la iglesia dedicada a un mártir... Lo juzgaba inadecuado, casi irreverente.

—¿Se imagina que aquí hubiera el sepulcro de Keats?

—La verdad es que no. Pero desde el punto de vista de la Iglesia católica Keats era un hereje. Y he oído decir que su poesía no tiene nada de devota.

—No estoy segura de que todo ese derroche de tanto lucimiento teatral sea muy devoto. Claro que yo también soy herética, por decirlo así.

Había reservado para el final la cuarta capilla de la derecha, y le conté no sin orgullo, que aquel personaje que parecía asomarse a una falsa ventana de mármol veteado era también un español; o quizá portugués, me corregí, no estoy muy seguro. Hizo un gesto para indicarme que en Rhode Island no distinguían a los españoles

de los portugueses.

Era un personaje arrobado, fuera de sí, con la mano crispada sobre el pecho, como sujetando un corazón que a la vista del misterio de Dios se desbocaba y amenazaba escapársele. Con la otra mano sujetaba con fuerza un rosario, y la mirada extática se perdía en algo que no podía ver.

—Ahí tiene a otro exagerado, don Gabriel Fonseca. Creo que era médico del Papa.

—Es asombroso de verdad. Y también de exageración, si me permite decirlo.

—Uno no trata con Dios impunemente.

—No, claro. Es un hombre que se está rompiendo, lo que ve le desgarra. Y puedo asegurarle que el corazón es así, de consecuencias terribles, lo sé muy bien.

—Se le escapa la vida.

—Sí, representa al amor donde terminan las palabras y el entendimiento.

—¿Se ha enamorado alguna vez? —me atreví a preguntar.

—Lo que la gente llama amor es mucho más llevadero. Suele preguntarse: ¿me conviene, no me conviene? ¿Qué es lo que siento? Ese español no quiere saber nada, se está perdiendo en un abismo. Dios, el amor y la muerte son una mezcla irresistible, casi diría que espantosa, desde luego muy poco razonable. Así debe de ser la felicidad absoluta.

No supe qué decirle, estaba como trastornado, yo había sacado de un libro unas cuantas explicaciones para impresionarla, y ella lo había reducido todo a ceniza con unas pocas palabras. Nunca había conocido a una mujer así, y enseguida pensé: Eso es lo primero que se le ocurre a uno cuando se enamora.

Cogimos un coche que nos llevó al Pincio, y allí paseamos durante largo rato, admirando el panorama de la ciudad envuelta en grises; la conversación fue mucho menos seria y trascendente, yo me esforcé por mostrarme ingenioso, y creo que ella me lo agradeció y aceptó participar en el juego.

Cuando la devolví a su hotel parecía más animada, le brillaban los ojos y tenía en la frente unas gotitas de sudor. Quizá también fuese exagerado decir que estaba muy guapa, pero para mí lo era, lo cual cada vez me alarmaba más. Había oído decir que uno empezaba con aquellas impresiones y luego ya no había manera de recobrar el seso.

—Temo que he hecho que se cansara demasiado.

—Estoy cansada, pero merecía la pena. Le agradezco

infinitamente que me haya servido de guía.

—Hay muchas más cosas que ver...

—¿Le importaría acompañarme a visitar el cementerio de los herejes? —dijo con una sonrisa traviesa que yo veía en su rostro por primera vez.

—¿Mañana, por ejemplo?

—A la misma hora.

Saqué mi reloj, Gertrud llevaba más de media hora de retraso. Los alemanes tenían fama de formalidad, pero ella debía de reírse de lo que se esperaba de una alemana. Ulrich, que presumía de bávaro, en una ocasión me dijo a manera de elogio que era una prusiana muy original.

Al mirar a mi alrededor distinguí a un par de hombrecillos vestidos de negro que mientras paseaban por entre las ruinas me lanzaban miradas de reojo, como para asegurarse de que no me había movido de allí. Seguro que eran agentes de Baldarella, que no quería perdernos de vista. Allá él, pensé.

Por fin vi que Gertrud se acercaba a grandes zancadas, jadeante y con aire decidido; se sujetaba la célebre peluca rubia, que parecía a punto de echar a volar, y tuve que contener la risa ante su aspecto un poco hombruno y desgarbado.

—¿Hace mucho que esperas? Los relojes y yo no solemos andar de acuerdo, ¿por qué será que la puntualidad me parece un engorro?

—Acabo de llegar —mentí.

—Déjate de galanterías que no soy tonta. Has tenido tiempo de dibujar muchas casitas en el polvo. ¡Uf! Esto sigue hecho una pena. Recuerdo cuando venía aquí con Kaspar, mi primer marido. Le encantaba describirme todo lo que ya no podía verse. La Casa de las Vestales, el Templo de Rómulo, la Basílica de Majencio, qué sé yo.

—Los arqueólogos son así, pero ha de ser bonito ver el pasado.

Se había sentado junto a mí, encendió un cigarrillo de papel y se quedó abstraída, como si contemplase las nubes que parecían huir a impulsos del viento por encima del Coliseo. Estuvo fumando en silencio durante unos minutos, luego suspiró y me miró como pidiéndome que la ayudase a decir algo que le resultaba difícil.

—Tu nota decía que...

—No sé si contártelo.

—Así se empiezan a contar las historias más interesantes.

—Ahí va. He visto a Dios.

—Supongo que es una manera de hablar —balbuceé.

—Pues no. Ya sé que cuesta creer, pero se me ha aparecido

Jesucristo. Me dirás, y con razón: ¿Por qué a ti? Si se hubiera aparecido al Papa, sería más lógico, más normal, o, no sé, al cardenal Antonelli... No, pensándolo bien, a Antonelli mejor que no se le aparezca.

—Gertrud, entendámonos. Querrás decir que has soñado...

—¿Me tomas por boba? Sé distinguir muy bien lo que es un sueño. Era en pleno día, yo estaba despierta como una liebre y lo vi como te estoy viendo a ti ahora.

—A ver, cuéntamelo todo desde el comienzo.

¿Hablaba en serio? Yo hubiera dicho que sí, la veía apurada, y en alguien con su experiencia y tantos recursos, todo el mundo hablaba de su férreo sentido común (que sólo le había fallado una vez, cuando se casó con el maestro Grandoni), y a su edad... ¿Qué edad podía tener? Más de sesenta, es posible que fuera eso, la vejez no perdona.

—Ayer estaba yo en el salón de mi casa que ya conoces. Quitaba el polvo de los muebles, y pensaba en qué verduras iba a comprar para la cena; levanté la vista y allí estaba, en la pared, sobre el fondo del papel que fue gris perla, y ahora es color de cera, con flores amarillas. Allí estaba —repitió.

—¿Hay imágenes religiosas en tu casa?

—Nunca las ha habido. Pero era Jesucristo, no podía equivocarme, con la túnica y el manto, en colores, sonriendo y mirándome. No, si vas a decirme que estoy loca, me voy ahora mismo. —Me amenazó con una mirada asesina.

—No te enfades, intentaba comprender.

—No hay nada que comprender. Estaba allí, sin hablarme, y me dio un vuelco el corazón.

—No hay para menos. ¿Y dices que no te dijo nada?

—No. No movió los labios, pero yo oí con toda claridad dos palabras: Como yo, come me. Eso sí, con una pronunciación italiana impecable.

—¿Y qué más?

—Nada más. La imagen se fue deshaciendo muy despacio hasta desaparecer. Eso fue todo. No, recuerdo que a mí sólo se me ocurrió decir: Seré buena. Pero no sé si Él podía oírme.

—¿Y qué crees que quería decirte?

—Ni idea.

—Si descartamos que fuese una ilusión de los sentidos...

—Descártalo, no fue una alucinación.

—¿Y antes nunca...?

—Siempre he sido una mujer dubitativa, qué le vamos a hacer.

—¿Has hablado con alguien?

—¿Con quién voy a hablar? Ulrich está demasiado convencido, no me sirve, necesitaba un amigo como tú. Eres español, ¿no? Eso cuenta.

No sé si contaba tanto como ella quería suponer. ¿Qué podía decirle? Respiré hondo en busca de alguna inspiración, si no divina, al menos de carácter humano, algo que devolviera las cosas a una cierta normalidad tranquilizadora, pero nada menos normal que la historia que me había contado.

Como si la estuviera viendo. Trajinaba en su casa, seguramente con la peluca torcida (o aún peor, sin peluca), antes de acorazarse con las ballenas de su corsé, de vez en cuando prorrumpiendo en alguna interjección alemana que debía de sonar como un disparo; y mirando de reojo con mudo reproche el retrato de su voluble marido.

—Gertrud, esto es...

—¿Verdad que sí?

Me miraba con sus ojos azul porcelana muy abiertos, a la espera de que echando mano de mi condición de español le aclarase lo sucedido, le explicara el fondo del asunto, por qué había visto a Dios, como ella decía, qué tenía que pensar, qué tenía que hacer. Y yo me veía impotente para despejar sus dudas.

—¿Cómo puedo ayudarte? —dije por fin, escudándome en una frase ambigua.

—Tú conocerás a muchos curas, los españoles siempre andáis rodeados de curas.

—Depende.

—Quisiera uno que fuese de confianza, amigo tuyo. Sólo pido que me escuche, nada más. No necesito que me dé la razón.

—Conozco a fra Gaudenzio, un dominico del convento de la Minerva. Es un teólogo muy sabio, y una gran persona.

—¿No son ellos los de la Inquisición?

—Sí, pero ya no ejercen con el ímpetu de antaño. Él es muy comprensivo.

—No me vendrá mal un poco de comprensión. Porque de ti ya veo que no se puede esperar mucho.

—Gertrud, es que me cuentas unas cosas...

—Sí, como de las Mil y una noches. ¿Puedes concertar una entrevista con él? En un sitio neutral, por ejemplo en tu casa.

—Dalo por hecho.

—Pero no le pongas en antecedentes. Quiero contárselo yo.

—De acuerdo, te avisaré lo antes posible.

—Pues eso es todo, Pablo. Gracias por haberme escuchado, me siento mejor.

Se puso en pie e irguió el cuerpo, como si desafiase a todo aquel mundo hecho pedazos que parecía haber sucumbido a un terremoto. Me indicó con un ademán que prefería regresar sola a su casa, que no estaba lejos, y la vi alejarse con pasos inseguros, hasta que se convirtió en una silueta diminuta.

Los hombres de Baldarella seguían allí, disimulando con muy poca habilidad, pendientes sin duda de todos mis movimientos; habrían anotado en una libretita aquel encuentro inexplicable con Madame Grandoni, y harían cábalas acerca de nuestra conversación. ¿No tenían otra cosa que hacer?

De vuelta a la Piazza di Pietra iba repasando en mi mente todo el relato de Gertrud. Era algo tan insólito, tan extraordinario, que no sabía qué pensar. Para empezar, los hechos extraordinarios ¿existían? ¿No eran simples fenómenos de sugestión? Gertrud no era fácilmente sugestionable, sin embargo, en determinadas circunstancias...

Si quien me hubiera contado todo aquello hubiese sido Silvestro, que vivía en un perpetuo estado de visionario... Pero ella no era así, era una mujer práctica, un poco extraña, pero nada fantasiosa. Y había dado detalles muy concretos. Se le apareció Jesucristo mientras quitaba el polvo y pensaba en la compra, hay que ver.

Nada de lo que me había dicho —salvo el hecho mismo de la aparición— sonaba a exagerado, Mary Tweedy no hubiese tenido nada que reprocharle. Mary. Había conseguido que durante un rato me olvidase de ella, aunque ahora la memoria regresaba a aquellos recuerdos tan agradecidos.

¿Qué hubiera pensado de estar presente? ¿Que en América las apariciones de Jesucristo eran más razonables? Estaba desvariando, demasiadas novedades, y todas violentas, clamorosas, en muy pocos días. Hablaría con fra Gaudenzio, que era un bendito, y a ver cómo reaccionaba.

Encima de mi escritorio me esperaba otra carta fraterna, por llamarla de algún modo. Últimamente me escribían con mucha frecuencia, un mal signo, se acordaban demasiado de mí, es decir, que no dejaban de pensar en la pensión que tenían que pagarme. Rasgué el sobre temiéndome lo peor.

La coyuntura política que sin duda ya conoces, me decían (en realidad, yo a duras penas sabía lo que era una coyuntura), y teniendo en cuenta el problema de los empréstitos, por no hablar de los aranceles... Resultaba que la crisis se estaba agudizando y que

los acontecimientos se precipitaban (es lo que solían hacer los acontecimientos, precipitarse).

En resumen, sintiéndolo mucho, se veían obligados a aplazar los pagos de mi pensión, no podían seguir mandándome todos los meses la cantidad que convinimos en nuestro acuerdo; aunque confiaban que en breve las aguas volverían a su cauce (me encantaban esas metáforas aplicadas al Negocio) y podrían reanudar los envíos de dinero.

Se me ocurrió responder con una expresión muy grosera, pero no eran dignos de semejante desahogo, y me senté a escribir una cartita arrebatada y sarcástica: renunciaba a aquel dinero, todo sea por la coyuntura. Y me apresuré a llevar la carta al palazzo Madama, junto a la Piazza Navona, donde estaban las oficinas de correos.

Es decir, que quemaba las naves. Me sentí más libre, no me hacían ningún regalo, había sido un trato comercial y tenía todo el derecho a reclamar lo mío. No obstante, aquel gesto orgulloso y suicida me llenaba de satisfacción. Ellos no podrían entenderlo, y eso era quizá lo que más pesó en mi decisión.

Se quedarían desconcertados, aunque la verdad es que el primer desconcertado era yo; pensarían que era una maniobra maquiavélica. Ya me gustaría tramar algo digno de Maquiavelo, pero no. La peor jugarreta que podía hacerles era dar a entender que ocultaba malignas intenciones, eso les quitaría el sueño durante unos días.

Claro que sólo durante unos días, cuando mis señores hermanos vieran que no pasaba nada se pondrían como unas pascuas. Me llamé a mí mismo inocente, infeliz y no sé cuántas cosas más, les regalaba un buen puñado de dinero y me hacía la ilusión de que para mí era un triunfo moral, y que ellos se iban a sentir avergonzados. Había hecho bien retirándome del Negocio, era evidente que yo sabía poco de cuentas.

Bueno, iba a tener que vivir del aire de Roma, pero lo prefería. Claro que ¿qué podía hacer? Desventurado, si no sabes hacer nada, me dije a mí mismo mirándome al espejo. Fausta, que oyó que hablaba solo y que parecía increpar a mi sombra, llamó con los nudillos a la puerta de mi cuarto preguntando si no me encontraba mal.

—Me encuentro mejor que nunca —contesté, abriendo bruscamente la puerta.

Pero por su expresión atónita deduje que debía de poner una cara de loco, y me trajo enseguida una tisana que según ella en

casos así hace milagros. Pensé que eso es lo que necesitaba yo, milagros. ¿Más aún de los que ya tenemos en la ciudad? Quizá sí, algún milagro más si no es mucho pedir. Aunque, ¿por qué conformarse con uno? Mejor una catarata, un diluvio de milagros.

7

Agnese Barelli era una muchacha rubia y un poco descolorida, además de algo sosa, hija de un farmacéutico de la Via del Tritone; quería aprender español porque se había enamoriscado de un tal Bernardino Cifuentes, un pintor al que habían concedido una pensión para estudiar en Roma. Era una alumna fácil, no quería tratos con la gramática ni los verbos, sólo frases que le sirvieran para la conversación.

Bernardino, según me contó, estaba trabajando en un ambicioso lienzo titulado Bacantes, y allí se las podía ver ebrias y desgreñadas, con la cabeza coronada de yedra, danzando lúbricamente (eso dijo) mientras lanzaban gritos roncos y estentóreos en honor de su dios.

Me estremecí sólo de imaginármelo, una tela de inmensas proporciones, con unas damas semidesnudas, o al menos con los pechos al aire, en medio de un bosque; sólo faltaba, me dijo Agnese, la figura de un centauro que tenía que estar acechándolas, y realmente me pareció el remate que necesitaba aquel esperpento.

Mientras ella hablaba sin parar sobre su novio, desde luego en italiano, pero intercalando alguna que otra palabra española para justificar que aquélla era una lección que yo le daba, y que el farmacéutico pagaba religiosamente, yo iba pensando en mis cosas. Tenía la cabeza muy lejos de Bernardino y de sus bacantes.

Con la memoria estaba en Tivoli y en Frascati, adonde había llevado a Mary para visitar jardines, ruinas, grutas y cascadas, además de no sé cuántas quintas señoriales (los nombres se me confundían en la memoria, Villa d'Este, Aldobrandini, Taverna, Mondragone). No les había prestado demasiada atención, aun reconociendo que eran un espléndido desperdicio de naturaleza y arte.

Bebimos vino blanco, paseamos entre los olivos, nos asomamos a terrazas con vistas maravillosas de la ciudad no muy lejana, como al alcance de la mano, entre la niebla. Y hablamos de mil asuntos insustanciales sin decir ni una palabra de lo esencial. Creo que yo nunca había sido tan feliz. Ella parecía tropezar con las frases

italianas, que se le agolpaban en los labios.

Quizá le di la impresión de alguien que podía despreocuparse del dinero, que lo gastaba sin reparar en él, como si tuviese una gran fortuna inagotable. Incluso en algún momento pudo pensar que yo era una especie de duque de Osuna o algo parecido: me preguntó si conocía a muchos grandes de España, y aunque reconocí que a ninguno, debió de tomárselo como un rasgo de modestia por mi parte.

¿Y el día de mañana, como suele decirse? Me negaba a pensar en eso. Le ofrecí mi brazo para subir unas escaleras muy empinadas, y cuando llegamos al mirador vi que había palidecido y que se agarraba con fuerza a la barandilla, como si estuviera al borde del desmayo. Se llevó la mano al corazón en un ademán que parecía copiar el del caballero español de San Lorenzo in Lucina.

—Estoy bien —dijo antes de que yo le preguntase nada.

Tenía que llevar la cabeza muy alta, tal como le había dicho su padre, sin admitir en ningún momento la menor debilidad. Como cuando fuimos al cementerio protestante, junto a la pirámide de Cayo Cestio, un lugar bonito, entre pinos y cipreses, pero cuya melancolía vi que la afectaba mucho más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Me daba miedo, luchaba consigo misma como sabiendo que su derrota era segura, pero que sólo merecía la pena vivir para aquella batalla. ¿No iba a arrastrarme a mí al abismo que llevaba dentro? Su corazón, tan frágil, ¿no impondría una sentencia de muerte a quien quisiera vivir a su lado?

Bernardino, mi alumna paladeaba el nombre como un caramelo, ya piensa en otro cuadro, también de grandes dimensiones, que se titulará El baño de las ninfas. Un joven laborioso, pensé volviendo a la realidad, e intuí muchos quilos de carne femenina con reflejos nacarados, retorciéndose lánguidamente en una gozosa y desabrigada exhibición.

¿Cómo eran los españoles?, quería saber, me hacía consultas de consejero sentimental, debía de verme como a un padre viejo y experimentado que ya hacía mucho que había dejado atrás aquellas tormentas y que podía guiarla con la sabiduría que sólo dan los años.

Cuando Agnese me dejó, muy ilusionada con el repertorio de nuevas frases españolas que yo le había enseñado, recitándolas en distintos tonos para comprobar qué efecto podían causar, Fausta fue a contarme los últimos chismes del barrio. La Gazzetta no era tan entretenida y fantasiosa como aquel torrente de rumores

francamente improbables.

La negra asesinada que habían encontrado desnuda en Parioli ya no era una monja, ni tampoco una espía, más bien una cortesana de la Via dei Coronan, cerca de Piazza Navona; muy conocida por las gentes de mal vivir, y famosa por sus artes amatorias que la habían hecho muy rica.

Y piense usted, don Pablo, me decía, que era negra como el culo de una sartén, completamente negra, de la cabeza a los pies. Al parecer esta circunstancia agravaba la cuestión. ¿De dónde habrá salido? ¡Hay que ver las cosas que pasan! Según ella la policía estaba interrogando a varios puttanieri que quizá tenían que ver con el crimen, pero de momento no se sabía nada más.

En cuanto al primo de su amiga Francesca, uno de cuyos parientes pertenecía a la segunda brigada de la Guardia Nobile (ese tipo de precisiones inútiles eran muy del gusto de Fausta, que así añadía verosimilitud a sus historias) le había dicho que se tenía la certeza de que Garibaldi estaba en Roma; suponían que oculto en algún lugar del Trastevere y quizá disfrazado de arriero.

Todo era un disparate, lo de la negra, lo de Garibaldi, las insinuaciones de que ambos hechos estaban relacionados entre sí, vivíamos en medio de un maremágnum de noticias increíbles; y las autoridades, a las que había que suponer mejor informadas, guardaban un silencio que era su mejor protección.

Cuando ya se iba volvió sobre sus pasos porque se le había olvidado avisarme de la visita de la viuda Ranelli, que era, dijo, la Padrona, la propietaria de la casa. La había heredado, junto con otras muchas, de su marido, un abogado al que todo el mundo conocía en Roma.

Hasta entonces tenía un administrador, pero al descubrir que era un sinvergüenza, le había despedido, y ahora ella misma iba a cobrar los alquileres. Don Pablo, vaya con pies de plomo, me advirtió, es una mujer peligrosa, todavía joven y sin hijos, y me han asegurado que quiere casarse otra vez con el primero que se lo pida.

—Por lo que dices, estoy a salvo de cualquier tentación, no le faltarán pretendientes más jóvenes que yo, y desde luego con más fortuna.

—¡Ay! ¡Cómo se ve que usted no sabe nada de esas cosas! A mí me parece que es usted un buen partido. Un caballero español, soltero y de buen ver...

—¿De verdad lo parezco? —pregunté, aparentando que lo tomaba a broma.

Me juró que sí, y que la viuda tampoco estaba en el primer

vuelo. Eso de vivir sola, me dijo con una sonrisa maliciosa, no tiene ninguna gracia, y ya hace dos años que murió su marido. Dicen que más que su mujer y que ser abogado le interesaba la ropa que se hacía traer de Inglaterra. Y sobre todo los caballos.

—Se rompió la crisma montando. Tenía fama de ser muy buen jinete, pero al parecer el caballo no lo sabía. Ella es muy señorona, nadie la puede ver.

—Ya lo noto.

Me enfrentaría a la peligrosa viuda, pero mi cupo de calaveradas otoñales ya estaba cubierto. Ahora no estaba dispuesto a añadir una viuda a mis problemas, con los que tenía ya me bastaban. Seguramente querría subirme el alquiler, lo cual llegaba en un momento muy poco oportuno.

La visita de Owen no me sorprendió, necesitaba hablar con alguien, y yo era su confidente, aunque es posible que no el más ecuánime. Le vi más calmado, y tampoco me extrañó que me dijera que de momento había abandonado sus cuentos para escribir poesía.

—Claro que por los cuentos pagan las revistas americanas, y la poesía no da dinero, ¿verdad?

—He oído decir que no.

—Podría ser un inconveniente, pero al fin y al cabo, ¿qué es el dinero?

—No sabría decirte.

—Hay cosas más importantes.

—Sí, supongo que las hay.

—También he pensado volver a los Estados Unidos. Para estar triste, mejor en casa.

—Según qué casa —maticé.

Estaba visto que aquella mañana no había mucho entendimiento entre los dos, era como si cada uno anduviese por un camino diferente monologando y dando vueltas a unos asuntos obsesivos que no interesaban para nada al otro. A veces la amistad también es eso, pensé.

Se instaló en un sillón como si no tuviera prisa y su propósito fuese quedarse hasta la hora de comer. Yo tenía otros planes y hubiera preferido estar a solas, pero hubiese sido inhumano echarle con algún pretexto, sólo quería poder comunicar a alguien de confianza las variaciones de sus estados de ánimo.

—Últimamente se te ha visto muy bien acompañado —dijo de pronto—. Madame Grandoni, Miss Tweedy... ¿Por qué no te casas con ella?

—Yo diría que Gertrud aún sigue casada.

—¡Ah! Veo que ya es Gertrud. Pero sabes muy bien que no me refería a ella, sino a la americanita. Te habrás dado cuenta de que no le eres indiferente.

—¿Te ha dicho algo? —procuré disimular mi ansiedad en la medida de lo posible.

—Los ojos también hablan.

Me sentía violento, pero salvó la situación la llegada de la viuda Ranelli, a la que Fausta hizo pasar con una sonrisa que quería ser intencionada. Nos saludamos y entonces descubrí que ellos ya se conocían, porque Owen era inquilino de una de sus casas. El mundo es un pañuelo, como suele decirse, y no sé por qué me pareció que en las miradas que cambiaron se veía algo más que un contrato de arrendamiento.

En España se la hubiera llamado una real moza, aunque lo de moza es un decir, ya debía de andar por la cuarentena. ¡Vaya con las mujeres de cuarenta años! La boca demasiado grande, las facciones un poco toscas, pero llamativas, el aire desenvuelto, quizá de una manera estudiada.

Se había quitado el luto, y sabiendo que en aquel país los lutos tienden a ser interminables, era fácil suponer que aquello era un motivo de escándalo. Vestía con elegancia, toda de magenta, color patriótico por la sangre de los italianos vertida en esta batalla. Era como una declaración de principios.

Sus ojos, que hablaban también, eran negros, expresivos, muy seguros, al menos en apariencia. Conmigo fue amable, se interesó por los posibles desperfectos de la casa, que era muy vieja, la humedad, las goteras, los escarabajos, tan persistentes, que no había manera de exterminar.

—Fausta ya los considera como de la familia.

—En las casas de Laura no hay escarabajos —intervino Owen, visiblemente molesto.

Estuve a punto de pagarle con la misma moneda diciéndole: Veo que ya es Laura, pero me contuve. Sin embargo existen, tuve que insistir, todas las mañanas mientras me afeito saludo cordialmente a uno de ellos. Dijo que se iba a encargar de ponerle remedio, y que no pensaba subirme el alquiler, yo era un inquilino formal y respetable.

Enseguida miró a Owen como sobrentendiendo que esperaba que él también fuese formal en todas sus cosas. Hay que ver, observé que a él se le había pasado la melancolía; ¿qué se había hecho de la princesa? Desplegaba todas sus habilidades de

seducción, y empezó a decir majaderías impropias de él, un mal síntoma.

Hacían alusiones a sucesos que sólo ellos conocían, estaban encantados hablando en clave, y era evidente que yo más bien les estorbaba. Por una frase casual creí entender que varios meses atrás habían ido juntos a visitar las ruinas de Ostia. ¡Claro! Un idilio que interrumpió la devastadora belleza de la princesa.

Las pasiones ¿eran así, fulminantes, con intermitencias, recomenzadas con un fuego que renacía de sus propias cenizas? Pensé que a la larga podría escribir un tratado sobre los efectos del amor, y tal vez incluso fuera autobiográfico.

Cuando la viuda del avvocato se fue Owen se ofreció a acompañarla, hay por ahí un loco suelto que asesina, todas las precauciones son pocas, y la padrona no se hizo de rogar. Padrona, eso es, era muy dueña de la situación, Owen me pareció que no tanto, pero bien está lo que bien acaba, como diría Rachel, suponiendo que aquello iba a acabar bien, claro.

Al quedarme solo empecé a dar vueltas por el piso como un león enjaulado; Fausta canturreaba una canción imbécil y pegadiza cuya letra no llegué a entender; no quería enterarse de mi inquietud, y luego se puso a lavar cacharros de la cocina con un estrépito ensordecedor.

¿Qué diría tía Solita? Mujer lista y hacendosa tómala por esposa, acostumbraba a decir. Añadiendo: las tontas ni regaladas. Mary era muy lista, y hacendosa imagino que también podría llegarlo a ser. En cuanto a la viuda, no era asunto mío, pero me maravillaban los cambios que se habían operado en Owen. ¿Y qué dirían en Massachusetts? Sospecho que no les iba a gustar la novia.

Me eché a la calle, y en el portal tropecé con Silvestro, que iba en mi busca; como siempre, fuera de sí, nervioso y alterado, con graves dificultades de expresión que hacían que entenderle fuera una tarea ímproba. El latín le parecía mucho más comprensible que cualquier lengua moderna, y eso era un grave obstáculo para que los demás supiesen lo que estaba diciendo.

—¿Cómo va tu pierna?

—¿Mi pierna? —preguntó como extrañado de que pudiera tener una—. ¡Ah! Va bien, muy bien. Quisiera pedirte...

Necesitaba dinero, según él muy poco, y por su enérgica gesticulación entendí que me decía muy vehementemente que si le daba demasiado tendría que rechazarlo. Le di unos cuantos escudos y se perdió en un laberinto de disculpas y de agradecimientos. Al parecer Assunta estaba enferma, acabó confesando como quien

revela un gran secreto.

—Espero que no sea grave.

—No, no, Assunta está bien —dijo, mirándome con un desvalimiento que hubiese conmovido a las piedras.

Lo de menos era contradecirse, tenía el aspecto de un mendigo loco que parpadeaba constantemente retorciéndose unas manos sudorosas y no demasiado limpias. Me abrazó llorando de gratitud una vez yo ya había renunciado a tener una idea del estado de salud de su mujer.

En el Corso desfilaban unos zuavos, heroicos y teatrales, con aquel uniforme de ópera bufa que costaba tomarse en serio: la chaquetilla orlada de botones blancos, la cruz de Malta en el pecho, el puñal al cinto y un gorro con pompón más bien extravagante.

Tras ellos iban unos soldados franceses, presumidos y con aire de arrogancia, sabían que eran los salvadores de Roma, que mientras ellos estuvieran allí el enemigo no se atrevería a atacar la ciudad. La gente les miraba con hostilidad, haciendo disimulados ademanes de escarnio.

> Partant pour la Syrie
> le jeune et beau Dunois
> venait prier Marie
> de bénir ses exploits.

Eran los nuevos cruzados, o al menos a Napoleón III por ahora le interesaba que lo parecieran. ¿Qué se les había perdido a los franceses en Roma? ¡Y aquellos aires triunfales y fanfarrones! Hay maneras de proteger que son peores que una invasión, y allí estaban otra vez como amos y señores.

Estuve vagando sin rumbo durante un buen rato, sin ver lo que estaba viendo. No entendía la política, y lo poco que entendía no me gustaba. Todo era confuso y contradictorio. Owen, por ejemplo. Claro que era más joven que yo, disponía de más tiempo para equivocarse, y su familia tenía posibles.

También la de Mary, desde el momento en que podían pagarle aquellas largas giras por Europa. Y yo había renunciado estúpidamente a ser rentista, ¿a quién se le ocurre? Sin dinero no soy nada, pensé con amargura, aunque con él tampoco era mucho lo que podía ofrecer. Pero si sus ojos hablaban...

Cuando me di cuenta estaba delante de Santa Maria in Via. Después de los superlativos saludos de rigor en la escalera, y una vez resuelto el trámite con unos baiocchi, me senté en un banco de

la capilla, esperando el carraspeo habitual que no tardé en oír. Había cumplido los ritos, tenía en mis manos la estampita.

¿No puedes echarme una mano con Mary? Mira que nunca te había pedido nada. Estaba hablando en español, y se me ocurrió la absurda idea de que la Madonna entendería mejor el italiano. Soltanto una spinta, dije, un empujoncito. Pero enseguida me di cuenta de que no sabía lo que estaba pidiendo.

¿Que Mary me correspondiese? ¿Que nos casáramos? Una locura. ¿O que mis hermanos no hicieran ningún caso de mi carta y me escribieran a vuelta de correo para decirme que no podían aceptar mi renuncia a la pensión, que no era justo? Eso sí que hubiera sido un milagro.

Pero lo milagroso tenía que ser imposible, si no ya no lo era. Si a Gertrud no se le había aparecido Jesucristo, si todo fue una ilusión óptica, un momento de desvarío en el que se reblandece el cerebro y se ven visiones, de milagro nada. Fra Gaudenzio sacudiría la cabeza bondadosamente y más o menos le diría:

—¿No será, signora, que era lo que usted necesitaba ver, una presencia sobrenatural, divina, como la que había visto en tantas imágenes, que le brindase su amparo, su protección? Usted rezaba a su manera, diciendo a Dios: Estoy aquí. Eso es, no te olvides de mí, porque estoy muy sola. Y necesitaba tener una respuesta visible. Pero ¿por qué Jesucristo se va a aparecer por las buenas a una vieja extravagante, y además luterana?

No, fra Gaudenzio no iba a decirle nada así, no sería cristiano ni caritativo. ¿Le aconsejaría que se bautizara en la Iglesia católica? ¡Yo qué sé! Uno no tiene práctica en cuestión de milagros, suceden muy de tarde en tarde. Pero por eso los pedimos, nadie pide que el sol salga todos los días; Madonnina, ¿me haces un milagrito que ni siquiera sé en qué puede consistir?

Lo incomprensible es lo que más se necesita, lo que se entiende en el fondo debe de tener poco valor, y allí estaba yo rezando de una manera estrafalaria sin saber por qué. Dirigí la vista a la estampa del Sacro Cuore que me acababan de dar, y que iba a aumentar mi colección de estampitas, todas iguales, que guardaba en casa.

Pero no era la estampa de costumbre, sino un papelito de su mismo tamaño con un breve mensaje manuscrito: Antes de salir pase por la sacristía, tengo un recado para usted. Firmaba una M mayúscula que sólo podía corresponder a Micca. ¿Qué demonios, con perdón, quería decirme de aquella forma que se me antojaba folletinesca?

La sacristía tenía un techo altísimo y era muy espaciosa, con grandes armarios de enormes cajones, estantes con cortinillas, candelabros y un monaguillo sentado en un alto escabel que balanceaba las piernas. El sonoro tictac de un reloj de péndulo parecía hacer retemblar las paredes. En un rincón, de espaldas, había un cura de pie leyendo que cuando entré ni siquiera volvió la cabeza.

Y allí estaba Micca sonriendo complacidamente e indicándome con un ademán que sobre todo no levantase la voz. Cuando reparó en mí el monaguillo se apresuró a desaparecer, y el cura se puso a abrir y cerrar cajones quizás haciendo demasiado ruido, como para demostrar que no podía ni quería oírnos.

—Podías ir a verme a mi casa —le dije en un cuchicheo.

—No, no podía.

—¿Y qué es eso tan secreto?

—Me manda alguien para decirle que uno de sus amigos corre un gran peligro, que usted no haga nada, absolutamente nada, que pueda comprometerle. Ya se le avisará.

—¿Qué amigo? ¿El americano?

—Si le dijera más, dejaría de ser un secreto. ¿Me devuelve mi notita? Todas las precauciones son pocas. Y aquí tiene su estampa, me ha costado un papetto, hoy en día esos mensajes se han puesto por las nubes.

8

Se acercó a la ventana y me pareció que con los ojos buscaba a alguien en la desierta plaza; era todavía la hora de la sagrada siesta y no se veía a nadie, ni siquiera había los sempiternos gatos vagabundos que solían merodear por allí; todos los postigos cerrados, el lugar silencioso, ni una señal de vida.

—Habrá que tener paciencia, mi amiga suele retrasarse.

—No pensaba en ella. Sólo compruebo que el hombre no ha regresado.

—¿Qué hombre?

—El que le habían puesto de centinela para vigilarle. Al llegar le he dado una medallita de santo Domingo junto con mi bendición, y le he dicho que se fuera.

—¿Y se ha ido?

—Naturalmente, después de besarme la mano. Roma locuta, causa finita.

—Cuando Roma ha hablado no hay más que hablar, ¿no?

—Estos hábitos hacen que nos obedezcan o que nos apuñalen, según van las cosas.

Túnica blanca, escapulario del mismo color, capa negra y cinturón de cuero del que pendía el rosario, un conjunto vistoso e impresionante. Era hijo de un carnicero, como recordaba a quien quisiera oírle, y si se terciaba, podía predicar en romanesco con todo el desgarro de la lengua popular, pero era un sabio teólogo.

Fra Gaudenzio tenía la cabeza de huevo, el cráneo desnudo, sin rastro del cerquillo, la nariz chata, las manos fuertes, toscas y cuadradas, de campesino, como sin duda lo habían sido sus abuelos, y movía su macizo corpachón bamboleándose como un barco que va dando bordadas.

—¿Quiere que le sirva ya café mientras esperamos? La dama suele tomarse su tiempo para acudir a las citas.

—Esperemos. Veo que tiene usted aquí muchos libros non sanctos —comentó, acercándose a unos anaqueles que quedaban medio ocultos por las cortinas—. Ya sé que los vende bajo cuerda el

librero Marini, pero en la aduana de la Piazza del Popolo se los hubieran confiscado.

—Ya sabe que nada atrae más que lo prohibido.

—He oído hablar de ese tal Strauss, según mis noticias es de una impiedad absoluta.

—Lo es —dije como una corroboración objetiva, no se me ocurría ninguna disculpa.

—Está en el Index desde el año 38. El vizconde de Bragelona, bueno, esto ya me gusta más. Y La Pucelle d'Orléans, de Voltaire, vaya por Dios... Por no hablar de las Abominationes Papatus, no se puede pedir más. Y no obstante tiene usted fama de piadoso. Se le ve entrar con frecuencia en Santa Maria in Via Lata.

—Le aseguro que no sé por qué entro.

—Ya lo sabrá. Por cierto, quizá no sepa que se supone que la iglesia está edificada sobre los cimientos de una casa en la que estuvo preso su santo patrón, san Pablo.

—No lo sabía. Pero yo aún no me he caído del caballo. En cuanto a los libros puede llevárselos y los quema; sentía curiosidad por leerlos, pero de ahí a conservarlos...

—No se preocupe, arderán solos, como todas las obras del Diablo. Usted no debe de creer en el Diablo —añadió, viendo que yo no pestañeaba—. Entonces es que en el fondo no sabe lo que es la vida. Pero no estoy aquí para sermonearle, ¿cómo es esa señora alemana que necesita hablar conmigo? ¿Quiere convertirse?

—Para ser sinceros no lo sé. Le ha pasado algo de lo que le gustaría hablar con alguien que pudiera darle respuestas.

Me miraba como dándome a entender que estaba más interesado por mí que por lo que pudiera consultarle Gertrud. ¿Qué estaba haciendo en Roma aquel español que parecía descreído, más o menos volteriano, pero tampoco con mucha firmeza, que se resistía a caerse del caballo? ¿No era culpa suya si yo no entraba por el buen camino?

—Dios hace las preguntas y nosotros las contestamos o no.

Para desviar la conversación a temas menos comprometidos le hablé de la amenaza saboyana, pero vi que el asunto no parecía preocuparle demasiado. Se excusó con una frase ambigua, y luego pasó a hablar de lo que sucedía en su convento de la Minerva, donde los frailes tenían que convivir con un batallón de soldados franceses.

—Pero si viene Garibaldi...

—Amigo mío, no creerá usted que para existir Dios necesite los Estados Pontificios.

—No, claro, pero la situación política...

—La política no va a solucionar nada, ni la nuestra ni la de ellos.

—Aunque alguna habrá que hacer.

—Me temo que sí. Pero los políticos son muy impacientes, se creen que el mundo está en sus manos. —En su rostro vi una mueca compasiva.

—Se dice que la nobleza romana...

—¿Sabe lo que se les ha ocurrido para protestar contra el ejército francés, que consideran como ocupante? Renuncian al champán y al burdeos.

—Muy simbólico.

—Cuando no se sabe cómo resolver los problemas siempre quedan los símbolos.

En éstas llegó Gertrud resoplando. Se había vestido de negro, como para una ceremonia religiosa, hice las presentaciones y durante unos minutos los dos parecieron estudiarse el uno al otro, como si tantearan el terreno. Ella disimulaba su nerviosismo defendiéndose con ironía.

—¿Le parece que me arrodille?

—Sentada en esta butaca estará mucho más cómoda.

—Verá usted, no sé cómo empezar. Es posible que yo sólo sea una vieja lunática. —Él hizo un gesto con la mano como si quisiera decir que la suposición le parecía una falta de tacto—. Quería hablar con alguien que lo supiera todo de Dios.

—En san Mateo se lee que se pone contentísimo ocultando sus cosas a los que saben y comunicándolas a los ignorantes.

—Eso debe de desanimar a los que estudian mucho.

—Más bien sí.

—Verá, me ha pasado algo rarísimo. He creído tener una aparición.

—Por favor, cuéntemelo.

Fausta nos sirvió café con orejas, unas pastas de harina triangulares nevadas de azúcar que sabían a coñac; se había peinado esmeradamente, llevaba un delantalito de encajes como una doncella de casa bien, y sus movimientos eran de una lentitud muy deliberada que debía de suponer la propia del servicio en una familia de postín.

Cuando ya se retiraba se dio una palmada en la frente de un modo que me pareció un poco teatral, y sacó del bolsillo un sobre que acababa de llegar para mí. El membrete era del hotel de la Piazza del Popolo donde se alojaba Mary; habíamos quedado citados para aquella misma tarde, ¿a qué venía la carta? ¿Estaría

enferma?

Pedí disculpas diciendo que era un recado muy urgente, y me encerré en mi alcoba. Me daba miedo abrir el sobre, fuera cual fuese su contenido no podían ser buenas noticias. Lo miré al trasluz haciéndome la ilusión de que de esta manera, enterándome poco a poco, iba a conjurar la adversidad.

Era una breve nota escrita con una letra muy firme. Me decía que aquella mañana había tenido que irse de Roma, que iba a pasar los próximos meses en Londres con su padre y que no creía poder regresar en bastante tiempo. Deberes de familia la obligaban a aquel cambio de planes imprevisto.

Terminaba agradeciéndome todas las amabilidades que había tenido con ella, siempre me recordaría con gratitud y afecto, y después de un Su buena amiga, firmaba Mary Tweedy, nombre de pila y apellido, como para evitar cualquier asomo de familiaridad que hubiese podido prestarse a equívocos.

El mundo se me vino encima, se me nubló la vista y por un momento creí que iba a desmayarme. Me senté en la cama y enseguida reaccioné poniéndome furioso. Rasgué la nota en mil pedazos, los arrojé al aire y cerré los ojos para intentar recobrar la serenidad. ¿Qué había pasado?

No seas idiota, nadie se muere por una cosa así, qué tontería, me dije a mí mismo. O quizás ella esperaba una declaración de amor que yo no había hecho. Se sentiría decepcionada, yo no había estado a la altura, tal vez tomó por indiferencia lo que sólo era timidez. O tal vez tuviese razón, lo que llamamos amor no es tan respetuoso.

Algo había hecho mal, en algo me había equivocado. Lo cierto es que ahora estaba camino de Londres donde se reuniría con su padre a quien iba a poder decir: Papá, estarás orgulloso de mí, vuelvo con la cabeza bien alta. Desde luego no había querido inclinarla conmigo, aunque parecía haber estado tentada de hacerlo.

Vertí agua de la jarra en la jofaina y me refresqué la frente. En el espejo me vi muy pálido, con cara de perro enfadado, lo cual acabó de sacarme de mis casillas. Las piernas se me doblaban y la cabeza era un torbellino. Me eché en la cama esforzándome por no pensar, y así debió de transcurrir un rato en el que me pareció flotar en un tiempo interminable.

¿Qué podía hacer? De momento volver a reunirme con Gertrud y el fraile, que debían de estar ya extrañados por mi larga ausencia. Podían interpretar que yo era tan discreto que prefería no asistir a su conversación para que pudieran hablar con mayor libertad. No

sé, en aquellos momentos no sabía qué era lo más conveniente, ni siquiera si lo adecuado era ponerme a gritar.

Eso me hubiera gustado, qué alivio prorrumpir en gritos que alarmasen a toda la casa, que hicieran que Gertrud y fra Gaudenzio me tomaran por loco. ¿No era Ariosto quien había escrito montañas de versos sobre la locura de Orlando al descubrir la infidelidad de su amada Angélica? Pero ¿qué infidelidad y qué Angélica?

Estaba desvariando, y en aquellos momentos hubiese querido romper todo lo que tenía a mi alcance, hacer añicos el espejo, pulverizar la jofaina, destruir lo que fuera. Me asomé a la ventana y el aire de la calle me devolvió un poco de sensatez. Las columnas llevaban siglos allí, y no parecían inmutarse por mi furia.

¡A mí esto no se me hace! ¿Por qué a mí? ¡Y de esta manera, a traición, sin dar la cara! Con una notita de compromiso, tan fría, tan cortés, como si no hubiera habido nada entre nosotros. Pero ¿lo había habido, o yo lo había dado por supuesto? De todas formas, sí, de todas formas... No se me ocurría cómo concluir el razonamiento.

Cuando volví a la sala ella ya había terminado su relato, por el que unos minutos antes yo sentía tanta curiosidad. Ahora sólo deseaba que se fueran, que me dejasen solo lo antes posible. El silencio de los dos me sobresaltó, estaban inmóviles, sin decir nada, hasta el punto de que no tardé en oír la respiración de Fausta, que debía de estar escuchando detrás de la puerta.

—¿Y ahora qué?

—Yo no soy nadie para decidir si vio usted a Jesucristo o no lo vio.

—Pero ¿qué hago si se me vuelve a aparecer? ¿Qué le digo?

—Yo le preguntaría qué quiere.

—¿Y si lo que quiere no me gusta?

—Es un riesgo que hay que correr.

—¿Tengo que hacerme católica? Estoy bautizada en la Iglesia evangélica.

—Verá, convertirse a la verdadera fe siempre es recomendable, pero...

—Hay un pero.

—Signora Grandoni, no se precipite...

—¡Es Él quien se ha precipitado metiéndose en mi casa!

Estuvo a punto de reírse, evidentemente no esperaba una franqueza así. Yo me pregunté de qué estaban hablando. ¡Ah, sí, de la aparición! Los dos manejaban sobrentendidos, usando un lenguaje en clave que no entendía bien. Fra Gaudenzio juntaba las manos en una actitud más que de oración de exigencia de calma.

—Rece.

—¿El padrenuestro?

—Sí —concedió—, pero no forzosamente. Hable con Él, dígale lo que lleva dentro.

—Es que no sé qué es.

—Pues dígale que no lo sabe, así se empieza.

—He oído hablar de otras apariciones...

—Todas son distintas, Dios no se repite, no para de improvisar.

Fra Gaudenzio le habló de un tal Alphonse Ratisbonne, un joven judío de Estrasburgo muy rico que estaba a punto de casarse con una acaudalada heredera; al parecer se convirtió de una manera fulminante sólo con entrar en una iglesia de Roma. Esto había sucedido, dijo, unos años atrás.

—¿Qué iglesia era ésa? Me gustaría entrar también yo.

—Sant'Andrea delle Fratte, cerca de la Piazza di Spagna, pero le advierto que sus paredes no hacen milagros.

—He pasado muchas veces por delante de esa iglesia, tiene un campanario muy caprichoso. Pero, claro, si pudiera decirme...

—Usted quiere recetas, y yo no las tengo. Después de su experiencia —pronunció esta palabra como si la cogiera con pinzas, para no contaminarse— hay que dar tiempo al tiempo.

—A mí no me queda mucho. Esperaba soluciones más expeditivas.

—Mia cara signora... —Pareció que iba a decir algo, pero no lo hizo.

—¿No me quemarán ustedes en la hoguera como a Giordano Bruno?

—Puede dormir tranquila, ahora a los reos sólo les amonestamos cariñosamente.

—Menos mal.

Les oía como si estuvieran hablando muy lejos de allí, y los mismos muebles que me eran tan familiares me parecían extraños, como si los viera por primera vez. De la calle llegaba el rumor de la vida habitual, Roma despertaba de la siesta, y yo estaba sumido en un estupor doloroso del que no acertaba a salir.

—Usted le decía: Estoy aquí. Y se le ha contestado: Yo también. Es así de sencillo. Pero suponiendo que lo me cuenta es algo más que una ilusión... Mire, lo crea o no... Alguien se ha interesado por su alma, esto es lo que yo diría. Porque usted tiene un alma, ¿está de acuerdo?

—Como el envoltorio no me favorece...

Fra Gaudenzio se despedía, dijo que Gertrud podía llamarle a su

convento siempre que quisiera, la bendijo muy pausadamente con un murmullo de latines y se fue. Al quedarnos solos ella se lanzó a un largo monólogo sin esperar ninguna respuesta por mi parte, yo la oía asintiendo, y la verdad es que no me enteraba de lo que me decía.

—¿Qué? —conseguí articular.

—Esos frailes no se extrañan de nada.

—¿Te ha servido?

—Me había hecho la ilusión de que los curas decidieran por mí, pero ya veo que no. —Y se fue rezongando.

Cuando se hubo ido me dejé caer en la butaca, me sentía cansadísimo y tenía una jaqueca horrible que me martilleaba las sienes. Necesitaba estar a oscuras, no pensar y olvidarme de toda aquella extraña historia de la aparición de Jesucristo que no parecía hacer muy feliz al fraile. ¿Pues para qué era fraile? Que me dejasen en paz.

—Don Pablo, no se lo tome así, esas cosas suceden.

No había oído entrar a Fausta, que ahora estaba a mi lado para luego sentarse delante de mí, algo que no hacía nunca. Estuve tentado de decirle abruptamente que no se metiera en mis asuntos, pero sus ojos, al borde de las lágrimas, eran tan compasivos que me desarmaron.

En realidad, yo estaba necesitando que alguien me consolara, y aunque la idea me resultase humillante me abandoné a la situación. Si san Mateo no se había equivocado, y solía admitirse que no solía hacerlo, lo que Dios ocultaba con gran satisfacción a los sabios teólogos dominicos lo revelaba a una pobre criada chismosa que dudo que supiera leer y escribir.

—Mira, Fausta, no estoy para que me den consejos —dije todavía resistiéndome.

—No deje que esto le haga sufrir. —El tono era de súplica.

Naturalmente lo sabía todo, el sobre con membrete del hotel y verme allí con signos de desesperación bastaba para que sacara sus conclusiones, y aquello parecía interesarle mucho más que lo que había oído desde el otro lado de la puerta. ¿Y qué iba a decirme? Lo que me iba a decir yo ya lo sabía, pero lo cierto es que necesitaba oírlo.

—¡Qué más quisiera que poder hacerte caso!

—En Roma se dice: Si è rondine torna ar nido, si es golondrina volverá al nido, y si no lo es que se vaya al diablo. Y también decimos: Donna de quarant'anni buttela a fiume co tutti li panni.

—Los refranes siempre son oportunos: Mujer de cuarenta años

tírala al río con todos sus trapos.

—Mire usted...

Y empezó a contarme una historia tristísima de amores contrariados en la que tenía un papel principal un tal Gianni, un hombre muy guapo que había sorbido el seso a cierta amiga suya que vivía como ella en Via Capo di Case. No había que ser un lince para comprender que estaba contándome algo de lo que había sido protagonista.

Me dejé envolver por su relato, que estaba lleno de detalles pintorescos, esmaltado de frases hechas en romanesco que apenas entendía; como un niño que en aquel cuento interminable era más sensible a la persuasión de la voz que al argumento mismo de lo que se contaba.

—¿Y Gianni no volvió? Según tú no debía de ser golondrina.

Al darse cuenta de que el final no era feliz y que por lo tanto su charla iba a ser contraproducente, quiso arreglarlo, respiró hondo, como sobreponiéndose a sí misma, y se apresuró a añadir:

—Pero al cabo de un tiempo se casaron y fueron muy felices.

Todo el mundo lleva dentro una novela, pensé, ¿qué pueden inventar los escritores? Yo hubiese jurado que Fausta había llevado siempre una vida anodina, y ahora resultaba que aquel Gianni le había roto el corazón sin compostura, y que años después aún se le saltaban las lágrimas al recordarlo. Aunque para darme ánimos había querido cambiar el desenlace y pintarlo de color de rosa.

—No sabes lo que te agradezco que me hayas contado esta historia tan bonita.

Se secaba el silencioso llanto mirándome de un modo sumiso y conmovido, como un perro que contempla a su amo intuyendo oscuramente que la tristeza le domina y ansiando hacer algo que le alegre el corazón o que le distraiga.

—Don Pablo, tengo cosas que hacer. Pero prométame que va a sacudirse las penas. Si pierde a una mujer cuando salga a la calle, encontrará dos.

—¿Es un refrán?

—Podría serlo.

—No me dejes nada para cenar, no tengo apetito.

—Lo suponía, pero le he hecho un postre, unas ciambelle que se comen sin sentir. Sólo para usted, que se fastidie el fraile, en el convento ya le darán buenos dulces.

—¿Rosquillas?

—Muy buenas. Mi abuela me enseñó a hacerlas.

—¿Llevan comino? —Me oía a mí mismo y no me lo podía creer,

¿a qué venía aquel súbito y descabellado interés por la repostería?

—Sí, pero sólo un pellizco. Lo que les da sabor es el aguardiente y el agua de flor de naranja.

—¿Algo más?

Me parecía un milagro, pero estaba sonriendo muy divertido, y el mal humor y la desesperación empezaban a disiparse, diluyéndose en el recetario tradicional de las rosquillas. Por cierto, ¿cómo había tenido tiempo de prepararlas? Fausta, a la que creía conocer muy bien, era una caja de sorpresas.

—También hay que decir una oración mientras se fríen, pero es un secreto.

—Con eso no contaba.

9

Aquella noche me costó conciliar el sueño, cambié de postura mil veces, me levanté para beber agua, anduve de un lado a otro tropezando con los muebles y sobresaltándome al ver una sombra fantasmal que se movía en el espejo, un desconocido despeinado y en camisón; cuando por fin me dormí vagué por un paisaje tormentoso en el que me sentía perdido.

Al dar una vuelta más me sorprendió ver a alguien sentado al pie de mi cama; sabía que era Gianni, aunque nunca le había visto, y pensé que no era tan guapo, más bien un tipo vulgar, y desde luego más viejo de lo que yo imaginaba. Debía de haber pasado mucho tiempo desde la historia que me contó Fausta.

Tosió como si quisiera llamar mi atención, yo quería decirle que me dejara seguir durmiendo, que era inútil que se justificase, sus disculpas no me interesaban lo más mínimo; que me dejara dormir, pero no me salían las palabras. Entonces alargó el brazo para tocarme.

—Despierte, no hay tiempo que perder. —Tenía ante mí a Baldarella, que estaba encendiendo un fósforo.

—¿Cómo ha entrado?

—He venido con Micca, y a él se le abren todas las puertas. O las abre, que viene a ser lo mismo.

—¿Y qué demonios quiere a estas horas? Es la una de la madrugada.

—De momento que acabe de despertarse y que se vista. Después que reúna a sus amigos y que antes de que amanezca se lleven de la ciudad al profesor de latín.

—¿Silvestro?

—Sí, ése es el nombre que usa. A él y a su mujer, la Comanducci, además del niño, claro. La hora es un poco intempestiva, pero tenía que ser esta noche. Mañana por la mañana será tarde y todo eso ya no estará en mis manos.

—¿Y se puede saber qué es lo que usted llama todo eso?

—¿Qué prefiere, una mentira o una explicación oficial? No hay

mucha diferencia.

—Dejémoslo correr.

Su fósforo ya se había consumido, y busqué a tientas en mi mesilla de noche para encontrar la bujía con pantalla, pero él me lo impidió sujetándome la muñeca.

—Ni se le ocurra, es mejor que no se vea luz desde la calle.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero es mejor.

Empecé a vestirme en la oscuridad, aturdido, intentando ordenar las ideas y haciendo cábalas que no me llevaban a ninguna parte. En plena noche aquellas órdenes misteriosas parecían un episodio de folletín rebuscado y grotesco. Sobre todo nada de molestarse en dar explicaciones, y encima con sorna.

—¿Y adónde los llevamos? —pregunté.

—Micca espera abajo y les ayudará, él tiene respuestas para todo.

—Mire usted, Baldarella, no dudo de que tiene buenos motivos para organizar toda esta zarabanda...

—Bla, bla, bla... No hay tiempo para entrar en detalles, es un asunto de vida o muerte. Y le advierto de que se está abrochando mal la camisa, los botones no corresponden con los ojales.

—¿Ve usted a oscuras, como los gatos?

—Sólo quería evitarle que se presentase ante sus amigos hecho una facha.

—Bueno, ya está. ¿Algo más?

—Usted, que es muy listo, ya se habrá dado cuenta de que yo no he estado aquí esta noche, y que si se decide a lanzarse a la calle, es por su cuenta y riesgo.

—Claro, si tropiezo con los gendarmes, les diré que he salido a ver la luna.

—Les extrañaría, porque está muy nublado y no hay luna. No puedo decirle más, tengo que irme. En realidad, por si fuera necesario, cuento con una docena de testigos que jurarán haber estado conmigo en una trattoria de las afueras. ¡Hay tantas cosas en mi vida que después de hacerlas resulta que no he hecho! Luego uno se pregunta: ¿Qué es lo que he olvidado? Y naturalmente no se acuerda.

Se despidió con un gesto antes de desaparecer, yo me dirigí hacia la puerta maldiciendo a cada golpe que me daba con los muebles del pasillo, y en la calle sólo estaba Micca esperándome. Se había disfrazado de campesino, con calzones, faja, pañuelo anudado al cuello y un altísimo sombrero puntiagudo, pero daba la

impresión de un campesino de guardarropía.

Sin mediar saludo vi que me hacía un expresivo gesto que no era difícil de interpretar: me pedía dinero antes de ir en busca de un coche. Antes que nada, el dinero, me dijo por señas, y luego añadió cuchicheando:

—De momento con veinte o treinta escudos me apaño. Pero ellos necesitarán bastante más, pasará mucho tiempo antes de que puedan volver, y no conviene que nadie les visite.

—Supongo que no puedes decirme qué es lo que pasa.

—Supone bien —contestó, guardándose el puñado de monedas que le di—. De camino yo avisaré a los ingleses, usted despierte a los demás, y dentro de una hora nos reunimos en casa del señor alemán. De él nadie sospecha.

—Y si tropiezo con los guardias...

—Dígales que tiene insomnio.

Efectivamente me crucé con una patrulla francesa, les dije que iba a visitar a un amigo enfermo, no sé si me creyeron, pero al ver por mi pasaporte que era español, debí de inspirarles confianza, y hasta me escoltaron hasta la casa de Ulrich, ofreciéndose para ir en busca de un médico.

A la hora prevista todos los del Club estábamos alrededor de una gran cafetera, soñolientos y nerviosos. Les conté lo que me había dicho Baldarella, y una vez terminada mi relación hubo un largo silencio. Luego todos rompieron a hablar a la vez.

—¿En qué lío se habrá metido ese hombre?

—¡Sabía que esto iba a acabar mal!

—Yo siempre he pensado que es un revolucionario, un nihilista.

—Es posible que Baldarella y Micca también lo sean.

—Sí, debe de ser de los suyos.

—Pero ayuda a escapar a un fugitivo... Me pregunto por qué.

—Tal vez alta política.

—Lo que está claro es que se la juega.

—Si no obedece órdenes de más arriba.

—¿Del Papa? —preguntó Ulrich, pero nadie quiso contestarle.

Rachel hizo tintinear su cucharilla en la taza para acallar las voces, y después de hacer constar que en estos casos los hombres éramos una calamidad, tomó el mando, sin que nadie se atreviera a discutírselo. Nos abarcó con una mirada circular como para cerciorarse de que nadie rechistaría.

—Ya está bien de lamentaciones que no sirven de nada. Manos a la obra. No sé qué clase de vehículo conseguirá Micca, pero no vamos a ir todos en corporación. Iré yo para ayudar a Assunta —nos

enseñó un frasquito de sales que siempre llevaba en el bolso—, Cyril también por si hay que cargar bultos, y como todo eso viene a través de Pablo, España ha de estar presente. Los demás que esperen aquí.

Nos miraba desafiante, por si alguien se atrevía a llevarle la contraria, en tal caso nos hubiera dicho que para estorbar ya éramos muchos; sumisamente todos nos servimos más café, y el asunto quedó zanjado sin que se pusiera en duda la autoridad del sexo débil.

—¿Y qué vamos a hacer mientras esperamos?

—Pues eso, esperar. Y nosotros en marcha.

Recordé la necesidad de dinero, y enseguida Ulrich trajo de su gabinete dos cartuchos de monedas de oro y de plata, zecchini y scudi. No era como para vivir de renta, pero una familia con pocos gastos podía aguantar durante un año o dos.

Entonces caímos en la cuenta de que nadie sabía dónde vivía Silvestro, nunca nadie había estado en su casa, pero la llegada de Micca resolvió el problema. Como no podía ser menos, él sí lo sabía. Nos dijo que era en un callejón sin salida, junto a las termas de Diocleciano, muy cerca de Santa Maria degli Angeli.

Había traído una carreta que debía de usarse para el ganado, porque apestaba a ovejas. Nos acomodamos en el suelo, sobre la paja, y emprendimos nuestra travesía nocturna, dando tumbos, sin luz y en medio de un concierto de crujidos y de golpes de las llantas sobre los desgastados adoquines.

Un perro nos ladró con desesperación, y debió de atraer a una patrulla francesa, que nos dio el alto. Micca les saludó como si fueran viejos amigos, bromeó con ellos irrespetuosamente, les enseñó un papel que llevaba en la manga, y cuando nos dejaron seguir se despidió llamándoles fransuá.

—Yo a todos los franceses les llamo fransuá y se ríen, parece que les gusta —me dijo en voz baja.

Las calles eran amenazadoras, la oscuridad daba un aire de ominoso misterio a los lugares desiertos. Los noctámbulos debían de haberse recluido en casas bien cerradas tal vez para conspirar. Es posible que nosotros estuviéramos también conspirando sin saber por qué ni a favor de quién. O todos dormían, que era lo más probable, lo que hubiéramos tenido que estar haciendo.

El brillo del agua que saltaba en las fuentes parecía de otro mundo, podían adivinarse bultos y contornos de apariencia espectral, y las cornisas y remates de los palacios surgían en las alturas de la noche como centinelas o ángeles que velaran por el

sueño de la ciudad.

—Ese papelito que les has enseñado ¿es un salvoconducto? —pregunté a Micca, sentándome a su lado en el pescante.

—Más o menos —contestó antes de arrear las mulas, porque subíamos por una cuesta muy empinada.

—Pero ¿es oficial?

—Lo único oficial es el sello, lo demás es falso.

—¿Y no se dan cuenta?

—Verá, un sello es un sello.

Por fin llegamos a su casa. Era una decrépita casucha de dos pisos que parecían aplastada por la sombra gigantesca de las antiguas ruinas, con grandes arcos que dibujaban curvas fantasmagóricas en las tinieblas. Aunque arrojaron piedrecitas a los cristales, tardamos mucho en ver que se encendía una luz, y después bajó Silvestro a medio vestir.

Parecía alelado y oyó sin pestañear las confusas y precipitadas explicaciones que le dieron, sin mostrar sorpresa, como si hubiese estado esperando y temiendo aquel momento. Rachel subió con él, al cabo de un rato se asomó a una ventana para llamar a su marido y a Micca, y a mí me dijo que sobre todo no me moviese.

Por lo menos transcurrió una hora, interminable; no parecía haber vecinos que pudieran alarmarse por nuestras idas y venidas, pero me angustiaba pensar que en cualquier momento podía presentarse una patrulla, a la que yo no sabría qué decir. Jamás hubiera dicho que a aquellas horas en la ciudad se oyeran tantos ruidos.

Cuando bajaron iban cargados con un arcón, varios fardos de ropa, unas jaulas con conejos y gallinas, una maleta de piel de Rusia que pesaba como un demonio y que hubo que llevar entre dos, y diversos atadijos improvisados de cualquier forma. Silvestro, envuelto en una astrosa capa de corte militar, se abrazaba a un sable.

Assunta llevaba un chal que le cubría la cara, o sea que nos quedamos sin saber si su belleza era tan sobrenatural como decía su marido; el pequeño Baldasarre, dormido en los brazos de su madre, parecía un gitanillo de pelo ensortijado, como un querubín flacucho de piel muy morena.

Se embutieron dentro de la carreta, Assunta era un bulto negro que suspiraba sin cesar, Rachel se había hecho cargo del niño, que seguía durmiendo, y Cyril tenía que sentarse en uno de los fardos. Yo seguía al lado de Micca, que ante mi sorpresa volvió a conducir las mulas por el mismo camino por el que habíamos venido.

—¿Adónde vamos?

—Saldremos por la Porta San Paolo.

—Eso está en la otra punta de la ciudad.

—Sí —contestó escuetamente.

Interpreté que quería decirme algo parecido a: ¡Hombre de poca fe! Micca sabe lo que se hace. Pensé que ojalá supiera lo que estaba haciendo, porque volvíamos a cruzar por el centro de Roma, y además en vez de guardar silencio canturreaba una canción pegadiza y quejumbrosa sobre un marinero que nunca volvió del mar.

—Creí que nos íbamos a escondidas.

—La mejor manera de no llamar la atención es que parezca que no nos importa llamarla.

—Y sin embargo hacemos algo que va contra la ley, ¿no?

—¿Y qué es la ley, don Pablo?

—¿No crees mucho en eso?

—Uno cree en lo que le mandan.

—¿Y en nada más?

—Si se cree en demasiadas cosas, uno se hace un lío. Hay que conformarse con lo necesario.

—Yo creía que tenías que hacer cumplir la ley.

—Nunca me había parado a pensarlo.

Perdí la noción del tiempo, me pareció que empezaba a clarear, pero aún era noche cerrada cuando pasamos junto al Coliseo en el que podían distinguirse unas lucecitas que debían de ser las lamparillas de aceite ante las que velaban algunos peregrinos. Micca iba silbando, y no tardé en ver las dos torres almenadas junto a la pirámide.

Un soldado que fumaba en pipa se acercó a nosotros con una linterna, y después de examinar el papel que llevábamos, lo devolvió con un gruñido. Luego quiso mirar dentro de la carreta, pero Cyril se asomó y le soltó una sarta de palabras inglesas que le hizo desistir de su curiosidad.

Micca bajó y se lo llevó aparte hablándole al oído, y luego el otro soltó una estrepitosa carcajada. A saber lo que le había contado, sin duda algo de mucha risa. Era el rey de los embustes y de las patrañas, lo que entonces necesitábamos. Nos abrieron el portalón

Cuando salimos al campo observé qué íbamos bordeando las murallas, dejando a nuestra izquierda el camino de Ostia. El horizonte se alargaba con un cielo color de hollín, se oían muchos ruidos que a mí me parecieron extraños y amenazadores, pero

Micca seguía impávido.

Con el traqueteo acabé por dormirme, y al despertar estábamos en un camino muy estrecho, con profundas roderas. No había ninguna casa a la vista, y el bosque de encinas que atravesábamos me pareció lleno de voces que hablaban en un idioma desconocido.

—Supongo que sabes adónde vamos.

—A un lugar seguro, aquí nadie los irá a buscar. Hay que tener amigos hasta en el infierno.

Ahora sí que a nuestra espalda empezaba a amanecer, y no tardamos en llegar a un descampado con una casa que parecía muy grande, pero de aspecto ruinoso. Micca bajó y fue solo hacia la casa, aporreó la puerta, y cuando le abrieron estuvo conferenciando unos minutos con alguien invisible.

A mis espaldas oía una monótona cantilena: Assunta estaba meciendo al niño, que desde lo más profundo de su sueño parecía luchar con una pesadilla; Silvestro les abrazaba a los dos sin soltar el sable, con la mirada fija en la oscuridad. De la casa salieron dos mocetones rubios que debían de ser hermanos, y con nuestra ayuda introdujeron a los fugitivos en una sala grande iluminada por un farol.

Luego se trasladó todo el equipaje, Micca les iba dando instrucciones y vi que les metía en el bolsillo los cartuchos de monedas. Cuando volví con el último de los fardos de ropa, Silvestro y su familia habían desaparecido, y en el piso superior se oían pasos y muebles que cambiaban de lugar.

Apagaron los faroles y casi nos empujaron hacia la puerta, que se apresuraron a atrancar. No se veía ni una rendija de luz, y el silencio era absoluto. Hubiérase dicho que la casa estaba abandonada, volvíamos a encontrarnos en medio de la noche, mirándonos unos a otros como preguntándonos si todo aquello había sucedido de verdad.

Ya con las primeras luces emprendimos el regreso, que estuvo amenizado por los ronquidos de Cyril; yo me dormía para despertar al cabo de unos minutos con gran sobresalto, sin saber dónde estaba, consciente tan sólo de estar viviendo una aventura que no parecía real. Tuve un sueño tumultuoso con mucho ir y venir de gentes extrañas.

Por el camino se nos unieron carros de hortelanos que iban a la ciudad, y durante largo trecho acompasó su paso al nuestro un hombre que tiraba de un burro. Yo andaba un poco perdido, pero me pareció que dábamos otro rodeo, sin duda para borrar nuestro rastro, y al entrar por la Porta Cavalleggeri nadie nos preguntó

nada.

—No hemos tenido ni un tropiezo —dije.

—Hay que saber hacer bien las cosas.

Micca nos dejó en casa de Ulrich y fue a devolver la carreta. Los demás nos recibieron muy excitados, y nos sentamos en la terraza a tomar más café. Todos muy serios, preguntándonos aún qué es lo que había pasado aquella noche en la que todo lo habíamos hecho a ciegas.

—Parecía la huida a Egipto.

—Sí, hemos hecho como de ángeles, es bonito hacer de ángeles.

—¿Y ahora qué?

—Al parecer están a salvo de cualquier peligro.

—Ahora sed buenos e idos todos a la cama, no se puede hacer nada más.

Rachel, con los ojos cerrados, estaba sumida en sus cavilaciones y apretaba la mano de Cyril, como pidiéndole que le transmitiera unas fuerzas que empezaban a faltarle. A todos nos vencía el sueño, pero nadie quería acostarse. Ulrich sopló las velas y fue a buscar una manta para protegerse del frío.

Maddalena, la vecina, mientras sacudía las esteras, nos miraba muerta de curiosidad, aquélla era una hora insólita para la reunión del Club, y todos hablábamos en cuchicheos, de una manera misteriosa y críptica. Amanecía, los pescadores salían de la Ripetta, y en el Castello había un cambio de guardia.

Ulrich y Antoine por una vez no discutían y se comunicaban confidencias en las que los dos parecían estar de acuerdo; los Bradshaw se despidieron, volvían a su casa para dormir un rato, y Owen me cogió aparte para contarme atropelladamente sus reflexiones acerca de la vida.

El fin de todo, me venía a decir, es el desengaño, ¿para qué esforzarse para perseguir la felicidad? De eso deduje que sus relaciones con la viuda del avvocato no iban por buen camino. Tal vez fuese mejor, ¿y si nos olvidáramos de estar enamorándonos de unas y de otras?

De momento había que dormir, y a ser posible no soñar con nada ni con nadie. A ser posible.

10

El recuerdo de aquella noche se fue desdibujando en la memoria. No teníamos noticias de la familia de Silvestro, y era lo mejor que podía suceder, y hasta Micca había preferido hacerse humo sin dar más explicaciones. Con los nervios tirantes, estuvimos a la espera de acontecimientos, pero no pasó nada.

Dos semanas después las cosas apenas habían cambiado. Con una sola excepción, yo había perdido una alumna: Agnese renunciaba a seguir con mis clases de español porque iba a casarse con su novio, el tal Bernardino. Iba a tener a un profesor indígena en su casa, ya no me necesitaba, pero estaba muy agradecida por lo que yo le había enseñado.

Vivirían en Roma, yo sospeché que de lo que diera la botica del signore Barelli, aunque por lo que me dijo el pintor no había renunciado a su vocación artística, tal vez no muy lucrativa. Ahora bosquejaba un gran lienzo muy prometedor cuyo título era La Fortuna, la Suerte y la Casualidad repartiendo sus dones en el mundo.

Perdía una alumna, y cuando Sam Singleton me entregó su acuarela de los jardines Ludovisi naturalmente tuve que pagarle lo convenido. Me quedaba dinero para un par de meses, después no tenía ni idea de lo que podía suceder. O, mejor dicho, sí tenía cierta idea, pero era tan mala que mejor no tenerla en cuenta.

Lo cierto es que el cuadro de Sam merecía la pena. Lo hice enmarcar, lo colgué en mi salón y no me cansaba de mirarlo. Era como si hubieran transcurrido siglos desde aquella mañana en la que también encontré a Gertrud, el tiempo había pasado por todos nosotros, sólo el tiempo.

—Es un paisaje magnífico —dije—, me gusta más que la realidad.

—De eso se trataba —contestó en voz baja con una sonrisa traviesa.

—¡Lo que son los artistas!

Se acercaba tanto a la acuarela que casi la rozaba con la nariz,

como si comprobase hasta el menor matiz del más ínfimo de los detalles; luego se apartaba unos pasos entornando los ojos, abarcando el conjunto, quizá despidiéndose de la pintura que ahora quería guardar en la memoria.

—Verá, don Pablo, tengo un secreto.

—Algo me dice que me lo va a contar.

—Soy muy miope.

—Nunca le veo usar gafas.

—Las uso cuando me interesa. Antes de pintar un paisaje lo he contemplado largamente con gafas. Cuando lo pinto ya no.

—O sea que no pinta lo que ve, sino lo que recuerda.

—Exacto. Cuando pinto a lo lejos sólo veo manchas de colores.

Algo semejante me ocurría con Mary, el recuerdo llenaba toda la historia, sin dejar espacio para nada más; y poco a poco se iba transformando en algo cada vez más diferente de lo vivido, con perfiles propios que con el paso de los días iba convirtiendo en una experiencia más imaginada que vivida. Quizá le pasó lo mismo al joven Werther, tan desventurado en amores, aunque yo no estaba dispuesto a pegarme un pistoletazo, o sea que deseché la comparación.

Pasé varias veces más por Santa Maria in Via Lata para hacer reproches cada vez más ásperos a la Madonna del Pozzo. Pocas cosas le había pedido, y me había fallado. ¿Es que eran demasiado difíciles? Uno no pedía lo fácil y previsible, para eso ya me bastaba solo, y si se recurría al Cielo era para pedir imposibles.

Me imaginé como cartujo, pero enseguida llegué a la conclusión de que sería demasiado incómodo. La soledad del claustro, pero no hay que exagerar. Digamos que sólo podía ser un proscrito que se refugia en un convento, yo los claustros escalé, y en todas partes dejé memoria amarga de mí... ¡Qué simpleza! Mejor sería memoria tonta de mí.

Después de dar un largo paseo meditabundo en el que la misma tristeza parecía consolarme, subí al Gianicolo; había muchos extranjeros que no dejaban de parlotear admirativamente en las lenguas más diversas, y de pronto oí una voz española que me llamaba por mi nombre.

Al principio no le reconocí. Don Ismael, claro, el padre de Matilde, ¿qué se le habría perdido en Roma? Era una figura del pasado, y tal vez no me alegró mucho el encuentro, pero él, jovial como de costumbre, parecía muy contento de verme, y hasta diríase que cariñoso. Todos le suponían un suegro perfecto, y es muy posible que lo fuese, aunque yo no me había decidido a

comprobarlo.

—Pablo, después de tanto tiempo, y tan lejos de casa...

—Pues aquí me tiene.

—¿Sigues dedicándote a hacer vida de ermitaño?

—No exactamente.

—He venido por negocios. En realidad, a Milán, pero una vez en Italia...

—¿Y Matilde?

—¿Te acuerdas que se casó con Arturito?

Eso es, Arturito Bonaplata, de Bonaplata hermanos, reps, alfombras, mantas, portiers, pañolería... Un poco botarate, por lo que podía recordar, pero ya habría sentado la cabeza. O no, la verdad es que me importaba muy poco, aquello era agua pasada, y tenía otras penas que cultivar.

—¿Cómo no voy a acordarme? ¿Y cómo les va?

—Muy bien, y ya soy abuelo. Él está al frente de la delegación en Madrid de nuestra empresa de pinturas y barnices. Viven en la calle de Serrano, un lugar precioso, muy saludable, casi en medio del campo.

Sí, éste era el mundo de los barnices y de los betunes hidrófugos contra la humedad de las paredes. Aquel ángel con una antorcha iluminando el nombre de la marca: LA ESPLENDENTE, pintura esmalte, la más brillante, la más barata, la más resistente. Según el reclamo no se podía pedir más.

—No sabe cómo me alegro —me daba lo mismo, pero ¿qué otra cosa podía decir?

—Y tú en este destierro, expatriado... —como si hubiese tropezado conmigo en medio del desierto del Sahara—. Ya sabes que te tengo mucho afecto. Conocí mucho a tu padre, te le pareces, los mismos ojos, la boca, no sé. Era un hombre muy suyo.

—¿Quiere decir raro?

—No, no, quiero decir muy a su manera. De joven siempre decía: Cualquier día me largo a Helsinki. Supongo que le sonaba a un lugar muy lejano, del que era difícil volver. Hizo fortuna, levantó el Negocio...

—Y nunca se fue a Helsinki.

—Todo no se puede tener. Y tú ¿no piensas regresar a España?

—No —contesté sin pensar lo que decía, y en aquel momento comprendí que jamás iba a volver, que aquello, para bien o para mal, era definitivo.

Pareció que me quitaba un gran peso de encima, se acabaron las dudas, había tomado una decisión. No sabía nada más, pero ya

tenía la certeza de que iba a quedarme en Roma. Lo que mi padre parece que había estado soñando durante mucho tiempo, sin poderlo hacer, irse lo más lejos posible...

Después de despedirnos, dando efusivos recuerdos a toda la familia, recalé en mi casa de mal humor; Fausta se dio cuenta de que yo no estaba para coloquios, y guardó un silencio aderezado de miradas de reojo y algún que otro suspiro que debía de significar: ¡Ay, esos hombres!

Después de la siesta, volví a echarme a la calle, y apenas salir de casa al pie de la columna de Marco Aurelio me topé con Rachel y Miss Blanche, que conversaban animadamente en actitud dubitativa, como si no acabasen de decidirse a hacer algo. Rachel me saludó con alborozo, al menos todo lo alborozadamente que podía manifestarse una inglesa.

—Eres mi salvación, yo no puedo subir estos ciento noventa escalones... Además, he de hacer unas compras y ahora no tengo tiempo. ¿Te importaría subir con Blanche para que vea la ciudad desde arriba? ¿Verdad que no? No sabes el favor que me haces. Hasta luego, querida, Pablo te acompañará a casa.

¿Qué iba a decirle? La verdad es que no dije nada, sonreí, puse cara de estar encantado, y después de dar el óbolo correspondiente a un fraile muy viejo con cara de pocos amigos, subí con Miss Blanche por la escalera de caracol hasta la plataforma con barandilla que se apoyaba en los capiteles, debajo de la estatua de san Pablo.

Rachel era incansable, no perdonaba ni una sola oportunidad de casar al prójimo, pero yo no estaba para casorios. Después de aquella prima de Bath, ahora una amiga inglesa que se había dejado caer por Roma. De ella no sabía casi nada, que era huérfana y muy hábil en la repostería, pero no me iba a enamorar para ahorrarme los suegros y tomar pastel de chocolate los domingos.

Una vez arriba, todavía resoplando por la ascensión, se volvió hacia mí y se disculpó por lo que llamó un engorroso compromiso; insistió en que no gastara cumplidos, que si tenía algo importante que hacer, no tenía ningún inconveniente en quedarse sola en aquella especie de palomar en medio de la Piazza Colonna.

—Le aseguro que hace años que no tengo ningún quehacer importante, y estoy encantado de servirle de guía.

—No quiero robarle su tiempo, si quiere tirarme por la barandilla, lo tendré bien merecido.

—¿Sabe que tiene una voz italiana muy bonita? Debería cantar ópera.

—No es mi especialidad.

No había nadie más, el sol de la tarde nos envolvía en una luz dorada, y el paisaje de cúpulas parecía emerger de un mar neblinoso. Podíamos distinguir con toda claridad la curva del río, el tridente de las calles que nacían en la Piazza del Popolo, la franja oscura del Corso, el Pincio sobre el que empezaba a caer el crepúsculo.

—Lo he visto muchas veces, pero no me canso de mirarlo. Tiene una belleza cansada y como irregular, hecha a la buena de Dios.

—Y sin embargo, hay un orden en todo eso. No lo parece, pero lo hay.

—En el fondo las cosas mejores supongo que son así. Cuando el orden es demasiado aparente es que algo falla.

—¿Dice usted esas cosas profundas a todas las extranjeras que vienen a Roma?

—Sólo a algunas, para lucirme, pero tenga en cuenta que yo también soy extranjero.

—Es verdad, lo olvidaba. ¿Y qué hace en Roma, si no es mucha curiosidad?

—Digo que soy un diletante para disimular, pero en realidad soy lo que en español se llama un zascandil —se rió al oír el sonido de la palabra—, alguien que se mueve mucho sin hacer nada de provecho.

—Entonces yo también soy una zascandil.

—Pues celebremos el encuentro por encima de los tejados de la Ciudad Eterna.

—Eso de la Ciudad Eterna suena de una forma impresionante.

—La ciudad se merece el adjetivo, a todas las demás les viene pequeño.

—Tiene razón —dijo en un susurro, con la mirada perdida en lo que desde allí parecía un sosiego infinito.

Me acordé de Pablo y Virginia, aunque los dos éramos un poco crediditos para la comparación. De todas maneras reconocí que era una historia insulsa, prefería aquel momento. El pobre chico se muere de amor, lo cual era más bien exagerado. Como quien dice acababa de conocerla, pero...

Desde una terraza próxima una pareja muy amartelada nos hacía señas de complicidad, y no creí equivocarme al interpretar un gesto de él como claramente obsceno. Ella tuvo un acceso de risa irreprimible, yo también me reí, y se levantó un viento frío que nos hizo pensar que ya era tarde. Por el hueco de la escalera oímos la voz del fraile anunciando la hora del cierre.

La acompañé hasta casa de los Bradshaw por el camino más largo, y en vez de cruzar por las callejuelas que nos rodeaban, la llevé por la Piazza Venezia. Charlábamos de cosas indiferentes, pero el tono de la voz no lo era, como si alguna oculta emoción contagiara los asuntos más triviales.

Rachel nos recibió radiante, como después de haber conseguido un triunfo inesperado que no quería estropear cantando victoria. Se puso a hablar de no sé qué tienda de Via dei Condotti para distraer nuestra atención y quitar importancia a lo que vendría luego, que sin duda había estado tramando cuidadosamente.

—A propósito, qué cabeza la mía. Querida, ha surgido un imprevisto y mañana no te puedo acompañar a visitar Villa Borghese. Siento no poder estar en dos sitios distintos a la vez, pero seguro que a Pablo no le importará hacer de cavaliere servente.

—Faltaría más, estaré encantado.

—Te advierto que es un cicerone magnífico.

—He podido comprobarlo —dijo ella.

Al día siguiente, después de un recorrido apresurado por las salas de las obras de arte, estuvimos paseando por entre los bosquecillos, lagos y fuentes del parque, mientras conversábamos de mil cosas que no tenían nada que ver con aquel esplendor romano.

Yo le hablé de mi antigua vida en España, dándomelas un poco de melancólico soñador aprisionado por la rutina mortal del Negocio. Ella me contó sus sueños imposibles de ser bailarina, una Carlotta Grisi o una Maria Taglioni, brincando estéticamente con un tutú de muselina por los escenarios.

—¿Y por qué no perseveró?

—Empecé demasiado tarde. A los diecinueve años una ya no puede aspirar a esas cosas. De todos modos, era una fantasía absurda.

—Bueno, yo a esa edad era Robinsón Crusoe.

—Un ideal muy solitario.

—Es que los naufragios y las islas desiertas no se eligen.

En los días siguientes, en los que al parecer Rachel seguía estando ocupadísima, estuvimos en no sé cuántos lugares artísticos o pintorescos de la ciudad, y yo, sorprendido por mí mismo, me preguntaba una y otra vez si no tendría el corazón tan blando como el de Owen, y si aquello podía ser muy grave. Por el momento prefería no encontrar respuesta a estas preguntas que me desazonaban.

Una mañana, ante el espejo, estuve mucho rato intentando

sacarme la raya, que una y otra vez se me torcía; repetía la operación sin conseguir la línea recta que deseaba, y por fin solté un bufido de ira. Entonces vi que Fausta me estaba mirando desde la puerta y que tenía en su rostro una sonrisa maliciosa.

Una semana después fuimos a la Villa Albani, más allá de la Porta Salara, y nos dedicamos a pasar revista a una cantidad de antigüedades como para aturdir a cualquiera. A pesar de los incendios, saqueos y destrucciones, Roma parecía haberlo guardado todo para apabullar a los turistas con restos de su pasada grandeza. Ella lo observaba todo con una curiosidad un poco distante.

Estatuas, bustos, bajorrelieves, urnas, cariátides, sarcófagos, mosaicos, diosas, sacerdotes etruscos, faunos, máscaras y nereidas... Yo repetía los datos de la guía de Ruffini, que me había cuidado bien de repasar. Por fin sugerí que lo dejáramos correr, y salimos a los jardines para sentarnos en un banco frente a la cascada.

—Como me crié en Inglaterra —dijo de pronto—, nunca sé cuándo hay que empezar a tutear a la gente.

—Podemos empezar ahora mismo, quizá no sea un momento inadecuado.

—Sí, quizá no lo sea —respondió.

Estaba pensativa, escondiendo las manos en su manguito. Yo iba a decir algo, pero no llegué a decirlo, aunque debió de leérmelo en los ojos, porque bajó los suyos sonrojada. ¿Quién sería el primero en romper el hielo? Estuve buscando una frase que no fuera ni comprometedora ni espantosamente vulgar, pero no la encontré.

—¿Has venido a Roma sólo para ver a los Bradshaw? —dije por fin, eligiendo un tema de conversación neutral.

Hubo un silencio, como si hubiera preguntado algo embarazoso. Se levantó y se acercó al agua, hasta empezar a recibir las salpicaduras, luego volvió a mi lado y me sonrió como pidiendo disculpas, entre decidida y temerosa. Sacó un pañuelito de la manga y se lo pasó por la frente.

—No sólo para verles. Rachel se enfadará conmigo y va a regañarme, pero no quiero mentirte. Hay un secreto.

—¡Vaya! Deja que lo adivine. ¿Eres una espía al servicio del gobierno inglés?

—Mucho peor —dijo muy risueña.

—¿Tal vez una ladrona de joyas que ha venido a esconder su botín en las catacumbas?

—Tampoco, aunque la idea no está mal.

—Entonces es que vienes a salvar a tu amante, que es un patriota italiano preso en el Castel Sant'Angelo...

—Lees demasiadas novelas.

—No es la primera vez que me lo dicen. Me rindo.

—Verás, Inglaterra estaba llena de ingleses, en cambio bailarinas españolas no abundaban. El padre de una amiga era sevillano y me enseñó, y de este modo me convertí en Lola de Cádiz.

—¡No puedo creerlo!

—Ya está, ya lo he dicho. Como ves, soy una impostora.

—Nadie es lo que parece.

Levantó un brazo en una graciosa curva mientras hacía chasquear los dedos, y con la otra mano se cogió el vuelo de la falda como si esbozara un paso de baile. Vista de perfil no tenía un aire gitano, pero era muy morena, y con un poco de buena voluntad podía pasar por andaluza.

—¿Tú no bailas el fandango?

—Me temo que no. ¿Y las castañuelas?

—Hoy no las llevo encima, pero no se me dan mal. Siempre que uno no las haya oído tocar antes. ¿Decepcionado? Buscaban una bailarina española, y pensé que si Lola Montes siendo irlandesa hizo perder la cabeza a un rey... Pero no contaba con monsignore governatore, y la compañía se ha disuelto.

—No puedo imaginarte escandalizando a los censores.

—Mi baile era de lo más decente, pero les asustó por desconocido y lo prohibieron sin llegar a verlo. A consecuencia de lo cual me encontré en la calle.

—Y aquí estaban los Bradshaw.

—En inglés decimos: Las personas apropiadas en el lugar apropiado.

—Una española de mentirijillas, qué bien —dije, echándome a reír y cogiéndole una mano—. ¿Y nunca tropezaste con un español que pudiera descubrirte?

—Una vez en París un señor de Barcelona quería conocerme, decía que mi estilo era muy original.

—¿Y qué pasó?

—Le dije por señas que estaba afónica y no solté una palabra.

—Formidable. Confesión por confesión, te cuento mi mayor locura. —Y le resumí lo de la carta de renuncia que escribí a mis hermanos.

—¡Qué bonito!

—¿Te lo parece? ¿No te importará casarte con un pobre?

—¿Quién ha hablado de casarse?

—Yo.

—¡Ah, bueno!

Final

En pocos años el mundo había dado muchas vueltas. En España la revolución destronó a la reina Isabel, y después de algunos episodios más bien incongruentes (¡hasta llamaron a un Saboya para sustituirla!), ahora es rey su hijo don Alfonso, mientras la antigua soberana se reconcome en París. Los carlistas, claro, siguen en pie de guerra.

En Francia los prusianos zurraron a Napoleón, que ya había retirado la guarnición de Roma, cayó el Imperio, los de la Comuna hicieron muchas barbaridades, la venganza de los versalleses también fue atroz, y llegó una nueva república que hizo feliz a Antoine (aunque por poco tiempo).

¡Así no, así no!, repetía dando pataditas en el suelo como sonora protesta, haciendo oír su disconformidad con lo que estaba pasando. Volvía a estar en contra, el país no tenía remedio, o quizás eran sus sueños los que no lo tenían. Se le veía hablar solo excitadamente, debatiendo consigo mismo sus propias contradicciones.

Y en Roma los bersaglieri saboyanos entraron por la brecha de Porta Pia; así cayó la ciudad santa, casi sin disparar un tiro. La capitulación se firmó en la Villa Albani —donde yo había estado con Blanche—, y entre dos generales, Cadorna y Kanzler, pusieron fin a la herencia de Constantino.

El Papa, que no había querido que se derramara sangre, se declaró prisionero en el Vaticano, increpando a los que llamaba usurpadores, a quienes comparaba con ladrones de fruta. Y Víctor Manuel fue a vivir al Quirinal, donde enseguida instalaron alumbrado de gas.

Poco después tuvimos la peor inundación de la historia de Roma, exceptuando las colinas todo quedó anegado por la crecida del río, y desde los púlpitos se aseguró que era un castigo de Dios a los excomulgados reyes. Nunca se sabe qué pensar de ese tipo de sucesos.

Durante tres días no pude salir de casa, pero Fausta se las ingenió para que la Guardia Nacional me proveyera de víveres.

Fueron unos días extrañísimos en los que me veía como un náufrago, y ante mi ventana pasaban las barcas como si aquello fuese Venecia.

Ulrich no llegó a verlo, se le paró el corazón mientras dormía cuando la tormenta estaba a punto de estallar; se le enterró en Campo Verano, y un cura alemán que era amigo suyo pronunció lo que debía de ser una oración fúnebre conmovedora, pero de la que no entendimos nada. Al final condescendió en resumirla para nosotros en una sola frase en italiano: Era un hombre bueno.

Y no creo que estuviese mal resumida. Dejó en herencia todos sus bienes, que no resultaron desdeñables, a Silvestro, para que pudiese mantener a su familia en aquella casa fuera de la ciudad a la que, cumpliendo nuestra palabra, nunca habíamos vuelto. Estaban a salvo, nadie parecía acordarse de su existencia.

Antoine, que decía que su sino era estar en contra, porque la realidad no se adaptaba a sus principios, que eran los únicos que una persona digna podía tener, regresó a Francia para vivir con unos sobrinos de Nantes. Desde allí me escribió unas cartas entre exasperadas y melancólicas, echando de menos Roma, y también a Ulrich, sin cuyas discusiones la vida era mucho más tediosa.

Después de que la viuda Ranieri se casara con otro abogado, Owen volvió a su tierra, y de él no se ha sabido nada más. ¿Se habrá dedicado a la poesía lírica? ¿Será el Keats de Nueva Inglaterra? Tal vez la posteridad hable de sus amores imposibles en Roma, sin que ya no viva nadie que pueda contar la verdad de lo que vivimos.

La princesa recorría Europa dejando un rastro de corazones heridos. Aunque al parecer sin víctimas mortales, lo de morir de amor no debía de ser tan frecuente como en la literatura.

En cuanto a los Bradshaw, se disponían a volver a Bath. Habían recibido una enorme herencia de un pariente, con una renta de treinta mil libras al año, adoptaron a un sobrino huérfano y decidieron regresar a Inglaterra. No querían hacerse responsables de que el niño creciera y se educara bajo un cielo que no fuese el inglés.

—Bath es otra cosa —se limitó a decirme Cyril, como si cualquier otra aclaración fuese superflua.

—Es como en la India —terció su mujer—. Cuando está muy lejos uno acaba sintiéndose más inglés que nunca. Por eso volvemos a Bath, allí casi nunca sale el sol, pero cuando sale es una maravilla.

En un restaurante de la Via in Acquiro, los que quedábamos del Club, ya a punto de dispersarnos, nos reunimos para cenar, y tuve

noticia del resto de nuestros amigos de Roma. Una Roma que ya no era la misma, no sé si para corregirse y mejorar o entrando en uno de esos períodos de dulce decadencia que son muy suyos.

Se proyectaban grandes reformas urbanísticas, querían que la ciudad pareciese muy moderna, qué disparate —si se borraba su antigüedad, ¿qué quedaría en pie?—; con sus ministerios (en la Minerva ahora los frailes tenían como huéspedes a los del Ministerio de Finanzas), sus funcionarios, qué sé yo. Más racional y práctica, con calles anchas y rectas, bien alumbradas.

En Londres Mary se había dado a conocer como novelista, y tenía un gran éxito, pero como sus novelas no se habían traducido no las pude leer. Al principio sentía curiosidad por saber qué contaba en estos libros, pero luego poco a poco se me pasó hasta experimentar tanta indiferencia por sus imaginaciones como por ella misma.

Sam, a diferencia de la mayoría de nosotros, no pensaba desertar. Iba a seguir en Roma pintando fragmentos de una ciudad que estaba desapareciendo ante sus ojos. Pero para él no había nada más real que su memoria, seguía fiel a los paisajes urbanos que no podían cambiar con el paso del tiempo, que eran tal como sus recuerdos los habían hecho intocables.

Baldarella continuaba en su puesto, por lo visto nada había alterado la necesidad de que hubiese un policía como él. Y su inseparable Micca nos contó el misterio de Silvestro y de los suyos: era un ucraniano primo del conde Hanski, y había tenido que exiliarse por una explosiva mezcla de opiniones políticas y religiosas. Había elegido el nombre de Silvestro por humildad, ya que san Silvestro era el último de los santos en el calendario.

Su mujer, Assunta, había perdido la razón, y en su locura de amor y celos (como la de Orlando, pensé), apuñaló a las dos mujeres, cuyos cuerpos él abandonaba de noche en lugares que no despertaran sospechas. Cuando Baldarella lo descubrió, para evitar que la encerrasen en un manicomio hizo que les ocultásemos en pleno campo.

Allí vivían aún, y aunque ahora de volver a Roma ya no hubiesen corrido ningún peligro, ya que una mano compasiva había archivado el asunto, eran felices a su manera en aquella soledad. Como nos dijo Micca, ya de sobremesa, apestando a todos los presentes con un cigarro que parecía oler a una mezcla de bellotas y azufre:

—¿Para qué remover las cenizas del dolor?

La frase me pareció ridículamente metafórica, como de un poeta

muy malo, pero Micca se permitía insólitas ocurrencias cuyo origen era difícil de rastrear.

Nadie se había tomado en serio la aparición de Gertrud, que se había hecho muy amiga de fra Gaudenzio, a quien visitaba a menudo para contarle sus sueños y sus dudas. Él la escuchaba con toda la paciencia del mundo, le prestaba libros de piedad, y acababan hablando de las cosas más diversas.

Por ejemplo, de la juventud de ella en Alemania, de sus recuerdos del primer marido, el arqueólogo, del campanile de Sant'Andrea delle Fratte, de la forma de las nubes. Y de su aparición, misteriosa e inolvidable, de la que seguía sin saber qué pensar. Decía que el fraile era un gran conversador, de lo cual yo deduje que sabía escuchar muy bien.

A veces pienso que dentro de un hombre hay muchos hombres, y que apenas se conocen entre sí. Lo que somos, lo que soñamos ser y lo que un buen día descubrimos en nosotros como una verdad oculta e insospechada que es una revelación sorprendente. Convivir con todos esos individuos no es nada fácil.

Yo me casé con Blanche; en el convite de la boda (yo no lo llamaría banquete, porque fue bastante frugal), se esperaba que los novios abrieran el baile, pero ella, después de dar unos pasos vacilantes, se paró en seco y se excusó con una sonrisa.

—Esto no es para mí —dijo.

Hemos tenido tres hijos, muy romanos, creo que mucho más que nosotros. Corretean por las amplísimas estancias de aquel palazzo donde vivían los Bradshaw y que ahora es nuestra casa. La amueblamos sin hacer grandes gastos, porque el negocio de las antigüedades es lo nuestro.

Uno de los hermanos Possenti había muerto, y el otro decidió retirarse y alquilar su tienda de Via del Babuino número noventa y cuatro. Gertrud hizo de mediadora, consiguió un precio razonable y nos convertimos en vendedores al detalle del pasado de Roma. No nos iba mal, tampoco era un comercio como para hacerse ricos, pero ya nos casamos aceptando alegremente una cierta pobreza. Podíamos vivir y pasear por la ciudad.

En la tienda teníamos expuesto un grabado coloreado de la Madonna del Pozzo, y no le faltaban compradores (artesanía popular, decían, aunque no es una obra de arte, es gracioso); pero no estaba a la venta. Fausta, que estaba a nuestro servicio, cada vez que pasaba delante de la imagen se santiguaba y decía que le daba más devoción que el original.

A veces sueño con mi antigua casa de la Piazza di Pietra; me

parece tan grande que me pierdo en ella, lo cual provoca una sensación de angustia, no encuentro la puerta, hasta que en el sueño me asomo a una ventana y veo allí la piazza sin un alma, con las columnas como centinelas inmóviles, como una visión fantasmal pero que me sosiega. Es el lugar del pasado. La vida siempre vuelve a empezar, ¿no?

Dramatis personae

DON PABLO, un español que vive en Roma con la excusa de no hacer nada.

ULRICH HOFFER, viudo alemán devoto y combativo. Algo achacoso.

ANTOINE CHOLLET. Es francés, republicano y anticlerical. Muy limosnero.

CYRIL BRADSHAW. Llegó un buen día de Bath para quedarse.

RACHEL, esposa del anterior, hija de un coronel del trigésimo segundo regimiento de Su Majestad la Reina.

OWEN G. LELAND, norteamericano de Springfield, Massachusetts.

MATILDITA, joven española que se supone un poco pasmada.

EL PADRE de don Pablo. Señor que nunca se fue a Helsinki.

CORISANDRA DE BEAUVILLIERS, damisela que tiene todo el aire de ser ficticia.

CONSTANTINO, emperador romano. No tiene nada que ver con la donación que lleva su nombre.

SILVESTRO, un extranjero que no se sabe de dónde viene. Es muy raro.

ASSUNTA COMANDUCCI, su mujer. Al parecer, una belleza sobrenatural.

BALDASARRE, hijo de Assunta. Todavía de corta edad.

MADDALENA, vecina de Herr Hoffer. De curiosidad insaciable.

TÍA SOLITA, anciana española que quería ver al Papa y lo vio.

LOS DOS HERMANOS menores de don Pablo. Viven para el Negocio.

NAPOLEÓN III, emperador de los franceses. ¿Un nuevo Constantino?

PÍO NONO, Giovanni Mastai, pontífice-rey. Se ve en apuros.

GIUSEPPE GARIBALDI, un ardoroso revolucionario. Volverá.

UNA JOVEN de Massachusetts que murió tísica. Tal vez inolvidable.

LAJOS KOSSUTH, patriota húngaro que tuvo mala suerte.

SAN LEÓN MAGNO. Papa que salvó a Roma en momentos difíciles.

ATILA, rey de los hunos. Un personaje devastador.

VÍCTOR MANUEL II, saboyano que aspira a ser rey de Italia.

EUGENIA, una española emperatriz de los franceses. Lo será por poco tiempo.

UNA MUJER ASESINADA, no se sabe cómo ni por qué.

ALFREDO MICCA, factótum de los miembros del Club. Trabaja para la policía.

DAVID FRIEDRICH STRAUSS, filósofo alemán muy impío.

VOLTAIRE, autor francés propenso a todos los sarcasmos.

EL VIZCONDE DE BRAGELONA. Quizá no ha existido, pero merecía existir.

LOLA DE CÁDIZ, que ni se llama Lola ni es de Cádiz.

FAUSTA MUZZAFELLI, sirvienta de don Pablo. Le gusta informarse.

SAM SINGLETON, acuarelista norteamericano. Modesto y laborioso.

EL AVVOCATO RANELLI, ya difunto. De él es mucho lo que se ignora.

SU VIUDA, LAURA. Ha heredado la propiedad de varios inmuebles.

UNA MUJER hecha pedacitos que era de Frossinone.

PLATONE BALDARELLA, Il Poliziotto. Sabe todo lo que hay que saber.

MADAME GRANDONI, antes Rüstow, señora muy fea y con peluca.

LA PRINCESA CASAMASSIMA, de soltera Christina Light. Una beldad.

GIACOMO ANTONELLI, cardenal y secretario de Estado. Dicen que es un político de hierro.

MISS MARY TWEEDY, joven americana de Newport, Rhode Island.

EUGÈNE SÜE, novelista francés de gran éxito. Lo suyo es lo misterioso.

GIOACCHINO TIRONI, médico (Piazza di San Luigi dei Francesi, número 23).

IL CAVALIERE GIACOSA, un hombre oscuro que tiempo atrás no lo fue.

LA SEÑORA LIGHT, viuda de un cónsul. Todo un carácter.

IL MAESTRO GRANDONI, violinista. Se hizo humo con una prima donna.

FRA GAUDENZIO, un dominico del convento de la Minerva.

JANE AUSTEN, novelista inglesa muy experta en intríngulis sentimentales.

SAN MIGUEL, el arcángel de la espada, el más guerrero.

WILLIAM SHAKESPEARE, antiguo dramaturgo inglés. Goza de justa fama.

GIUSEPPE VERDI, vibrante compositor que apasiona al público de la ópera.

LOS HERMANOS POSSENTI. Venden arte en Via del Babuino.

KASPAR RÜSTOW, primer marido de Madame Grandoni. Era arqueólogo.

JOSEPH FOUCHÉ, jacobino que fue ministro de Policía bajo Napoleón.

LUDOVICO ARIOSTO, el poeta que habla de la locura de amor.

MRS. WATTS, señora inglesa de inagotables monólogos.

SU HIJA PHILADELPHIA, que está ausente de estas páginas.

MISS BLANCHE, señorita a la que ya conocíamos, aunque sin saberlo.

GIUSEPPE PIRANESI, grabador italiano. Muy buenas sus Vedute de Roma.

JOHN KEATS, poeta inglés que murió al pie de la Scalinata.

CHARLES FREDERICK WORTH, el mejor modisto de París.

LOS BORGIA (o Borja), familia de origen valenciano que dio mucho que hablar.

EL DUQUE DE BEDFORD, aristócrata inglés amigo de liarse a pistoletazos.

WILLIAM TWEEDY. Quiere que su hija lleve la cabeza bien alta.

FRANCESCA ROCCHI (según otros, apellidada Cini). Prima de un gendarme.

NAPOLEÓN BONAPARTE. Individuo muy aficionado a mandar.

UN CHINO que desde luego no pinta nada en esta historia.

ALESSANDRO RUFINI, miembro de varias academias científicas y literarias.

NICOLAS POUSSIN, un ilustre francés que murió en Roma.

CORRADO MONACHESI. Es republicano y trabaja en la Aduana de tierra.

SAN LORENZO, mártir español partidario del humor negro.

DON GABRIEL FONSECA, que fue médico del Papa, pero hace mucho.

AGNESE BARELLI, hija de un farmacéutico. Muy enamorada.

BERNARDINO CIFUENTES. Aspirante a pintor que está pensionado.

MAQUIAVELO, escritor. Según él, el gobernante ha de ser hipócrita, falso y, ¿por qué no?, también asesino.

EL DECIMOSEGUNDO DUQUE DE OSUNA. Dilapidó en poco tiempo la fabulosa fortuna familiar.

FRANCO MARINI, librero (Via di Piè di Marmo, números 25 y 26).

ALPHONSE MARIE RATISBONNE. Se convirtió fulminantemente en Roma.

DON ISMAEL BAENA, señor español que interviene al final de esta verdadera historia.

ARTURITO BONAPLATA, joven un poco botarate pero con buen fondo.

GIANNI, joven muy guapo que andaba por ahí destrozando corazones.

GIORDANO BRUNO, ex dominico. Acabó muy mal en el Campo dei Fiori.

SANTO TOMÁS, otro dominico. Hay que citarlo en latín.

UN SEÑOR de Barcelona que sabe apreciar la originalidad.

SAN MATEO, recaudador de impuestos y evangelista.

EL CONDE WENCESLAS HANSKI. Entró póstumamente en la historia de la literatura por vía conyugal.

DOS HERMANOS rubios a quienes se despierta en plena noche.

LOLA MONTES, que no fue lo que parecía ser, pero daba lo mismo.

RAFFAELE CADORNA, general italiano muy combativo.

HERMANN KANZLER, el general de las tropas del Papa. Capitula.

La lección del fantasma

Era una extraña sombra fiel a la verdad.

JUAN PERUCHO

Aquí en Roma atardece muy pronto y sabiamente.

JOSÉ MARÍA VALVERDE

—¿Es verdad que el tiempo pasa porque sí?

Naturalmente, no esperaba respuesta, era una de sus preguntas lanzadas al aire para interrogarse a sí misma sabiendo que en ningún caso iba a salir de dudas. Miraba hacia la ventana que daba al jardincillo, supongo que sin querer ver lo que veía, y sobre todo habiéndose olvidado por completo de que yo estaba allí.

La joven Antonietta fingía no escuchar, como si estuviera abstraída en su lectura, siempre en su papel bien aprendido de pariente pobre y discreto, respetuosa. No pasaba las páginas, o sea que estaba atenta a lo que decíamos, o mejor, a lo que íbamos a decir, porque desde que llegué apenas habíamos cambiado un par de frases de saludo.

Hacía años que no nos veíamos, desde antes de nuestra guerra, y aunque me había escrito —eso sí, sus cartas eran lacónicas como un parte militar— pidiéndome sin más explicaciones que fuera a Roma cuanto antes, ahora no parecía tener prisa, y si se alegraba de mi presencia, quería disimularlo para que no pareciese que aquello había sido una petición de socorro.

Los dos callamos durante unos minutos, vi que Porfiria asomaba la cabeza como si tuviese algo que decirle, pero que volvía a retirarse apresuradamente. Los ensimismamientos de Donna Pilar eran sagrados. Aunque nos habíamos hecho viejos, seguía sin entender a mi hermana, que era el enigma familiar de siempre, hecho de reacciones inesperadas y misteriosas.

—¿Cómo andas de salud? ¿Te encuentras bien? —pregunté por decir algo.

—Perfectamente —dijo sin mirarme ni descomponer su perfil de estatua.

—¿Te han visto los médicos hace poco?

—Si una misma no sabe lo que le pasa, ¿cómo van a saberlo ellos?

—He oído decir que para eso han estudiado.

—Estudiando no se aprende casi nada de provecho. Déjate de pamplinas y cuéntame algo de España. —Por fin condescendía a mirarme—. ¿Cómo estáis?

—Jodidos, pero podríamos estar peor.

Sonrió, quizá por el reencuentro con una palabra muy española que debía de recordarle a papá, tan aficionado a usarla. Vi que Antonietta pestañeaba, y aunque no creo que entendiera el significado exacto de la expresión, adivinaba por instinto que yo había dicho algo rotundo y tal vez malévolo.

—¿No puedes ser más concreto? Las ideas generales me fatigan. ¿Cómo habéis encontrado la casa?

—Hecha una pena, pero sigue en pie. Arramblaron con los tapices, los cuadros, los muebles...

—Hay gente maleducada.

—... y toda la biblioteca, hasta aquellos incunables de los que papá estaba tan orgulloso.

—Nunca he sabido por qué, eran librotes en latín completamente ilegibles. Si he de serte sincera, en casa había demasiadas antiguallas, aquello era sofocante.

—Pero como habían instalado allí una especie de casino, nos dejaron veladores de café y sillas plegables. Ahora vivimos en el piso de Alberto Lista. De modo provisional.

—¿Hay algo que no lo sea? Madrid debe de estar...

—Devastado, todo patas arriba.

—Yo lo recuerdo muy bonito y alegre. No me cuentes desastres, dame sólo buenas noticias.

—Pues mira, seguimos vivos, y me ocupo de poner orden en el patrimonio.

—¿Tu mujer?

—Dice que en San Sebastián se vivía mejor.

—¿Y las chicas?

—Bien, las dos con novio.

Dijo algo entre dientes que no entendí, pero que me sonó a un comentario punzante sobre los jóvenes y su manía de estar siempre pensando en el amor. Volvió la cabeza hacia la ventana, como si quisiera seguir contemplando los limoneros, aunque yo sabía que sin gafas lo único que podía ver eran borrosas manchas de color.

—Es curioso cómo la vida se empeña en seguir adelante, ¿no?

—¿Te parece mal?

—Ni mal ni bien, no deja de maravillarme lo que hace todo el mundo.

—Y que tú te guardas mucho de hacer.

—Manolo, a mi edad ya tengo derecho a ser absurda.

—Pues yo te llevo dos años.

—Eso es asunto tuyo, ¿a mí qué me cuentas?

Se retocó el peinado, que parecía un pastel de nata con reflejos azules, atrincherada en sus cavilaciones, negándose a aceptar que las cosas eran lo que eran, sola ante el mundo, que estaba muy lejos de ser de su agrado. Cuando era niña enfrentándose a mí en lo que llamaba la guerra de la independencia, ahora...

—¿Y Gianfilippo? —me atrevía preguntar—. ¿Sigue en Zurich?

—Claro.

—¿No viene nunca a Roma?

—No, pero un marido es para toda la vida, es lo que me enseñaron las monjas en el colegio. Una vez al mes mando al administrador a Suiza, y vuelve con un montón de papeles firmados. Lo firma todo sin rechistar, yo creo que firmando se siente importante.

—Es lo que se llama un caballero —suspiré.

—Sí, la imitación es bastante buena.

Tenía demasiado amor propio para pedirme que no insistiese en aquel asunto, pero ya estaba pensando en algo distinto, todo menos quejarse e inspirar lástima. Una vez me dijo: ¿Crees que cuando llevaron a María Antonieta a la guillotina se iba lamentando de su suerte? Se veía a sí misma como una reina destronada que podía perderlo todo menos la majestuosidad.

—En tu última carta decías que necesitabas verme.

—¡Tanto como necesitar! Me gustaría cambiar impresiones.

—Pues aquí me tienes.

—Te quedas unos días, ¿no? Tiempo habrá. ¿O tienes prisa por volver?

—No mucha.

—Tomémoslo con calma. Oye, de Fernando ¿no se ha vuelto a saber nada?

—No. Se le da por muerto, y ha habido unos funerales en la Concepción.

—¡Tenía los ojos tan azules!

—Pilita, el que desapareció en la guerra fue el hijo, no el padre.

—¿Y qué es del padre?

—Le mataron los rojos en el 36. Te lo dije en una carta.

—¡Dios mío! Entre unos y otros, ¿habéis dejado a alguien con vida?

El tiempo parecía haberse estancado en aquel salón, de vez en cuando miraba la campanilla que tenía al alcance de la mano, pero hubiérase dicho que renunciaba a hacerla sonar para no romper con estridencias un silencio que debía de parecerle acogedor. Rebullí en mi asiento, aquello podía prolongarse indefinidamente.

—Deberías salir más, airearte.

—Antes me divertía ver gente, me acordaba de la madre de Napoleón, Donna Letizia, en el palacio Bonaparte del Corso, frente a Piazza Venezia, viendo pasar la vida desde su mirador con celosías. Ahora ya no voy ni a la Piazza di Spagna.

—Esto está a cien metros.

—Demasiados. ¿Para qué? Lo único malo que tiene esta casa son las pulgas.

—Hoy en día hay sistemas...

—Georgina me recomendó una especie de sahumerios, pero no sirven de nada. Hay que convivir con ellas amistosamente. Sólo cuando incordian mucho... Si entras en mi dormitorio, verás cadáveres alineados, ha sido en defensa propia —alegó.

Había que dejarla por imposible, las extravagancias eran lo suyo, yo creo que la sensatez la aburría mortalmente, y el aburrimiento era su peor enemigo. Oírse a sí misma decir ocurrentes barbaridades debía de consolarla de la soledad y de los malos recuerdos.

—Seguiremos hablando en la cena, tengo que dejarte porque he de ver al Rey.

—Yo nunca he ido a visitarle, es muy triste pasar de su palacio a vivir en un hotel como un viajante de comercio. Todo el mundo está fuera de su sitio.

—Ya te contaré.

—Si la Regente aún viviera, esto no habría pasado.

—Pilita, si viviera aún doña María Cristina, tendría la edad de Matusalén. Han pasado muchos años.

—Los años no pasan, nosotros sí —me corrigió—. Pero no está de más que me recuerdes que el tiempo no perdona. Querida —dijo, dirigiéndose a Antonietta en italiano—, no puedes estar todo el día encerrada aquí, ve a dar una vuelta. Y al salir dile a Porfiria que haga preparar el cuarto de los abanicos.

Desvió la cara cuando iba a darle un beso en la mejilla, yo ya casi había olvidado que detestaba esas efusiones. Al otro lado de la puerta me esperaba Renzo, que me pareció viejísimo, siempre sin afeitar y con manojos de pelo saliéndole de la nariz. Renqueaba, le temblaban mucho las manos y lo cierto es que no parecía poder ser de mucha utilidad.

Pero Pilita era muy perseverante en estos asuntos, y tenía el mismo servicio que yo conocí cuarenta años atrás, cuando se casó. Renzo, Porfiria (que no se llamaba así, pero que fue rebautizada con uno de sus nombres preferidos, el que ella hubiera puesto a una hija

suya en caso de tenerla), Georgina, otro nombre que también olía a invención suya...

La única joven en toda la casa era Antonietta, su lectora, una protegida por ser de la familia de su marido. Con ella había hecho una excepción introduciendo una novedad, no sin cambiarle el nombre velis nolis y llamarla como la guillotinada reina de los franceses. Las personas no pueden mejorarse, solía decir, los nombres sí.

Siempre los mismos, cualquier cambio hubiera sido como un terremoto, las mismas caras, cada vez con más arrugas, las mismas voces, los mismos nombres que ellas les había puesto caprichosamente. ¿Y la cocinera? ¿Cómo se llamaba? No podía recordarlo, sólo que era muy gorda, con hoyuelos en la cara y expresión de felicidad perpetua.

Aunque quizá con el paso del tiempo ya no era así. Todos éramos diferentes, algo que mi hermana prefería ignorar. Dije a Renzo que quería hacer una llamada, pero él se apresuró a aclararme con un lento cabeceo que no tenían teléfono. Me quedé de piedra, era lo único que faltaba.

—¡No me lo puedo creer!

—Créalo, la señora dice que eso de hablar con la gente sin verla la pone nerviosa.

—Si no recuerdo mal, cuando el señor vivía en la casa...

—Teníamos teléfono, pero cuando se fue a Suiza la señora se dio de baja. En caso de extrema necesidad cruzo la calle y en la tienda de marcos que hay enfrente me dejan telefonear.

Pensé que en el fondo comprendía a Gianfilippo, en Zurich no tenía que discutir con su mujer, ni siquiera hablar con ella por teléfono. Aquello era un mausoleo, de haber tenido canarios seguro que no cantarían. Mejor tomárselo a broma, a mi hermana siempre había que seguirle la corriente, llevarle la contraria era de consecuencias mucho peores.

* * *

A mi regreso, volviendo del bullicio de las calles, aquel tumulto de gentes que siempre me parecían excitadas y volubles, la casa de Via del Babuino, el caserón que el padre de Gianfilippo había comprado a unos nobles menesterosos, me pareció un lugar aún más hueco y resonante. ¿Cómo podían vivir en un sitio como aquél?

Renzo, que me había abierto la puerta, tosía discretamente como si quisiera avisarme de algo que no se atrevía a decir (la norma era que todos hablasen lo menos posible, romper el silencio era casi una

falta de consideración); pero tampoco había que descartar que simplemente estuviera acatarrado.

De la penumbra salió una diminuta sombra que después de saludarme con un rendido sombrerazo, me soltó una larga retahíla de atropelladas explicaciones de las que sólo entendí palabras sueltas. Era alguien que sabía quién era yo y que me llamaba por mi nombre, aunque al parecer nunca nos habíamos visto antes de entonces.

Me excusé como pude por mis dificultades con el idioma, que hacía años que no practicaba, rogándole que hablara más despacio, y él se deshizo en excusas, y por lo que creí entender repitió lo que acababa de decir y a la misma velocidad, aunque acompañándose de mucha más gesticulación, ahora ya desesperadamente.

Propuse que habláramos en algún lugar más cómodo y con más luz, porque la verdad es que apenas le veía la cara, y vi que Renzo, que no se había movido de mi lado, me miraba con ojos de pánico. Ya está, pensé, había dicho algo que no debía, mi hermana era inflexible en el respeto a sus extravagantes costumbres, y estaba claro que había infringido una sin saberlo.

—El doctor no puede pasar del zaguán, la señora dice que los médicos la enferman —me explicó el criado en voz baja.

Aquello era muy suyo, reconocí su estilo. A veces me preguntaba si no había una vena de locura en la familia, que ya se había manifestado en nuestro primo Lorenzo, que estuvo veinte años sin salir de su casa porque decía que el aire de la calle estaba lleno de miasmas, y hacía que un fraile fuese a celebrar misa en su oratorio todos los domingos y fiestas de guardar.

—Comprendo —dije, aunque no era verdad, no lo comprendía —, pero si quiere usted hablar conmigo, podemos ir a un café de la Piazza del Popolo.

Renzo me indicó con un ademán que había una solución intermedia, y con sus pausados movimientos fue a abrir una puerta cerrada con llave que había a mis espaldas. Entonces me acordé de aquel saloncito que no se usaba casi nunca; tenía los muebles enfundados en sábanas llenas de polvo, y era un lugar húmedo y gélido.

Encendió una tímida luz que colgaba del historiado techo y con una sonrisa me hizo ver que era todo lo que podía hacer por nosotros. Tenía ante mí a un hombrecillo vestido de negro y con gafas, que hizo un conato de reiterar sus aceleradas frases; conseguí frenarle con un gesto que imitaba el de los directores rectores de orquesta, pianissimo, y por fin se hizo inteligible. Tenía la voz

cascada y unos movimientos de ardilla que era incapaz de reprimir.

—Soy el doctor Locatelli, el médico de su señora hermana, o será mejor decir que lo era, porque ahora, como ve, ha dado la orden de que no me dejen entrar en la casa ni de visita.

—Son rarezas suyas, no se lo tenga en cuenta.

—Naturalmente que no, si supiera todo lo que uno lleva visto en mi profesión...

Parecía dispuesto a contarme el historial médico de muchos de sus pacientes, pero se contuvo tal vez al advertir que yo le miraba con severidad, y pasó a decirme que vivía en la casa de al lado, que siempre había vivido allí, y que aquel barrio era como su hogar. Conocía, me aseguró, a todos los vecinos, de no ser por el secreto profesional podría detallarme todas sus dolencias.

—No violemos los secretos —le corté, para evitar que se perdiera en más digresiones.

—Me refiero a los antiguos, se entiende, los nuevos suelen ser artistas, y éstos van y vienen, igual que las golondrinas —agitó los brazos como si fueran alas—. Le rondine, ya sabe, lei...

—¿Pasa algo? —pregunté al ver que de pronto había enmudecido.

—Verá, don Manuel, quizá no lo sepa, pero está prohibido decir usted, hay que decir voi, vos. La semana pasada a un señor que se le escapó el lei en un café de Via Veneto varios jóvenes le dieron una paliza.

—Ya veo que se lo toman a la tremenda. Mire, que por mí no quede, llámeme como le dé la gana.

—Fantasías del gobierno, cualquier día prohibirán la gripe —dijo en un tono de conspirador—. Como le estaba diciendo, conozco a todos los vecinos, y por Donna Pilar siento un afecto muy especial. Es una señora —dijo, frunciendo los labios en una mueca admirativa—. Se ve que viene de casta.

El elogio parecía sobrentender cierto desdén por Gianfilippo, como recordándome que los Vianelli no eran más que unos advenedizos, eso sí, con mucho dinero. Y los señores de toda la vida —yo no iba a negar que eso es lo que éramos— podían permitirse cualquier excentricidad, como por ejemplo no tener tratos con la medicina.

—Ha ido a buenos colegios de pago.

—Y además tiene un corazón de oro. La mitad del barrio vive de sus limosnas, que procura hacer sin que nadie se entere y disfrazándolas de cualquier pequeño servicio que por lo común no le hace ninguna falta.

—La conozco, pero usted (si me permite usar esta palabra, aquí nadie nos oye) sin duda querrá hablarme...

—Sí, sí, claro, pero antes deje que insista en el bien que hace su hermana a tantos necesitados. En Roma, no sé si lo sabía, hay muchos pobres.

—Siempre los ha habido, pero ahora dicen que con el Imperio...

—Sigue habiendo muchos, pero son pobres imperiales.

—Me estaba diciendo... —le interrumpí, porque que aquello degeneraba en asuntos políticos que yo prefería evitar.

—Sí, que me preocupa la salud de Donna Pilar. A su edad tiene el organismo muy gastado, y no se cuida.

Había dicho: A su edad, que era poco más o menos la mía. Calculé que el médico debía de tener cincuenta y tantos años, lo suficientemente joven para que nosotros le pareciéramos unos vejestorios. En fin, ahora era yo el que divagaba, y traté de volver la conversación a su cauce.

—¿Algo grave?

—Así, a distancia, es difícil hacer diagnóstico. ¡Sólo con que se dejara hacer una radiografía! —expresaba aquel deseo con la vehemencia de un enamorado que aspira a un retrato de su amada —. Tiene muchos achaques, aunque se niega a reconocerlos, ¡qué le voy a contar! Pero lo que más me preocupa en estos momentos, porque diga lo que diga ella yo no renuncio a seguir siendo su médico, ésta es una profesión que tiene algo de sacerdocio...

—Me decía que lo que más le preocupa...

—¡Ah, sí! Pues lo que podría llamarse el equilibrio de su psique.

—¿Quiere decir que está chiflada? Siempre ha sido así, le aseguro que éste es su estado normal.

—De todas formas hay circunstancias...

—He observado que los médicos siempre aspiran a que gocemos de una salud a prueba de bomba...

—Reconocerá que es un propósito loable. Ya en el juramento hipocrático...

—Mire usted... —recalqué la palabra vitanda.

—Don Manuel, mire, bueno, mirad, ha llegado a mis oídos, no le diré cómo para no comprometer a nadie, es algo confidencial, que Donna Pilar ve fantasmas.

—Será una manera de hablar.

—No, no, lo que le digo es serio, presencias amenazadoras que la atormentan por la noche.

—Seguro que son sueños, ¿cómo se dice pesadillas?

—Incubi? Siento que se lo tome tan a la ligera. Tal vez sea lo

que supone, pero lo sueños dicen la verdad.

—¿Doctor Freud?

—No, un proverbio romano.

—Por favor, de mi hermana siempre espero cualquier cosa, aunque sea increíble, pero de un hombre de ciencia esperaba...

—Yo no digo que los fantasmas existan, pero reconozca que el hecho de que ella los vea es alarmante.

—En su caso no estoy tan seguro.

—Don Manuel, aunque no existen los vemos.

—Eso sí.

—Y son malos precisamente porque no existen.

Empezaba a perderme en aquellos razonamientos encadenados que tenían una especie de lógica mareante, a fuerza de dar vueltas a aquella idea acabaría por convencerme de lo que quisiera, y corté por lo sano con un exabrupto.

—A su edad, que es más o menos la mía, no hay peores fantasmas que nosotros mismos.

Los trapos sucios o raros se lavan en familia, pensé, era preferible aparentar que no le daba importancia. Y sin embargo, seguramente aquél era el motivo por el que Pilar me había llamado. Hubiera tenido que suponer que era por algo insólito y peregrino. Hablaría con ella a la primera ocasión. Quizá fantasmas con ojos azules con los que aún soñaba medio siglo después.

Porfiria se anunció con un leve carraspeo y dijo con voz casi inaudible:

—Dice la señora que qué pasa.

—Ya ve, tengo que irme —suspiró Locatelli—, pero si pudiese intervenir... Si pudiera convencerla para que yo la viese...

—Tendrá noticias mías, doctor, le agradezco mucho su interés.

—Y no se ría de los fantasmas, sobre todo en este barrio.

—¿Puedo saber por qué lo dice?

—Ya se lo explicaré.

—No —dije, sujetándole por el brazo cuando ya estaba en la puerta de la calle—. No se irá sin decirme qué significa eso de que el barrio es propenso a los fantasmas.

—Hay antecedentes, caro amico.

—Nunca había oído hablar de una cosa así.

—Por razones obvias, preferimos que no se divulgue. Ya le contaré.

Y se escabulló con una intrigante sonrisa que supongo que quería decir que no era dueño de sus secretos. Porfiria y Renzo, impasibles, miraban el vacío, como si no hubiesen oído nada.

Mientras subía a la pianta nobile, iba pensando que la palabra íncubo sugería algo diabólico e innombrable, pero lo que estaba fuera de toda duda era que el médico pecaba de imaginativo. Tal vez fuese una buena condición para sus pacientes, aplicar un poco de ciencia y un plus de fantasía poética, eso debía de ser.

* * *

El comedor, una vieja sala entarimada de castaño, era demasiado grande para tres personas. Antonietta, con los ojos bajos, parecía querer que olvidásemos su presencia, y ante nosotros empezó a desfilar una cena pantagruélica, desde la ensalada de pepinos a la compota de albaricoque, pasando por abundantes raciones de rigatoni y ossobuco.

Pilar atacaba el festín con un prodigioso apetito, y cuando hice la observación de que la cena me parecía excesiva y que no estaba seguro de que comer tanto por la noche fuese bueno para su salud, ni se dignó contestar. Al contrario, a manera de desafío, repitió de varios platos, y enseguida me preguntó por mi audiencia con el Rey.

—Me ha recibido en un salón que utiliza como despacho en el primer piso del hotel; muy cordial, como siempre. Sabe dar el apretón de manos mirando a los ojos y sonriendo, como si hubiera estado esperando con ansiedad el momento de recibirte.

—Tiene mucho oficio —comentó.

—Se sentó en el sofá, delante de mi butaca, y se puso a fumar sus cigarrillos egipcios.

—¿Sigue fiel a la marca Kedive? Ya que ha tenido que renunciar a la Corona, al menos que no le quiten del tabaco.

—Sigue envuelto en aquel humo oloroso tan regio.

—Siempre ha olido soberanamente bien. Antes los reyes curaban escrófulas imponiendo las manos. ¿No te ha mejorado el reuma?

—No he notado ningún alivio.

—¿Te ha dicho si pensaba volver?

—Algún día quizá, pero no iba a decirme lo que pensaba. Por algo es Rey.

—Claro.

—Me ha hablado muy bien de Mussolini. Víctor Manuel no le resulta simpático, pero lo da a entender con mucha diplomacia.

—Si le vuelves a ver, dile que desconfíe de Franco, es un masoncete.

—Por Dios, Pilita, ¿de dónde has sacado eso?

—Me lo ha dicho un pajarito. ¿Os pondréis al lado de Hitler? —preguntó como haciéndome también responsable de tomar aquella

decisión.

—No está la Magdalena para tafetanes. Estamos convalecientes.

—Sí, desde los tiempos de Felipe Segundo.

—¿Y vosotros? —pregunté, devolviéndole la pelota.

—El Duce nunca nos haría esa trastada —sentenció con el aplomo de un estratega de café.

Enseguida volvió a ocuparse del ossobuco con renovados ánimos. Porfiria y Georgina, fingiendo ser sordomudas, cuidaban de volver a llenar las copas de un vino tinto muy espeso que a cada sorbo yo notaba dentro de mí como un latigazo. Ella lo saboreaba con delectación cerrando los ojos con aire de sibarita.

—¿Te gusta el Duce? —quise saber.

—Como hombre no es mi tipo. Como político hay cosas peores. Ya sabes cómo las gastan los jacobinos. Según el Corriere...

—¿O sea que lees los periódicos?

—Sí, pero sólo a escondidas —reconoció como si la hubiese pillado en falta—. Son una indecencia. Todos iguales y diciendo las mismas majaderías.

—Pues es mejor que por ahora no aparezcas por España.

—Ya lo sé. ¿Adónde puede ir una?

—Tal vez a Suiza —dije maliciosamente—. Allí los aires son muy puros.

—Eso sí que no, alguien se lo tomaría como si le persiguiese. Además, me importa un rábano que allí se respire mejor. Seguro que con tantas montañas habrá muchas corrientes de aire, y como sabrás a la Duse la mató una corriente de aire traicionera. ¡Qué actriz! Nunca debió ir a los Estados Unidos, qué se puede esperar de los americanos.

—De eso hace muchos años, Pilita.

—¡Qué manía tienes con el tiempo! Parece que fue ayer. Los funerales fueron en Santa Maria degli Angeli, ¡si hubieras visto el gentío!

La somnolencia de una digestión pesada empezaba a vencerla, levantó el dedo índice y enseguida nos sirvieron mirabelle, un aguardiente que seguía siendo su favorito. Se irguió en la silla, me miraba como si me retase, creo que más que a mí al mundo, como queriendo decir: Aquí estoy yo, a pesar de todos vosotros. Era incorregible.

—¿No sigues ninguna dieta? —pregunté, y comprendí en el acto que no hubiera debido decir aquello.

—¿Tan descacharrada me ves? No hagas como los médicos, que siempre están recomendándote que no comas. ¿Sabes una cosa que

me gusta de los fascistas? Esta consigna de Me ne frego.

—Ojalá se lo digan también a Hitler.

—De momento somos no beligerantes, aunque ya hacen pruebas de defensa antiaérea, ensayos de dejar a oscuras la ciudad, racionan el azúcar, la pasta, la leche...

—Preparativos para la paz, ¿no?

—Algo así.

—Pero la gente está enfervorizada, según dicen.

—Más o menos.

—En España igual.

—Napoleón sí que era un dictador admirable —me soltó por sorpresa.

—No creo que Daoíz y Velarde opinaran como tú.

—Hablar contigo me rejuvenece. Por fin vuelvo a tener a alguien que no me da la razón.

—El Padre Atienza dice que lo de ahora nos lo tenemos bien merecido.

—Lo dirá con segundas, ¿no?

—Con los jesuitas nunca se sabe.

—No recuerdo a ese Padre Atienza. ¿Y el Padre González Linde?

—Murió hace muchos años.

—¡Jesús, todo el mundo se muere!

Hizo un ademán patético, digno y desconsolado, como de actriz del repertorio de Dario Niccodemi, con los brazos muy abiertos y la cabeza hacia atrás, poniendo por testigo al Cielo de una profunda desolación. Sí, me recordaba la escena culminante de La nemica, cuando exclamaba aquello de ¡Mentiras, mentiras! La bugia, la bugia!

Pero fue sólo una breve interrupción teatral, cayó en la cuenta de que aún no había dirigido la palabra a Antonietta, y debió de parecerle imperdonable. Estaba tan acostumbrada a los monólogos que para ella el interlocutor era como la pared de un frontón, pero no dar voz a alguien sentado a su mesa que podía pensar que no le hacía caso por estar a su servicio lo juzgaba una grosería.

Arrancó a Antonietta unas cuantas frases temblorosas, le preguntó por su fidanzato, que por lo visto era español, un bizarro militar, me aclaró con cierta sorna, y acabaron hablando de trapitos y de lo que se iba a llevar aquella temporada. Parecía conocer al dedillo las últimas novedades.

Por lo visto seguirían llevándose mangas pagoda, esas fruncidas hasta el codo y con muchos volantes, estaban triunfando los pantalones a la turca, y el dernier cri eran unos sombreros en forma

de cucurucho. Al parecer los abrigos de ocelote iban a seguir llevándose. Mencionó el nombre de una modista, una tal Schiaparelli, que estaba haciendo furor en París con ideas de un insolente atrevimiento.

—Mañana iré de tiendas —intervine—, tengo que comprar unos foulards y unos pares de medias que me ha encargado Mercedes. También pienso mirar unas camisas de seda para mí. Me acercaré por Caraceni. No habrá cerrado, ¿no?

—¿Caraceni? ¿Cómo va a cerrar? ¡Qué disparate! Aunque arrasaran Roma él seguiría en su puesto. Bueno, para ser exactos murió el año pasado, pero el negocio está donde siempre.

—¿Via Boncompagni?

—¿Dónde si no?

—Claro, la Roma eterna.

Volvió a hacerse el silencio, yo pensaba que después de lo que había comido, no era de extrañar que por la noche tuviese sueños truculentos. Si es que eran simplemente sueños. A mí el fantasma del ossobuco iba a perseguirme en la cama, supongo que como un peso digamos espectral sobre el estómago.

—Ya sé que has estado hablando con el dottore.

—Lo sabes todo, ¿tienes espías en todas partes?

—Igual que Mussolini. No es mala persona, pero tiene la aburrida manía de querer curarme.

—Y tú no te dejas.

—A mi edad, sopitas y buen vino, lo demás sobra.

—Después de ver cómo cenas, lo de las sopitas me parece irónico.

—Es que la vida también suele ser irónica. A propósito, ¿has dormido bien?

—Muy bien, la cama era un poco ceremonial, pero estupenda.

—¿Pesadillas?

—No. ¿Por qué?

—Por nada.

Se levantó sin que nadie hiciera un ademán para ayudarla, y cuando yo le ofrecí mi brazo, se me sacudió bruscamente. Luego echó a andar con majestuosa lentitud —estaba claro que no podía hacerlo más aprisa— para salir del comedor sin ayuda de nadie. Me miró como queriendo decir: Ya ves que no uso bastón, no soy tan vieja como crees.

Como los chicos que van en bicicleta y presumen mirando al espectador: Y ahora sin manos... Pero cuando volví disimuladamente la cabeza pude ver que indicaba con un gesto a

Antonietta que le diera el brazo suponiendo que nadie la veía.

* * *

Renzo se empeñó en acompañarme a mi cuarto, aunque ya le dije que recordaba muy bien dónde estaba, y recorrimos a paso muy lento, porque sus piernas estaban reñidas con la agilidad, el largo pasillo mal iluminado en el que fui reconociendo las antigüedades que los Vianelli habían comprado junto con el palazzotto.

La colección de bustos, se suponía que de emperadores romanos, aunque nadie los había identificado, el tapiz con Níobe llorando desconsoladamente por sus hijos muertos, unos foscos cuadritos de ruinas bastante mediocres, un autorretato de Minardi, si es que era de Minardi, y de todas formas sin ningún interés.

Todo con polvo, que según Pilar daba cierta pátina a los muebles y a los objetos. El palazzo parecía haberse inmovilizado en el tiempo, y sus habitantes se negaban a enterarse del paso de los años. Pero cualquier día, pensé, alguien iba a soplar y la casa y los que la ocupaban se desharían silenciosamente en el aire de Roma sin dejar el menor rastro.

Y luego el olor, yo hubiese dicho el hedor, como de carroña o de heces. Mi original hermana, que había leído demasiados libros sobre la época de Luis Dieciséis, sostenía que Versalles también debía de oler así, porque los cortesanos se dedicaban a hacer sus necesidades por los rincones del palacio, o sea que aquélla era una peste histórica.

Tan histórica como desagradable, y hasta Renzo se sintió obligado a hablar del mal estado de las cañerías, que eran, dijo, muy viejas, de tiempos inmemoriales. Es posible que Pilita nos las hiciera reparar porque no se tenía noticia de que la reina María Antonieta se ocupase de esos enojosos desperfectos.

Al quedar solo en mi cuarto comprobé que tampoco allí habían hecho el menor cambio. Las vitrinas con abanicos de encaje, de nácar con plumas de avestruz, chinos e indios, y aquel tan curioso con una escena galante pintada por Boucher. Una fotografía amarillenta recordaba al dogo de Burdeos al que su dueña puso el nombre de Robespierre.

Detrás de los cortinajes, en los que Dafne se convertía en laurel cuando el dios Apolo la abrazaba, las paredes eran de color ceniza, no porque las hubieran pintado así, sino por obra del tiempo. Al tocar cualquier cosa los dedos quedaban tiznados, y después de limpiarlos en el pañuelo se podían ver señales oscuras e indefinibles.

Me miré al espejo y me vi la cara de siempre, tampoco eso tenía compostura o arreglo. En la cama, muy aparatosa, con colgadura y cortinas, según una tradición local había dormido Liszt en casa de su amante Carolina de Sayn-Wittgenstein, que vivió en el número 89 de la misma calle. Todo pertenecía al pasado, no había espacio para nada más.

En las venerables vigas la carcoma soltaba un polvillo inequívocamente histórico. El conjunto era una mezcla de suntuosidad y cochambre muy peculiar, un revoltillo de antigüedades valiosas y de imitaciones más bien burdas (los Vianelli no tenían el gusto muy sólido, Se ve que no descienden de los longobardos, como dijo papá cuando la boda de Pilita).

Antes de acostarme decidí ir en busca del baño, que según creía recordar estaba muy cerca, en el mismo pasillo que acababa de recorrer; tal vez la segunda puerta a la derecha. Me acordaba de una gran bañera con un calentador tipo geyser, verdaderamente antediluviano, que no sé si funcionaba con gas o con petróleo.

Pero la puerta en cuestión estaba cerrada con llave. Pensé que quizá me había confundido y el baño estaba en la pared de enfrente, pero encontré cerradas todas las puertas. Fui probando todos los picaportes, y al llegar donde el pasillo se bifurcaba, elegí uno de los ramales.

Por fin una puerta se abrió. Era lo que buscaba, aunque parecía ser un cuarto de baño más modesto que el otro; carecía de bañera, y la taza del retrete era circular, con una faja de grecas, y un pedestal que era un león dormido. El lavabo de loza, decorado con algas y delfines, tenía grietas, y un churretón de herrumbre completaba aquel aspecto lastimoso.

Naturalmente, no salía agua del grifo, y la toalla, de un color gris plomoso, estaba tiesa y como amojamada. Renuncié a hacer más investigaciones, en resumidas cuentas la higiene personal es una cuestión muy subjetiva, y aquella noche podía apañarme con la colonia que llevaba en la maleta.

Los antiguos romanos inventaron las termas, que por lo que dicen eran un gran adelanto de la civilización, pero en materia de aseo y de excusados sus descendientes modernos dejaban mucho que desear. La taza del retrete disponía de un artilugio herrumbroso con una palanca atascada, y por supuesto todo aquello olía a rayos.

Cuando salí iba riéndome en voz baja pensando que al día siguiente contaría a Pilita mis aventuras nocturnas con el fin de poder mear; le divertiría un anuncio que había visto en una tienda de sanitarios: un fabricante de Milán ofrecía lavabos y orinales

negros, como un intencionado guiño al color de las camisas fascistas, aunque si aquello pretendía ser un chascarrillo no le arrendaba la ganancia cuando las autoridades cayeran en la cuenta.

De pronto me fijé en un enorme mosaico con un ánfora y dos pavos reales que con toda seguridad no había visto aquella noche; quizá me había confundido de pasillo, y por un momento me pasó por la cabeza la loca idea de que no sabría encontrar mi cuarto, y que podía estar vagando hasta que amaneciera entre aquellas reliquias de la antigüedad.

Bien está lo que bien está, como solía decir nuestro padre cuando quería pedirnos sensatez. Me parece que en la familia ya hemos cubierto nuestro cupo de despropósitos, ¿cómo iba a perderme? Mi sentido de la orientación me había fallado, pero la verdad es que a media luz el busto de un emperador se parece mucho a cualquier otro busto de otro emperador. Había que reconstruir mi ruta por el pasillo.

Fue entonces cuando lo oí con toda claridad, inconfundible. Una soberbia voz de tenor se elevaba envuelta en una música trágica e irresistible:

> E lucevan le stelle... e olezzava
> la terra... stridea l'uscio
> dell'orto...

El pobre Mario Cavaradossi se despedía de la vida antes de ser fusilado en el Castel Sant'Angelo. ¿Quién quería escuchar Tosca a pocos pasos del cuarto de los abanicos? ¿Un fantasma que adora la música de Puccini hasta el punto de no poder prescindir de ella en ultratumba?

La música parecía salir del fondo del pasillo, y hacia allí me dirigí para aclarar el misterio. Entonces se apagaron todas las bombillas y dejó de oírse la ópera; tendría que volver a mi habitación a oscuras, había que encontrar el camino, pero no sabía cómo; di media vuelta, retrocedí unos pasos y tanteé las paredes. La posibilidad de tener que pasar la noche allí ya no me pareció tan lejana.

La escalera debía de encontrarse a mano izquierda, y por aquel lado distinguí las luces temblorosas de unas velas. Eran Porfiria y la cocinera (de cuyo nombre seguía sin poder acordarme) que subían muy despacio cuchicheando entre sí.

—No se asuste, somos nosotras. De vez en cuando cortan la corriente, pero vuelve al cabo de un rato.

—Estaba buscando el baño y he oído una música.

—Pues no hemos oído nada.

—Venía del fondo del pasillo.

—Allí no hay nadie. Sería la radio de un vecino.

La cocinera ponía cara de inocente, pero era una falsa tonta, la delataba la picardía de sus hoyuelos, y vi que Porfiria desviaba la mirada como si temiera enfrentarse con la mía. Lo de la radio era increíble, con aquellas gruesas paredes no podía oírse a ningún vecino. Y además estaba seguro de que era un gramófono.

Un gramófono de los antiguos, que funcionaban dándoles cuerda con una manivela, y que tenían una gangosidad característica cuando el sonido salía por la trompa; era un disco que había ido perdiendo velocidad hasta que la música se hizo agónica, y entonces alguien había levantado la aguja produciendo un chirrido.

Pero ¿quién? ¿Un fantasma melómano que se recreaba con Tosca? Era evidente que me estaban ocultando algo. Me dieron una palmatoria y esperaron a que yo me hubiese metido en el cuarto. Al cabo de unos minutos asomé la cabeza y ambas habían desaparecido. Entonces volvió la luz.

Rocié la cama de agua de colonia, porque el olor seguía siendo nauseabundo, y me hundí en el blando espesor de aquellos colchones de pluma en los que al parecer también había dormido Liszt, según decían muy bien acompañado. Pero el sueño no acudió a mi llamada, había algo espectral y amenazador en el ambiente.

Un caserón antiguo que se precie ha de albergar fantasmas, pero el problema es que yo no creía en ellos. ¿Y Pilita? Tantos años sola entre aquellas paredes, en un país extraño, empeñada en que la Revolución Francesa acababa de suceder, viviendo de recuerdos sólo imaginados, sin aceptar que algo pudiese cambiar a su alrededor.

Era como para enloquecer, para ver aparecidos por todas partes y contagiar incluso sus melancolías y sus ensueños a una servidumbre que con la edad también empezaba a chiflarse. Porque entre todos debían de sumar un montón de siglos, apenas sin contacto con más realidad que la de aquellos silencios ensimismados.

No podía ser, hablaría con Mercedes y convencería a Pilita para que se instalara con nosotros en Madrid. En nuestra casa de la Castellana, una vez restaurada, cabíamos holgadamente todos, y allí podía empezar una nueva vida, lejos de las obsesiones de Roma.

Y en la Castellana no se tenía noticia de fantasmas. Claro que estaba la guerra civil, tan reciente, pero ella no la había vivido, le

resultaba algo mucho más remoto que la guillotina en la plaza de la Concordia de París. En el palacio de Linares sí había al parecer fantasmas, pero el paseo de Recoletos quedaba bastante lejos.

Además, Italia podía entrar en la guerra en cualquier momento, no me fiaba ni un pelo de Mussolini, era tan insensato como los falangistas españoles. Es mejor vivir un día como un león que cien años como un cordero, era una de las frases gloriosas del Duce que había visto pocas horas antes en una pancarta del Corso.

¡Dios mío, otra guerra, y ella sola en Via del Babuino, con sus cavilaciones y sus rumias, llevando la contraria al mundo, al tiempo, a todo lo que no fuera su desesperanza! Estaba decidido, me la llevaría conmigo a Madrid, y si se empeñaba en hacerse acompañar por toda aquella colección de vejestorios de una fidelidad canina, pues muy bien, me los llevaría a todos conmigo.

En cuanto al disco de Tosca... Aquello era un enigma, ¿quién querría escuchar el adiós a la vida en plena noche? ¿Y por qué me mentían las criadas? Aquella absurda explicación de la radio de los vecinos... Por fin conseguí dormirme, y soñé que estaba en una casa desconocida con puertas que se abrían a habitaciones enormes y desnudas, sin un mueble.

* * *

Roma casi cabe en la mano, en poco tiempo puede cruzarse en todas direcciones. Después de desayunar solo —la señora, me dijeron, había pasado una mala noche y no se levantaría hasta más tarde—, anduve sin rumbo por la ciudad, callejeando y sintiéndome una vez más, como todos los extranjeros, un paleto en la capital del mundo.

El tiempo parecía inseguro, mitad de otoño mitad de primavera, con lo que llamaban il venticello, una brisa suave, pero a veces fría, que arremolinaba las hojas de la calle. La gente, como de costumbre, alegre y apresurada, ruidosa, vocinglera, gesticulante, Mussolini no había conseguido cambiar todo esto.

Aunque yo diría que no por falta de ganas. Las consignas que se leían por todas partes (a veces junto a reclamos en la fachada de las osterie, como Gnocchi famosi) eran imperativas y marciales: El fascismo desprecia la vida cómoda. Obedecer sin discutir, o Aquí no se habla de política. Y la tajante afirmación que podía leerse a menudo en las paredes: Il Duce sempre a raggione. Cualquiera le levanta la voz a un tipo así.

Yo me preguntaba adónde iba a llevar todo aquello, los aparatosos uniformes con el puñalito al cinto, los niños disfrazados

de Hijos de la Loba, las fanfarrias militares, los triunfales recuerdos de la antigua Roma (todos los relojes tenían que llevar cifras romanas).

Era un poco divertido y grotesco en sus fanfarronadas, y la verdad es que recordaba sospechosamente el estilo oficial español que se había impuesto después de la guerra, y que yo me tomaba a broma. Españoles e italianos primos hermanos, siempre se había dicho, y últimamente era más cierto que nunca.

La última vez que visité el país me dieron la impresión de estar representando una comedia juvenil y arrebatada en la que creían de veras. Asombrosamente, los trenes llegaban a su hora, presumiendo de una puntualidad insólita. Y se construían grandes autopistas que admiraban a los turistas, sobre todo al advertir que apenas circulaban automóviles.

Ahora parecían haberse cansado de la función, y los actores actuaban de un modo exagerado, como complaciéndose en la parodia de sí mismos. Se reconocían los gestos declamatorios, pero el argumento de la obra no tenía pies ni cabeza, y diríase que todo el mundo se daba cuenta. Pero el teatro era su vida, y no iban a cambiar por eso.

El fascismo podía durar siglos, parecía sólido a la manera italiana, con una pompa de guardarropía; después de Mussolini vendría la era de Ciano, el Yerno por antonomasia (por lo que contaban de él, convertiría el golf en deporte nacional), luego los nietos del Duce... Y así hasta que se cansaran de la fiesta e hiciesen bajar el telón.

Fui a visitar uno de los rincones más pintorescos de la ciudad, tal vez mi favorito, la Piazza Montanara, y me llevé un gran chasco. Había desaparecido. Aquellas tiendecitas que se refugiaban en las arcadas del Teatro di Marcello, con su travertino de color crema, la parte superior convertida en palazzo; allí se herraban caballerías, se vendían aperos de labranza, sacos de simientes...

Eran tiempos de muchas reformas, la ciudad quería hacerse más moderna y racional, calles anchas, laberintos de callejas despanzurrados, la piqueta se llevaba por delante lugares muy bonitos y evocadores, y en el vacío que dejaban iban elevándose colosales edificios de una ostentosa fealdad.

¿También yo quería vivir en el pasado y echaba de menos todo lo desaparecido? Me reía de Pilar, y en el fondo era igual que ella, y estaba desconsolado al no reconocer los viejos barrios de la ciudad, no por su supuesta belleza, sino porque eran viejas como nosotros, y siempre las habíamos visto allí. Su ausencia anunciaba que también

a nosotros nos llegaría la hora.

En fin, pero el suelo seguía siendo espantosamente desigual, y las casas necesitaban una mano de pintura. Estuvo a punto de atropellarme un hombre en bicicleta que imitaba con la voz el sonido del timbre. Mendigos, frailes, curas, monjas, soldados... Y gente que se paraba para hablar animadamente en plena calle para después separarse con una gran explosión de risas.

¿Se contaban chistes sobre el régimen? Probablemente sí. No era asunto mío, decidí, tenía que hacer mis compras, y las hice añadiendo a lo previsto unos pantalones de franela escocesa y unos zapatos rojos, color de queso holandés, que iban a encantar a Mercedes. Ah, y aquel perfume llamado Dimmi di sì que tenía un nombre tan insinuante.

Después de varias horas de andar, cansadísimo, decidí volver a casa, pero antes me senté en la terraza del Rosati, en la Piazza del Popolo. Era la hora del vermut, pero el aroma del café que salía del interior me inclinó a una elección un poco extraña que en aquel momento me apetecía más, y pedí un cappuccino.

A cualquier hora del día un cappuccino es un elixir vigorizante, inclina a la felicidad y a la contemplación desinteresada, pero a las doce del mediodía y con el estómago vacío producía una maravillosa euforia. Desde la terraza del Rosati el mundo me pareció una vez más muy bien hecho, exacto en sus proporciones de belleza y de vida.

Los leones de las fuentes, el obelisco, las estatuas, las dos iglesias llamadas gemelas, el Pincio que descendía en terrazas frente a mí, no podía pedirse mayor armonía. ¿Cómo podía creer en apariciones monstruosas? Imposible, la luz sonreía en aquellas fachadas color fresa con nata, alegres y serenas, inmortales. Roma desdeñaba elegantemente cualquier miedo.

Allí me sorprendió en medio de mis ensoñaciones el doctor Locatelli, quien aseguró que estaba deseando encontrarme para continuar la conversación que interrumpimos el día anterior. Me felicitó por haber elegido aquel café, cuya repostería, me dijo, era única; ¿estaba enterado de que eran proveedores de la Casa Real, y que Su Majestad no consumía otros pastelillos que los que servían allí?

—Pues no, no lo sabía. Pero a esta hora comprenderá que... De todas maneras tomo nota.

—Don Manuel —empezó, bebiéndose de un sorbo la mitad de su vaso de vermut—, ayer le dejé en suspenso con lo de la tenebrosa historia de este barrio, pero es que cuando su señora hermana

levanta la voz sólo es posible obedecer en el acto.

—Cuando era niña nuestro padre ya solía decir que tenía mando en plaza.

—Le estaba contando que este lugar tiene recuerdos siniestros. Aquí mismo, en la plaza, enterraron a Nerón, dicen que bajo un pioppo...

—Un álamo.

—Ecco! Y sobre su sepulcro maldito bailaban los demonios y las brujas. Ya ve qué orígenes tiene todo eso que ahora contemplamos, tan plácido y hermoso. Pero eso sólo fue el principio, porque siglos después en un convento de agustinos que estaba en aquel ángulo de la plaza, vivió durante su estancia en Roma nada menos que Lutero. ¡Imagínese!

—Trato de imaginarlo.

Él ponía cara de circunstancias y espiaba en mi rostro el efecto que suponía devastador, terrible, de aquellas evocaciones históricas. Pero aunque hice un esfuerzo por parecer impresionado y con susto, la oleada de felicidad que me había proporcionado el cappuccino era más fuerte, y creo que tenía una expresión irremediablemente beatífica que no era la más indicada.

—Y siglos después, al otro lado de la puerta, levantaban la guillotina, y ajusticiaron a carbonarios y otras gentes de mal vivir.

—Veo que conoce bien la historia del barrio.

—Es mi pasión. Claro que primero es la medicina, pero... En cuanto a la calle en que vivimos, le interesará saber que en tiempos muy remotos...

—Dottore, reconozca que ahora es una calle muy tranquila, con hoteles, anticuarios, estudios de artistas... Los demonios de antaño se habrán ido a lugares más acogedores.

¿Qué se proponía? ¿Asustarme? Empecé a recelar. A plena luz pude ver que llevaba dos insignias que supuse casi obligatorias. El pasador de la corbata estaba adornado con el águila fascista, y en el ojal llevaba el haz de varas de olmo sujetas por una correa, y el hacha en medio.

—¿No ha notado algo raro en la casa?

—Aparte de que mi hermana come como un ogro, no.

—Me refiero a alguna anormalidad, una presencia extraña...

—Nada —contesté ya a la defensiva.

Apuró su vermut, era evidente que no sabía cómo abordar alguna cuestión de la que prefería no hablarme a las claras. ¿Era un soplón a sueldo de la policía? En este caso era una gran ingenuidad ir por el mundo con aquellas insignias. ¿O es que como todos las

llevaban era la mejor manera de pasar inadvertido?

—Me gustaría... —dijo, pero no terminó la frase—. Bueno, no quisiera aburrirle con mis historias. Mire, ahí va el fidanzato de la sobrina de su hermana. Es aquel joven con un parche en un ojo. Le tratan con mucha deferencia en todas partes, se creen que le han herido en Abisinia.

Era sospechoso que supiera tantas cosas. Podía ser un chismoso incorregible, o alguien cuya misión era vigilar el palazzo, y quizá con aquellos cuentos de horror lo único que quería era sonsacarme. Yo no sabía nada, pero estaba aquella fantasmagoría de la casa, y ya tenía la mosca detrás de la oreja.

—Tendrá que disculparme, ese joven de aire piratesco está invitado a almorzar, y no puedo llegar tarde.

—Naturalmente, seguro que volveremos a encontrarnos en el barrio.

—Pues arrivederci, dottore.

—Piense en todo lo que le he dicho.

—Pierda cuidado, no dejaré de hacerlo.

Y me separé de él con el firme propósito de no permitir que aquellos malos augurios me estropeasen la felicidad del día.

* * *

El compatriota era un joven simpático y muy locuaz, con la cara desfigurada por una cicatriz que iba desde la sien hasta el parche negro sobre el ojo perdido. Antonietta le miraba entre la admiración y el susto, y no había para menos, porque se le veía muy impetuoso, como si fuese a tomar por asalto una trinchera enemiga.

—¿Es de familia bien? —pregunté a Pilita en un aparte.

—No sé, su familia trata en fosfatos.

No sonaba muy heroico, pero él presumía de valiente y espartano, contaba hazañas bélicas en primera persona, dando a entender que no quería pecar de inmodestia, pero que por algo le habían concedido la Medalla militar individual. Lo cierto es que oyéndole parecía haber ganado la guerra él solo, aunque eso sí, con la ayuda de Franco.

Pilita no era mujer como para aguantar soliloquios ajenos, ni siquiera de hechos de armas, y no tardó en olvidarse de él y en prestarme toda su atención. Se interesó por mis compras, quiso averiguar si la camisa de seda era de color marfil, que era lo elegante aquella temporada, y pidió que le contara mis impresiones de la ciudad.

—No sé qué decirte, mucha animación...

—Sí, mucha gente, y todos distintos.

—Y para lo que es el país, parecen disciplinados.

—Otra cosa no habrá en Italia, pero orden público el que quieras. Oye, ¿tú también haces ese saludo que se ha puesto de moda, como si llamaras un taxi?

—Pilita, durante la guerra se ha hecho de todo —me excusé, sonriendo traviesamente.

Bajando la voz, para que no la oyeran los novios que aprovechaban la ocasión para lo que debían de ser coloquios muy dulces, me confesó que estaba de guerras hasta la coronilla, y que si todos seguían poniéndose tan pesados, no tendría más remedio que volver a aficionarse al cine. Aunque, desde luego, ya no se hacían películas como las de antes.

—Con alguna excepción... —y se le iluminó la cara.

—A que lo adivino: la María Antonieta de Norma Shearer.

—Te olvidas de lo principal. ¿Y Tyrone Power en el papel del conde de Fersen? Con un hombre tan guapo el adulterio casi resultaba decente.

—Te prometo no contárselo al Padre Atienza.

El almuerzo era tan copioso como la cena, yo me rendí antes de llegar al segundo plato, una merluza con salsa verde que debía de ser suculenta, pero ella hizo los honores a todo lo que nos sirvieron con un apetito feroz que parecía compatible con sus emocionados recuerdos de John Barrymore.

—He estado viendo los ejemplares de ABC que me has traído —comentó distraídamente después de dar cuenta de la fruta y el queso, mientras pedía el café con una seña—. Tienen un aire cuaresmal y cobista.

—Es lo que hay.

—Claro que la prensa de aquí tampoco es apasionante. Y además el teléfono...

—A propósito, ¿no crees que prescindir del teléfono pasa de la raya?

Me miró como se mira a un niño que pregunta sobre la existencia de los Reyes Magos. Levantó la voz y comprendí que se disponía a hablar para el fidanzato de Antonietta, que volvía a prestarnos atención, soltando la mano de la joven, que estaba ruborizadísima, como si le hubiera hecho la más audaz de las proposiciones.

—¿Sabes aquello que se dice de los novios, que tres son multitud? Pues cada vez que hablaba por teléfono oía la respiración agitada de un señor asmático que estaba escuchando la

conversación.

—¿Quieres decir...?

—Que me espiaban, hijo mío, quieren saberlo todo, lo cual es una lata.

—Anteayer hablé con el Duce —intervino nuestro compatriota, y yo creía estar oyendo a Moisés después de bajar del Sinaí—. Cuando vuelva a recibirme le diré que esto es intolerable. Tengo la certeza de que Él —subrayó el pronombre— no sabe nada de esas cosas, excesos de celo de los subordinados que quieren hacer méritos y se extralimitan. Cuando Él se entera los pone en su sitio y corrige esos abusos.

—Por favor, Ginés, no molestes a ese señor, que estará muy ocupado ensayando poses titánicas. Si supieras lo tranquila que se vive sin teléfono. Era como tener la puerta de la casa abierta día y noche, en cualquier momento se te podía colar un desconocido. Además, aquel señor asmático que era como de la familia, tiene que cuidarse, y así tendrá menos trabajo.

—Si te lo tomas así...

—Tú, Manolo, ¿tienes algo que hacer esta tarde?

—Estoy a tu entera disposición.

—Pues, anda, acompáñame.

Ya está, me dije, por fin llegaba la hora de las confidencias, le había costado decidirse. Se puso en pie, hizo una discreta señal a Porfiria para indicarle que saliese del comedor, pero sin perder de vista a la pareja, y se dirigió con pasos vacilantes hacia la escalera. Ante el primer peldaño se detuvo y se volvió hacia mí tendiéndome la mano.

—¿Necesitas algo?

—Tengo que confesarte una cosa: No puedo andar sin ayuda. Qué le vamos a hacer, la vejez es como la Bastilla. Claro que después veremos a Dios, ¿no?

—Claro, Pilita.

—Me seguís la corriente, debo de estar desahuciada. Y una cosa más: Tengo escondido a un hombre.

—¿Qué dices?

—Sí, no pongas esa cara. Pero que conste que no es un amante. ¡Qué más quisiera una!

—¿Y se puede saber quién es y por qué tiene que esconderse?

—No te enfades, pero es un comunista.

—¡Vaya por Dios! A Franco no le caen bien.

—A mí tampoco, pero él es muy buen chico. Bueno, ¿qué te parece?

—No sé qué decirte, conociéndote no podía esperar menos de ti. Cuando nos corten la cabeza al menos estaremos entre amigos.

—A Giulio, porque se llama Giulio Saviotti, nunca se le ocurriría guillotinarnos.

—Esperemos que no. ¿Le busca la policía?

—Pues sí.

—Te has metido en un buen lío, hermanita.

—Una de las consignas del fascismo es que hay que vivir peligrosamente.

Estaba tan sorprendido que no podía razonar con un poco de coherencia. Un comunista escondido en la casa, eso explicaba las músicas nocturnas, las mentiras inverosímiles de la cocinera y de Porfiria, probablemente también el apagón, sin duda provocado por ellas... Y quizá la extraña actitud del dottore, que algo debía de sospechar.

—¿Y cómo ha venido a parar aquí? ¿Cayendo del cielo?

—No exactamente, apareció en el jardín, le perseguía la policía.

—Y ahora quieres pedirme que yo haga algo por él...

—Sí, hay que ir a ver a cierta persona que hace documentos falsos. Así podrá salir de Italia.

—¡Menuda papeleta!

—Como nos decía mamá, ¿te acuerdas?, cuando nos quejábamos: Si tan guisado lo quieres, hazte preñada.

—Sabias palabras, pero aun así... Siempre hemos sido de derechas, Pilita, si papá levantara la cabeza...

—Papá era de los tiempos de don Antonio Cánovas.

—Y tú de los de Carlota Corday.

—O sea que soy más antigua, y puedo permitirme hacer lo que me pete. Ha sido como recoger a un pajarillo perdido en la calle.

—Eso de comparar a los rojos con gorriones me ha dejado de una pieza.

—Ya sé las barrabasadas que hicieron en Madrid, pero, mira, cuando vuelvan a tiranizarnos cuenta conmigo para apuñalarles en la bañera.

—Una pregunta más: ¿Cómo sabes que es muy buen chico?

—Se lo leí en los ojos.

—El método es infalible.

—Y además le gusta Puccini.

—Eso me tranquiliza.

Habíamos llegado al fondo del pasillo, y como para dar la razón a Pilita, Rodolfo le estaba contando melodiosamente a la pobre Mimì quién era y a qué se dedicaba.

Aspetti, signorina,
le dirò con due parole
chi son e che faccio,
come vivo. Vuole?
Chi son? Sono un poeta.
Che cosa faccio? Scrivo.
E come vivo? Vivo.

—Ya le he hablado de ti. Él te dará las instrucciones.

—¿No crees que...?

—No me irás a fallar ahora —dijo como si se dispusiera a hacer pucheros.

Dio tres golpes espaciados en la puerta, al momento cesó la música, y de las sombras, como por arte de magia, surgió Porfiria, y vi cómo las dos, cogidas del brazo, se alejaban rápidamente.

* * *

Era un joven de pelo ensortijado, con gafas redondas, y tenía los ojos azules, lo cual me hizo sonreír involuntariamente. Aquello no era mala explicación. Parecía brusco y nervioso, el tono era de dar órdenes más que de pedir un favor, y qué favor, pero tal fuese una manera de vencer la timidez.

Encima del catre había varios discos y unos folletos que preferí no ver de cerca. Me dio una fotografía suya de tamaño carné y me dijo que tenía que ir a Via del Borgo Santo Spirito, número quince; una tienda muy especial, ya lo vería. El nombre del dueño no hacía al caso, bastaría con que al entrar yo le dijera este verso: Era già l'ora che volge il disio.

—¿Se acordará? Es muy importante.

—Me acordaré, pero no sé bien lo que quiere decir.

—¡Qué más da! Es una contraseña. Él le contestará con otro verso: ai navicanti e'ntenerisce il core...

—¿No será de la Divina comedia?

—Claro que sí, del Purgatorio. Era la hora en que turba la nostalgia al que navega, y tiembla el corazón. Necesito pasaporte, carta d'identità y carné del Partido. Eso es todo. Pero tenga cuidado, andan tras de mí y pueden seguirle.

Ya estaba todo dicho, pero sin saber por qué me senté en la única silla que había en el cuarto. Él pareció sorprenderse, aunque no dijo nada. Se sentó en la cama, después de apartar unos libros y unos cuantos folletos, y me miró como aceptando que yo tuviera

derecho a alguna explicación complementaria.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —La diferencia de edad era tan grande que autorizaba el tuteo.

—Éramos dos, y teníamos que reunirnos con otros en Via Flaminia. Al darnos cuenta de que nos estaban siguiendo nos separamos, había una verja no muy alta, y fui a parar al jardín. Una criada muy vieja que se llama Porfiria no sabía qué hacer conmigo, fue a avisar a la señora, y cuando ella supo de qué se trataba, me escondió en esta habitación.

—¿Y tu compañero?

—¡Yo qué sé! Quizá le hayan cogido.

Visto de cerca, no parecía un sanguinario jacobino, como hubiese dicho Pilita. Sólo un joven que si tenía miedo lo disimulaba muy bien, y que me miraba retadoramente. Pedir un favor, y qué favor, sí, humillarse implorando nunca. Con los burgueses no había que confraternizar, sino ponerles en su sitio.

—Es mejor que me vaya antes de que se me olviden los versitos.

—¿Le parezco un bicho raro? ¿No había visto nunca a alguien como yo?

—En San Sebastián no era lo que más abundaba.

—¿O sea que sólo nos conoce por la propaganda de Franco?

—Si quieres decirlo así.

—Pues no tengo cuernos ni rabo.

—Al menos no los veo.

—Ustedes vienen de un país fascista.

—Eso dicen.

—¿Por qué no se rebelan?

¡Qué ocurrencia! Me imaginé reuniendo a toda la familia, Mercedes recién pintada y empolvada, con uno de sus modelitos mañaneros, las chicas pintándose las uñas, Amaranta, la ex niñera, que era como una prima honoraria, mi cuñada Remedios, para quien yo era un oráculo. Y un poco al margen, Eliseo, el fiel Eliseo de siempre.

Yo les diría, quitándole importancia, como proponiéndoles, qué sé yo, comprar un tresillo nuevo o vender el viejo chalé del Escorial, que cualquier verano se iba a desmoronar sobre nuestras cabezas. ¿Y si nos rebelamos? ¿Qué os parece? Me mirarían todas —porque yo era el único varón en medio de tantas mujeres, pero eso no me daba derecho a desvariar— como si hubiese perdido el juicio.

Y Eliseo, que no se inmutó ni el 18 de julio, arquearía una ceja y diría con voz serena y reposada: ¿A qué hora desea rebelarse el señor? Es broma, si les dijese algo así se quedarían sin habla, y

pasada la primera impresión, llamarían al médico. No, está claro que no íbamos a rebelarnos, éramos gente de orden.

Pero Pilita me había puesto en una situación confusa y desconcertante. ¿Qué hacía yo ayudando a escapar de la policía a un rojo? Y por lo visto, ¡qué rojo! Me lo había pedido muy segura de que no podía negarme, que iba a meterme en aquel lío porque a ella nadie podía decirle que no. Además, el muchacho tenía los ojos azules, toda una garantía.

Empezó a recitarme una lección bien aprendida, de forma didáctica. Era como un misionero enseñando el catecismo a un pagano recalcitrante, y tenía que empezar por el principio: ¿Cuántos dioses hay? Que es lo primero que preguntaba el Padre Ripalda, para tener ocasión de afirmar enseguida tajantemente que nada de politeísmo.

Creo que estaba luchando con la convicción de que todo era inútil, pero siempre con la esperanza de que la luz podía abrirse paso, de que todo el mundo, hasta los peores burgueses del barrio de Salamanca, eran redimibles. Sinceramente, yo estaba muy lejos de creerlo, pero aunque sólo fuera por buena educación no podía dejar de escucharle.

¿Qué diría el Padre Atienza si me viese aguantando aquella catequesis de marxismo? Supongo que algún latinajo, pero en aquellos momentos el único que se me ocurría era lo de la bendición urbi et orbi, y nada menos indicado. ¡Dios mío, Marx sempre a raggione! ¡Qué fatigoso era todo aquello!

Estuve a punto de soltarle una impertinencia, algo así como: Otra vez será, hermano, pero me contuve. Además, no sabía cómo decirlo en italiano y perdería toda la gracia.

—No te esfuerces. Voy a ayudarte porque me lo ha pedido mi hermana, pero no esperarás que encima te dé la razón.

—Si va con el cuento a la policía se lo agradecerán, tal vez incluso le den una medalla.

—No quiero medallas, puedes estar tranquilo.

—Una cosa más. ¿Le importaría traerme cigarrillos?

—¿Alguna marca preferida?

—Macedonia, si no es mucha molestia.

Parece que no teníamos nada más que decirnos. Me puse en pie y él me imitó, me miraba con una intensidad que casi hacía daño, como si quisiera infundir con los ojos su verdad a un escéptico que se le resistía. ¿Qué se podía hacer con los reaccionarios que se acorazaban en sus prejuicios de clase, aparte de pegarles un tiro en la nuca?

De repente lo vi todo con absoluta claridad. En algún momento acabará su guerra, y hasta es posible que la gane. ¿Y cuando tengáis que dejar de ser héroes? Abajo hay otro, que es el reverso de la medalla, si os junto os liáis a tortas, pero como no sabéis que estáis bajo el mismo techo, cada cual va a lo suyo.

Él contando sus batallas y exhibiendo sus heridas, inconsolable de no tener ya enemigos frente a su trinchera, derrotado por la paz, que ya no necesita soldados, sino censores, carceleros, policías, gobernadores civiles, oficinistas de todo pelaje que pongan sellos, archiven, saquen copias. Cuando éramos capitanes, ay, nunca más...

Y tú, mi pobre Giulio, cuando termine esta zarabanda, y vamos a suponer que acaba bien para ti, que aniquiláis el fascismo y que imponéis la dictadura del proletariado y todo eso, ¡qué vacío habrá en tu vida! Pasarás de perseguido a perseguidor, te nombrarán camarada comisario de alguna cosa, qué tristeza. La Revolución será un fósil.

Pero no tenía derecho a decírselo. Hice un gesto de despedida con la mano, cuidando de que no pudiera confundirse con el saludo fascista, y me dirigí hacia la puerta. Hice girar el picaporte y me volví, él estaba mirando un montón de discos enfundados en unas cubiertas de color garbanzo. Que siguiera con Puccini. Y no dije nada.

* * *

Echaba de menos a Mercedes, andando por aquellas calles podía oír su voz, que serenaba los ánimos, que envolvía nuestras costumbres de paz y de sentido común. Lejos de ella yo era más propenso a la irritación, a consentir en disparates, como el que estaba cometiendo. Ahora que ya no teníamos guerra, me había metido en un buen berenjenal.

Creí reconocer a Mercedes en una señora muy elegante, de cabello plateado, que dobló la esquina delante de mí para bajar por Via del Tritone. Naturalmente, no podía ser ella, pero como de espaldas se le parecía, no pude por menos de seguirla, fantaseando que al acercarme la llamaba por su nombre y ella volvía la cabeza y me decía como un dulce reproche:

—No te puedo dejar solo.

—Ya sabes cómo es Pilita, qué te voy a contar. Pero te prometo que tendré mucho cuidado.

—No, si te lo decía porque con la excusa de que se me parece, te pones a seguir a la primera pelandusca con la que tropiezas.

—Por Dios, cariño, que no es una pelandusca, es una señora muy

bien puesta.

—No sé, no sé.

—Dentro de nada estoy de vuelta en Madrid. Te echo de menos.

—¡Ay, esos viajes de familia sin familia!

La dama en cuestión se giró para mirar un escaparate, y como era de esperar no se parecía en nada a Mercedes. Entonces caí en la cuenta de que la había estado siguiendo, y que era probable que me siguieran también a mí. ¿Quizás il dottore, que me tenía escamado? O alguien que trabajaba para él. Pensé que había que disimular y despistarles.

¿Qué hace un extranjero en aquella zona? La respuesta la tenía ante mis narices, y entré en La Rinascente. Subí hasta la tercera planta, deteniéndome de vez en cuando para mirar artículos muy variados, por ejemplo un abrigo de piel de mapache, de un gris plateado que le iría muy bien al pelo de Mercedes. Pero no estaba allí para comprar, sino para parecer un comprador inocente.

No tuve la impresión de que me siguiera nadie, salí al Corso y cruzando por un sinfín de callejas fui a parar al río. Me detuve a contemplarlo asegurándome de que no hubiera a mi alrededor nadie sospechoso. Un señor de mediana edad con pajarita, pollos con mucha brillantina y trajes color de papagayo, presumidos, joviales y dueños del mundo.

También unos novios muy feos. Pero ¿acaso los feos no tenían derecho a enamorarse? Me estaba haciendo preguntas idiotas o que no tenían respuestas sensatas, como solía hacerlas Pilita. Aunque no estaba de más tomar precauciones, y en vez de dirigirme directamente al barrio del Borgo decidí dar un rodeo como si fuera al Trastevere.

En la plaza entré en Santa Maria. Me senté muy cerca de la puerta, sin perderla de vista. Ya aburrido, al cabo de un rato volví a salir, pensando que estaba haciendo el tonto. Pero allí, a pocos metros, contemplando con aire de embeleso el campanario románico, estaba el hombre de la corbata de pajarita. No podía ser una casualidad.

Tenía que convencerle de que se estaba cansando en vano, y decidí que nada mejor que comportarme como si fuera un peregrino o hubiese hecho voto de visitar todas las iglesias de Roma. Ya ni me acuerdo de en cuántas iglesias entré, subiendo y bajando por el barrio, hasta que dejé de sentir los pies.

San Benedetto, Santa Cecilia, San Crisogono, San Francesco a Ripa. Daba una vuelta por el interior, me sentaba en un banco, salía y a empezar de nuevo. ¿Tenía que pedir a Dios que me ayudara a

salvar a un comunista? No estaba seguro, pero por si acaso... El hombre de la pajarita acabó esfumándose.

También allí estaban despedazando la ciudad, pulverizaban medio barrio para abrir una avenida que uniese el Castillo con la Plaza de San Pedro, y podían verse las tripas de viejas casonas y palacios, entre montañas de escombros. Con sus secretos de tiempo atrás a la intemperie.

Si es que guardaban algún secreto. Y en caso de guardarlo, ofreciéndose así desnudas y ruinosas a la curiosidad de los paseantes, quizás había perdido todo interés, como ocurre con los secretos cuando se revelan. Los rectángulos del papel de las paredes, lo que habían sido las intimidades de las casas, me parecieron despojos tristísimos.

Pero, filosofías aparte, ni rastro de aquella estampa banal y un poco grotesca del hombre que me había estado siguiendo. No había motivos para la inquietud, aunque para mayor seguridad entré en una iglesia más, San Michele, y me paré en medio de la empinada escalera que según los romanos hay que subir de rodillas para tener suerte en la lotería.

La dirección que me había dado el fugitivo correspondía a un tenducho de mala muerte que probablemente también estaba condenado a desaparecer. Un letrero escrito a mano anunciaba Composturas de todas clases, detallando a continuación: Radios, paraguas y sombrillas, muñecas, loza, hornillos eléctricos, lámparas, máquinas de coser...

La campanilla de la puerta no funcionaba, y una vez dentro vi surgir de las tinieblas a un jovencito que me recibió con un gruñido que sin duda preguntaba qué es lo que quería. Le recité el verso del Purgatorio, y vi que se le iluminaba el rostro. Me contestó con el segundo verso de la contraseña, y en el acto hizo sonar un gong que tenía sobre la mesa.

Me indicó con un ademán que pasara a la trastienda, y me encontré ante un viejo con boina ocupado en atornillar no sé qué pieza en las entrañas de un artefacto irreconocible. El lugar rebosaba de cachivaches y variadísimos objetos, supongo que averiados, y tardó unos minutos en mirarme por encima de sus gafas, como esperando de mí una explicación.

Por fin rompió el silencio con una risita cascada, se puso en pie y vi que llevaba un amplio jersey, que debía de haber pertenecido a alguien de mayor altura y corpulencia, con muchos lamparones.

—Lo único que no arreglo son cabezas de chorlito —me explicó.

—Y la campanilla de la entrada —le corregí.

—Es tan vieja como yo, y le tengo cariño, lo de menos es que suene.

En las paredes había una sobreabundancia de imágenes religiosas: la Madonna degli Astalli, que yo recordaba haber visto en el Gesù, la Virgen de Pompeya sosteniendo un rosario, con el Vesubio en erupción al fondo y santo Domingo y santa Catalina a sus pies, santa Inés, san Pantaleón, santa Francisca Romana...

—He venido por esto.

Y le tendí la fotografía. Superpuso una par de gafas a las que ya llevaba para examinarla en todos sus detalles, y en su rostro se pintó una especie de fruición ante un trabajo delicadísimo del que podía depender la vida de un hombre. Luego me miró con curiosidad, y murmuró algo que no entendí bien, aunque sin duda mencionó a los españoles.

—Pasaporte, supongo.

—Y además carta d'identità y carné del Partido.

—Por pedir que no quede. Ya sé quién es este giovanotto, debe de tener mucha prisa.

—Se lo puede imaginar.

—¿Digamos pasado mañana?

—¿A esta misma hora?

—Yo me encargo de hacérselo llegar —se restregaba los ojos.

—La dirección...

—No es necesario, y olvídese de que ha estado aquí.

Lanzó un gritito gutural que debía de ser una señal convenida, porque inmediatamente entró el muchacho que me había recibido y me acompañó hasta la puerta. Pasé junto a paredones hoscos y negruzcos, con brechas que se abrían a la desolación de los cascotes y desechos de las obras. Empezaba a llover, y no vi a nadie que pareciera seguirme.

Entré en una tabaccheria para comprar dos paquetes de Macedonia, y también me pareció que el estanquero me miraba con suspicacia, como si tuviera que decirme algo importante y no se atreviese. O eran figuraciones mías. Una vez penetra uno en el misterio y en la clandestinidad, los dedos se le antojan huéspedes.

* * *

Por la cara de viernes que ponía Renzo ya vi que las cosas iban mal. Me temí lo peor, un registro de la policía, la detención del tal Giulio, Pilita acusada formalmente de prestar ayuda a un enemigo del Estado. Lo cual era verdad, habría que recurrir a mi amigo el de la embajada, o incluso sobornar a un polizonte.

Estaba consternada y llorosa, Porfiria trataba de animarla detallándole el menú de la cena, pero parecía inconsolable. Iba diciendo por lo bajo: ¡Qué disgusto, qué disgusto!, y en la mesilla que tenía delante, junto a un precioso rosario de plata y marfil que había sido de mamá, había una copa vacía que debía de haber contenido mirabelle.

—Manolo, tienes que ayudarme —gimió.

—¿A quién hay que salvar ahora, a Stalin?

—Déjate de cuchufletas, que esto es muy serio.

—¿Ha venido la policía?

—¿Qué dices? Se guardarán mucho de una atrocidad así.

—Pues ¿qué ha pasado?

—Necesito que me ayudes a encontrar a Antonietta, la ha raptado Ginés, nuestro español —lo de nuestro lo dijo casi con rencor.

—¿Estás segura de que ha sido un rapto? Esas cosas ya sólo pasan en el Tenorio.

—Se ha fugado con él, que viene a ser lo mismo.

—Es un matiz importante.

—Ha dejado una nota para mí. Es una niña, Manolo, una niña.

—Ya talludita. Tiene unos treinta años, ¿no?

—Siempre estaba pensando en las musarañas.

—En algo más debía de pensar. En cualquier caso, a su edad...

—Sea como sea, no tiene derecho a fugarse con quien le dé la gana. Ya ves qué necesarias siguen siendo las carabinas.

—No ibas a amarrarla a una pata de la cama. Ya verás como se casan.

—Hay maneras más sosegadas de casarse. La gente cuando se enamora pierde el seso. Mamá siempre decía: Amor de boca, bicoca. Para mí era igual que una hija.

—Pero no lo era. Y la tenías aquí rodeada de viejos y criando moho.

—Mira, en vez de discutir, intenta que hagan averiguaciones, a ver si todavía están en Roma... Antes, cuando una pareja se fugaba se iba a París.

—Eran otros tiempos, Pilita. Haré lo que pueda. Pero como tampoco es un asunto tan urgente, y la embajada española está a dos pasos... ¿Te importa que cenemos primero? Así mientras tú te repones, te cuento la gestión que nos encargó tu amigo Giulio.

Aunque refunfuñando y entre suspiros, aceptó que la acompañásemos al comedor, y una vez sentada a la mesa, después de decir que no podía tragar ni un bocado y hacer muchos

melindres, se tomó unas cucharadas de sopa de pescado a la sorrentina; y debió de gustarle, porque se animó a terminar el plato e incluso se hizo servir un par de cucharones más.

Yo le conté mis andanzas por el Trastevere y el Borgo, insinuó una sonrisa al oír mi estratagema de ir de iglesia en iglesia, y se comió sin rechistar los pimientos rellenos al horno. De ahí pasó insensiblemente a las scaloppine de ternera con tomate, y al llegar a la fruta y a la tarta de manzanas con nata parecía otra mujer.

—Todo el mundo huye —fue el único comentario que se permitió.

—O sea que si aquel viejecito de la boina cumple su palabra, el problema está resuelto.

—Pero ¿irás ahora mismo a ver a tu amigo de la embajada?

—Ahora mismo, Pilita.

—Y luego a la policía. La comisaría del barrio está en Via di Ripetta, cerca del río.

—Si te empeñas...

Mi amigo Wenceslao, que era agregado comercial, a aquellas horas ya había vuelto a su casa, conseguí su dirección, y fui a verle cuando estaba cenando en tete à tete con una joven que llevaba el pelo teñido de rubio querubín y los labios pintados en forma de corazón. Me la presentó como una buena amiga, sin más. Mientras nosotros hablábamos, sacó un espejito y se puso a retocarse el rouge.

No era el mejor momento para pedirle el favor, pero después de oírme con una engañosa afabilidad diplomática, dijo que al día siguiente pondría el asunto en manos de Paquito, un muchacho de la embajada que era una joya. Desde luego, extraoficialmente, y siempre que el caso no tuviera ramificaciones políticas.

—No hay nada de eso, puedes estar tranquilo.

—Verás, los caballeros mutilados tienen buenas aldabas. Sólo si pudiera demostrarse que es un estupro...

—No, la señorita en cuestión ya es más que adulta.

Me miró como si le hubiese dado una noticia muy divertida, volvió los ojos hacia su servilleta, como para indicarme que no había más que hablar, y la rubia recuperó enseguida su pose lánguida y su mohín de princesa en el exilio. Me despedí de los dos después de que Wenceslao me hubiera repetido que Paquito haría lo imposible por complacerme.

En el commissariato me atendió un tal Capoferri que parecía no dar crédito a sus oídos; me hizo repetir una y otra vez mis explicaciones, y por fin se rascó la cabeza, encendió su pipa, y

acabó diciendo que en aquellas circunstancias y existiendo pleno consentimiento en la fuga, ellos no podían intervenir. Ni siquiera averiguar, como yo había sugerido, si aún estaban en Roma.

Cuando ya me disponía a irme, poniendo todas mis esperanzas en Paquito, alguien siseó a mis espaldas para llamar mi atención. Era un hombre muy gordo, con una barriga que le desbordaba sobre el cinturón, y que se presentó como el inspector Zutta, Zenone Zutta, dijo, nombre y apellido que zumbaban como abejas.

—Sírvase pasar a mi despacho, son unas preguntas de rutina.

Me invitó a sentarme y él se instaló penosamente, con un concierto de crujidos metálicos, detrás de su escritorio, en el que había un maremágnum de papeles que parecían muy desordenados. Clavó sus ojillos en mí con una intensidad que me puso en alerta. Lo de las preguntas de rutina debía de ser una fórmula de la que había que desconfiar.

—Usted dirá.

Se puso a buscar algo en su revuelta mesa, pero diríase que sin demasiado interés. Luego se quedó absorto, como si meditase alguna decisión trascendental dental cuyos fundamentos se le habían escurrido de la memoria. Por fin suspiró, con un agitado temblor de la papada.

—¡Papeles, papeles! Scartoffia! Verá, hemos detenido a un médico vecino de ustedes, y en su casa hemos encontrado montones de literatura subversiva. El doctor Lancilotti, ¿le suena?

—Me parece que sí —dije, fingiendo que hacía un esfuerzo por recordar—. Le he visto un par de veces por Via del Babuino.

—¡Ay, desconfíe de la gente que uno se encuentra por la calle! Hay italianos que no aman al Duce, ¿lo sabía?

—Lo he oído decir.

—Parece mentira, ¿no?

—Sí, cuesta creerlo.

Desde la pared Mussolini nos contemplaba con mirada furibunda, el cráneo rapado, la mandíbula prominente y un aire de estar muy enfadado con todo el mundo. O quizá de querer hipnotizarnos, no sé. Ahora el inspector modulaba la voz con algo semejante a la dulzura.

—Desde luego, usted no sospechaba nada de sus actividades revolucionarias, ¿no?

—Absolutamente nada.

—Es lo que yo suponía. Y en estos días que lleva en Roma tampoco ha conocido a nadie que pudiéramos considerar peligroso para la seguridad del Estado, ¿verdad?

—A ver, déjeme pensar... No, creo que no.

—Y evidentemente nunca ha participado en ayudar a los enemigos de la Italia fascista, ¿estoy en lo cierto?

—Puede estar seguro.

Era un hombre burlón e impenetrable, pero he de decir que me caía bien. Aquella habilidad suya para decir una cosa sugiriendo lo contrario tenía un no sé qué de artístico. Me sonreía afablemente como demostrando que podía ser peligroso, pero que no quería serlo. Había que estar en guardia.

—Para cambiar de tema, esta tarde ha dado usted un largo paseo, la ciudad tiene tantas cosas dignas de visitarse... Por ejemplo, iglesias, hay tantas... Uno de mis hombres que casualmente pasaba por el Trastevere estuvo siguiendo sus pasos, ya sabe, por pura inercia, la rutina del oficio. Venga iglesias, no sé si para admirar las maravillas que contienen o con fines piadosos.

—No voy a sacarle de dudas.

—Ni tiene por qué hacerlo, faltaría más. El caso es que las iglesias fueron tantas que mi celoso subordinado acabó renunciando a seguirle... porque ya empezaba a pensar en hacerse carmelita.

Rió su propio chiste y volvió a rebuscar desganadamente entre sus papelorios, como para darme una pausa. Sabía mucho más de lo que estaba diciendo, pero por alguna razón que se me escapaba, a no ser que se reservase para un golpe final, prefería no sacar conclusiones. De todas formas...

—Siento haber creado problemas, ha sido, como suele decirse, una passeggiata porque sí, sin rumbo fijo.

—Claro, claro. Mire, le diré una cosa: al señor Vianelli le debo muchos favores, es un caballero muy generoso. Y cuando se fue a Suiza me encargó que velara por su esposa. Por lo que pudiera ocurrir.

¿Recibía un sueldo por estos servicios? Es decir, por olvidarse de cualquier información que pudiera perjudicar a Pilita. Yo diría que sí, eso explicaba muchas cosas. ¡Bendito Gianfilippo, que desde muy lejos y secretamente cuidaba de que no le pasase nada malo a la imprudente y arrebatada de su mujer! ¿Y qué mejor que sobornar a un policía?

—No lo sabía, pero le doy las gracias en nombre de la familia.

—Como es lógico, es mejor que eso no salga de estas paredes —y volvió su mirada hacia el retrato de Mussolini.

—Cuente conmigo.

—En el informe de nuestro agente, ya sabe cómo es la burocracia, por cualquier minucia se hace un informe por

triplicado, se dice que ha pasado usted por delante de Regina Coeli... El nombre es de iglesia, pero no lo es. Dicen que no se es un verdadero romano si no se han subido sus escaleras, pero por ahora es mejor que no las suba usted...

—Haré lo posible por evitarlo.

—Como sabrá, allí solemos encerrar a los más díscolos... Como el médico de su barrio, que al parecer estaba intentando ayudar a... Pero ¿qué le estoy contando, si no sabe usted nada de nada? ¿Me equivoco?

—Acierta plenamente, ispettore Zutta.

—Regina Coeli es un lugar poco confortable, aunque necesario. Pero no sé por qué le cuento... A usted, que es extranjero, persona de orden y además de un país hermano... En fin...

Se puso en pie penosamente, con el meñique se hurgó un oído, como buscando inspiración en sus profundidades, y me tendió una mano fofa y húmeda. Yo exhibí la mejor de mis sonrisas, y ya en la calle respiré hondo. El hombre de la pajarita era concienzudo, y el inspector sabía todo lo que se podía saber de aquel enredo, pero... Yo no sabía qué conclusiones sacar, aunque por ahora daba lo mismo.

* * *

Al día siguiente continuaba lloviendo, una lluvia incansable que me recluyó en el palazzotto. Desde las ventanas del salón el jardincillo de los limoneros tenía un aire lastimoso y taciturno, las horas pasaban con lentitud, y el máximo acontecimiento de la jornada fue un persistente ataque de tos de Porfiria.

Por la tarde sólo salí para ir a la central de teléfonos y poner una conferencia a Mercedes anunciándole que me disponía a regresar al cabo de dos o tres días. Por Madrid nada de nuevo, y en cuanto a las noticias que yo podía darle por razones obvias me guardé mucho de soltar prenda.

—Ya te contaré, ya sabes que con ella la normalidad consiste en meterse en líos.

—Procura no acabar entre dos carabinieri.

—Haré lo que pueda, pero es uno de los riesgos de ser hermano mayor. Por cierto, quiero proponerle que vaya a vivir con nosotros. ¿Te parece mal?

—En absoluto, tenerla en casa alejará cualquier tentación de aburrimiento.

—Lo estoy comprobando una vez más.

—Venid los dos, pero deprisita. Marichu Vélez me decía ayer

que según su marido, que es uno de los hombres mejor informados de España, Mussolini no tardará en entrar en la guerra.

—Exageraciones, por aquí hay calma chicha.

Me la imaginaba apartándose de la cara un mechón rebelde que segundos después volvería a taparle los ojos. Tantos años de matrimonio habían aguzado en ella un instinto para adivinar lo que prefería no decirle para no alarmarla. Si yo decía: Exageraciones, quería decir que quien estaba exagerando era yo.

—De todas formas, veníos pitando. Y trae un par de corbatas para los novios por aquello de que dentro de nada serán de la familia.

Un día más y seguía lloviendo, Wenceslao me mandó una nota lamentando que su fiel Paquito no hubiese conseguido averiguar nada acerca de los fugados, y Pilita se puso imposible. Aunque no tardó en distraerse gracias a su peinadora, que solía contarle los chismes del mundo exterior.

En Via Margutta una pareja que había sido sorprendida por la autoridad dándose un beso había sido multada con diez liras, más unos céntimos correspondientes al papel timbrado de la denuncia. La policía tenía que velar por la moral, pero al parecer el joven en cuestión había sido aplaudido por los transeúntes.

—Multas al amor, ¿tú te imaginas?

—Ya lo dijo Bécquer: No sé lo que te diera por un beso.

—Yo sí lo sé: Diez liras.

Otrosí. Se comentaba que era muy eficaz un remedio instantáneo para los orzuelos; apenas se advertía una rojez en el borde del párpado, se aplicaba el ojo al cuello de una botella, mirando fijamente su fondo durante unos minutos, con lo cual el orzuelo desaparecía como por arte de magia.

—Al menos es sencillo y barato.

—Si además curara, ya sería demasiado pedir.

También se rumoreaba que Claretta Petacci, la amante titular del Duce, recibía todos los meses, en concepto de subsidio para socorrer a los necesitados, la cantidad de doscientas mil liras, que salían del presupuesto de la Salud Pública. Según la vox pópuli, Claretta era una brava ragazza, pero muy gastosa.

—Es que hacer caridad se ha puesto por las nubes.

—También será dinero, como suele decirse, para alfileres.

—Muchos alfileres son.

Su hermana menor triunfaba en el cine con el nombre de No sé cuántos di San Servolo, ya que, decían las malas lenguas, como cantante no era muy allá. Y en cuanto al Yerno, las conquistas del

conde Ciano eran, como las de don Giovanni, mille tre. Entre las mujeres y el golf apenas le quedaba tiempo para ser ministro.

—Hoy en día los reyes hacen conde a individuos que nunca lo habían sido.

Además, aquella costurera tan aparente ponía los cuernos a su marido (aunque según ella sólo tenía un flirt, qué escándalo), y Elena Gori, la florista de la Piazza di Spagna, se había comprado un frigorífico de ciento veinticinco litros, El frío a domicilio, según los anuncios de la radio; y a saber cómo podía pagarse un lujo como aquél con lo que ganaba vendiendo flores.

—Tendrá muy buenos clientes.

—Será eso.

Otras novedades, la peinadora también sabía que aquel año se iban a llevar los sombreros tiroleses, y en materia de permanentes, con lo cual ya se entraba en el terreno de su especialidad, los caracolillos, que aparentaban ser naturales, eran muy solicitados por las señoras.

Pilita rechazó lo de los caracolillos, que le pareció algo frívolo y engañoso, y estuvo un buen rato mirándose al espejo y tratando de adivinar entre brumas si le gustaba o no tal como había quedado su cabeza. Luego, al echar de menos a Antonietta, se empeñó en leer por sí misma ayudándose de sus gafas y de una lupa, hasta que sus esfuerzos me conmovieron y me ofrecí para servirle de lector.

Cogí un grueso volumen encuadernado en piel que resultó ser la Divina comedia. Pensé que tal vez no fuese lo más adecuado como entretenimiento, pero ella insistió que no quería que le leyese otro libro, que era una historia llena de venganzas justicieras, lo que a su estado de ánimo le iba a sentar mejor.

—Me lo ha recomendado Giulio, es un joven muy instruido.

—Me parece muy bien, pero veo que aún estás en el Infierno. Cuántos horrores, ¿no?

—Aún se queda corto, al lado de lo que pasa...

—Es un punto de vista.

—Además, trae ideas muy ingeniosas para cargarse al prójimo.

—Estas reflexiones tuyas no son muy edificantes.

—Pareces un jesuita, déjate de monsergas. Dante es muy comprensivo con las debilidades humanas, fíjate en lo de Paolo y Francesca, se nota que está de su parte.

—Ay, los pecados de la carne...

—Sí, he oído hablar de ellos.

Y se echó a reír hasta ahogarse con su propia risa. Yo no sabía si tomármelo también a broma, ella tenía la cabeza muy lejos de allí,

en alguna región de la memoria que debía de ser inaccesible para los demás, y me dije a mí mismo que no debía de ser frecuente que los lectores de Dante se rieran a carcajadas con su pintura del Infierno.

—¿Leemos o no?

—Déjalo correr. Hoy es el día de la baronesa, prométeme que no faltarás; entre dos los conciertos de piano son más llevaderos.

Había oído hablar de la tal baronesa, que por supuesto no lo era; se trataba de una señora viuda que vivía estrechamente dando lecciones de piano, aunque al parecer ahora la juventud no sentía el menor interés por aprender a tocar el Para Elisa. Según expresión de Pilita, ya era de edad canónica, lo cual para ella tenía la ventaja de que no se le iba a ocurrir fugarse con un caballero mutilado.

Estaba claro que era una de sus pobres vergonzantes, y por lo visto para agradecer su generosidad, se sentía obligada a darle un concierto cada vez que la visitaba, y eso no parecía despertar ningún entusiasmo en Pilita. Socorrer al menesteroso jamás queda impune, me dijo por toda explicación.

Si el falsificador del Borgo cumplía su palabra, no tardaría en hacernos llegar los papeles del comunista. Siempre que el hombre de la pajarita no hubiese sido demasiado eficiente, o que el inspector Zutta no hubiera podido parar el golpe. Siempre que, siempre que, cuando se lo contase a Mercedes iba a poner los pies por alto.

Aunque seguro que, una vez las cosas ya no tenían remedio, Mercedes aceptaba los hechos consumados con una filosofía que estaba entre la resignación y el amor conyugal. Diría algo así como: Menudo par de locos. Y comentaría con mucha sorna: Claro que si tenía los ojos azules, ¿qué podíais hacer?

La baronesa hizo honor a los fiambres y gelatinas, además de unos pastelillos de almendras y miel que acompañaban el café, con un aire de suficiencia algo melindroso; se habló del tiempo, que seguía metido en lluvia, de no sé cuántos achaques que la atormentaban, y de lo cara que estaba la vida. Nueve mil liras por el nuevo modelo de la Fiat, se lamentó, como si su mayor preocupación fuera comprarse un coche.

—Como ves, es un poco rococó —me dijo Pilita en voz baja, mientras ella hacía sus preparativos con el piano.

Nos anunció un nocturno que pasó a interpretar como en éxtasis, y en un momento dado se interrumpió para decir: ¡Es demasiado hermoso! Pilita asintió con un movimiento de cabeza maquinal, como hubiese podido hacerlo si le hubieran preguntado si iba a

tomar más roast-beef.

Mientras, sin ningún respeto por Chopin, intercambiábamos cuchicheos referentes a la manifiesta incapacidad de Paquito, que nos estaba defraudando, y a las conjeturas que podían hacerse sobre el lugar en que se encontraban los fugitivos. Yo le decía que se habrían casado en Génova, y que luego embarcarían para España. De todas formas...

De pronto hubo un estropicio de cristales, alguien desde el otro lado de la verja había tirado un pedrusco haciendo blanco en la ventana. Pilita lanzó un grito de horror que no era propio de ella, y pareció que iba a decirme algo. Renzo acudió todo lo aprisa que le permitían sus piernas, examinó el proyectil caído sobre la alfombra, y sin vacilar lo presentó ceremoniosamente a Pilita en una bandeja de plata.

Era un trozo de ladrillo que llevaba atado con cordeles un abultado sobre. La baronesa, desconcertada, nos miraba alarmadísima, como preguntándose qué era de buen tono hacer en una circunstancia tan imprevisible como aquélla. Al parecer decidió que esperaría a ver cómo se lo tomaba la dueña de la casa.

Sin hacerle ningún caso, nosotros examinábamos el contenido del sobre, que a simple vista parecía muy satisfactorio. Hubiérase dicho que los documentos eran de verdad, y hasta estaban sobados y arrugados por el uso. ¡Qué artista!, exclamó mi hermana sonriendo a la baronesa, como si se refiriese a ella. Yo traté de disimular como pude:

—¡Hay que ver esos golfillos!

—No pasa nada, querida, siento la interrupción. Como el correo está imposible...

—Y la carta debía de llevar sello urgente —añadí en plan de guasa.

—Renzo, ¿no has olvidado un detalle?

Con la misma ceremonia el criado entregó a la pianista un pañuelito bordado que al desplegarse estuvo a punto de hacer caer varios billetes de banco. Como si no se diera por enterada, se apresuró a guardarlo todo en el ridículo de malla que había colgado del cordón en el respaldo de una silla. El concierto había llegado a su fin.

* * *

Después de hacer las maletas, bajé al salón, donde Pilita me esperaba para despedirme. Finalmente me iba solo, no había querido ni oír hablar de acompañarme. Cuando insistí en lo

peligrosa que podía llegar a hacerse la situación allí, se encogió de hombros, dando a entender que le importaban un rábano los supuestos peligros, y que no la atosigase.

—La vida no es como jugar a la lotería arriesgando alubias, como hacíamos de niños. Hay que jugarse el tipo.

—Siempre has sido peleona y tozuda, pero...

—Además, yo no dejo al servicio, y llevármelos a España sería condenarles a un destierro estúpido.

Giulio ya se había ido, aparatosamente disfrazado con un viejo gabán de Renzo y con un sombrero que le venía grande y que se había sacado de un arcón. Al verle con aquella facha pensé que era imposible que pasara inadvertido, parecía un espantajo o una máscara de carnaval, pero él estaba jocoso y con espíritu aventurero.

Me dijo que sólo se trataba de llegar a una iglesia donde le proporcionarían ropas más adecuadas para un supuesto viajante de comercio que iba a vender pasta asciutta a los suizos (el falsificador no se había roto los cascos inventando una identidad ficticia). ¿Y sabe qué iglesia?, me preguntó con aire pícaro. Sant'Andrea della Valle.

Enseguida caí: es la que sale en el primer acto de Tosca, su entusiasmo por Puccini no se iba a desmentir en aquella ocasión. Le contesté que menos mal que no se había fijado en Madame Butterfly, porque hubiese tenido que embarcar para Nagasaki. Todos nos reímos, más que de la broma, para poder reírnos de algo con tantos nervios.

El fantasma de la ópera, como yo le llamaba, desapareció de nuestras vidas, pero seguramente había otro en aquel caserón. ¿No fue por eso por lo que Pilita me llamó con urgencia a Roma? ¿O eran sólo figuraciones de la gente? ¿Había, como sospechaba el dottore, una especie de coco abominable que la asustaba por la noche?

—Me estaba acordando de que en tiempos de Napoleón, según dicen, el fantasma de María Antonieta vagaba por Versalles buscando a su hijo, el Delfín, que desapareció en medio de la escabechina revolucionaria.

—¡Qué historia más notable! —me limité a comentar, esperando que continuara.

—Por eso el Emperador, que era supersticioso como todos los corsos, nunca quiso ni pisar el palacio.

—Quieres contarme lo de tu aparecido, ¿no? ¿Es uno de esos fantasmas de sábana y cadenas que hacen Huuu?

—Muy gracioso. El único ensabanado que he visto en Roma fue Gandhi, que iba por la ciudad con una cabra para tener siempre leche al alcance de la mano.

—¿Algún secreto inconfesable? ¿Eso que los franceses llaman un retour de tendresse?

—Me halagas el oído, pero no tengo ningún cadáver en el armario, sólo ropa pasada de moda.

—Pero es verdad que en plena noche...

—Por la noche el demonio juega a la pelota con el alma. Entonces me despierto y veo al lado de la cama unos vagos contornos blanquecinos tirando a grises.

—¿Reconoces la cara?

—A plena luz y con gafas apenas te reconozco a ti, o sea que figúrate. Me habla, pero no le entiendo. Creo que me dice: Donna Pilar, qué desastre. Parece que me pregunta quién soy. Yo respondo: La señora Vianelli. Y entonces se oye un ruido de cristales rotos, como cuando se rompe el vaso de la mesilla de noche. Y vuelvo a dormirme.

Hablaba sin mirarme, con voz lenta, y tenía una expresión irreconocible, como de chino viejo. Tantos años de soledad en aquella casa podían haberle hecho perder la razón, o confundir los sueños con espíritus nocturnos. Había dejado de llover y asomaba un sol pálido y alegre.

—Pilita, me asustas.

—Hombre no es como para bailar un fandango, pero no hay que alarmarse. No es una visión terrible, sólo melancólica.

—Pero te inquieta.

—Los fantasmas están para eso, si no ¿para qué se aparecen? El pasado está lleno de fantasmas.

—Y estabas despierta, claro.

—Naturalmente, Manolo, le veía como ahora te veo a ti, es decir, muy mal. Y era alguien.

—Vamos a ver, ¿has probado a tomar somníferos?

—¡Jesús, qué prosaico te pones, pareces un médico! Es que no quiero somníferos. No es un fantasma malo. Te diré que estoy segura de que a quien veo es a mí misma. Cuando era joven, hace mucho. ¿Es grave?

—No lo sé, pero no es demasiado frecuente.

—Es como si quisiera decirme: ¿Qué has hecho de mí? Y no sé qué responder, Manolo. ¿Qué he hecho de aquella jovencita testaruda que siempre llevaba la contraria?

—Seguir llevando la contraria. ¿No has pensado en reunirte en

Zurich con Gianfilippo?

—Le pegaría un susto de muerte. En vez de mujer ha tenido una chiflada, y en vez de hijos negocios. Envejecer lleva su tiempo, y luego una no sabe si merece la pena.

Hizo un gesto que debía de querer significar ¿Para qué? Era ese ademán tan italiano, apiñando los dedos hacia arriba, como si me pusiera por testigo de que todo aquello no valía casi nada. Pero estaba ceñuda, como si estuviese librando un combate interior de resultado incierto.

—Me llamaste para contármelo, ¿verdad?

—¡Si supiera lo que hay que contar! Pero sí, necesitaba contártelo. Eres la única persona en el mundo que puede recordarme cuando era joven. ¿Sabes que tengo la edad que tenía mamá cuando murió? Es una edad final y materna. A veces creo que el fantasma me habla de mamá.

—¿Y bien...?

—Pero confusamente. ¿Te acuerdas de mamá?

—Claro.

—¿Me parezco a ella?

—Más bien no.

—Los fantasmas nunca se explican claramente, son fantasmas.

—Podría quedarme unos días más.

—No hace falta, y en Madrid te necesitan. Después de contártelo me siento mejor.

Sonreía con placidez; acercó su cara a unos centímetros de la mía, con los ojos entornados.

—¿Estás bien?

—Creo que sí. Oye, no aparentas la edad que tienes, qué bien conservado, estás hecho un pimpollo. Y en cuanto a Antonietta, ¿sabes lo que te digo? Que ha hecho bien largándose con el soldado. ¡Qué demonios, sólo se vive una vez! Supongo que ya sabes que su verdadero nombre es Onoria, y encima la llamaban Lele. Un horror.

—Menos mal que yo sigo siendo el que era.

—Por Dios, tú siempre serás Manolo.

Y me besó en la mejilla con una suavidad que tenía algo de aceptación de la vida. Propuso un brindis de adiós con mirabelle.

Final

Queridos madrileños:

Por fin puedo daros noticias mías, por aquí hemos estado tan atareados sobreviviendo que hasta ahora no me ha sido posible escribiros. El mundo ha dado muchas vueltas, hemos vivido años intensos y emocionantes, me levantaba por la mañana pensando: Ojalá lleguemos a la noche. Y aunque parezca mentira llegábamos.

No sufráis por mí, todos estamos bien. Durante la guerra milagrosamente no nos faltó de nada, recibíamos unos misteriosos paquetes de comida supongo que de parte del ángel de la guarda, y en medio de aquel fregado, que fue memorable, nadie nos molestó. Gracias por las gestiones que hicisteis para repatriarme, pero eran sucesos que no podía perderme.

¡Qué razón tenía Manolo al prevenirme que no me fiara de Mussolini! Una calamidad tras otra, y cuando el chisgarabís de Ciano tomó la iniciativa, todo fue de mal en peor. Cuando me enteré de que los italianos querían defender Roma de Hitler, me eché las manos a la cabeza. Estamos perdidos, me dije. Y no me equivocaba.

Luego pasaron cosas terribles, pero os diré que sólo un alemán llegó a pisar mi casa, y con una cortesía impecable. Tenía un nombre dificilísimo, y yo para simplificar le llamaba El Rubio, Il Biondo. Era un oficial empeñado en hacer muchas preguntas, eso sí, con una buena educación digna de todo elogio.

Al principio incluso le miraba con ojos maternales, como a un hijo imposible que hubiese tenido la ocurrencia de nacer en el extranjero. Aunque muy fisgón. Tan bien puesto en su uniforme sin una arruga, recién afeitado, sonriente. Sólo le faltaba decir: No te preocupes, mamá, voy a solucionártelo todo. Pero, claro, no lo dijo, y enseguida comprendí que tenía que hacer de Emma Gramatica.

Le recibí en plan de gran sultana, y con la excusa de que el palazzo estaba ruinoso, le hice pasar a la saleta que da al zaguán. Le iba contestando con no sé cuántos desvaríos, por ejemplo, que los Vianelli descendían del papa Borgia, e incluso le pregunté con cara

de inocencia: Todo eso de Hitler, ¿va en serio? No me contestó.

Luego, cuando le hablé sin que viniera a cuento de María Antonieta y del conde Axel de Fersen, no pareció muy conmovido por aquellos amores imposibles. Reverencia, taconazo y se fue con la convicción de que estaba como un cencerro, que es lo que yo quería que creyese. Hacerme la loca se me da muy bien. No creo que esto afectara demasiado al curso de la guerra.

No podía dejar que curiosearan por el palazzo, porque tenía huéspedes que preferían no ser vistos. Además de la baronesa, a la que acogimos porque la echaron de su pensión, se alojaban en casa nada menos que una docena de personas, toda una tribu de Israel, los Gittel. No supe decirle que no al párroco cuando me pidió que me hiciera cargo de una familia de refugiados judíos, pero lo que no me dijo es que fuese una familia tan numerosa.

En fin, nos apañamos como pudimos, y me acostumbré a tener siete u ocho niños correteando por la casa. Fue como un aprendizaje de abuela. Antes solían decir: Roma, la que a los locos doma. Creo que empecé a domarme. Fueron tiempos difíciles, con mucho miedo en el cuerpo, pero el miedo, como las pesadillas, enseñan mucho.

Cuando llegaron los americanos hicimos un descubrimiento sensacional: Nadie nunca había sido fascista. Cosas que pasan. La baronesa se fue a vivir a Turín con una hermana suya, y los Gittel emigraron a los Estados Unidos, donde tenían parientes. Me quedé sin nadie a quien esconder, fue todo un cambio, palabra que lo echaba de menos. Hay que aceptar lo imprevisible

Este caserón, que huele a naftalina y a diablos, era aburridísimo, hasta Renzo, Porfiria y las demás, que despotricaban de mis invitados porque hacían añicos nuestras rutinas, se pusieron melancólicos. Tenían mucho menos trabajo, pero sin alicientes, no podían quejarse de nada, y esto es difícil de sobrellevar.

Para remediarlo tomé varias medidas. Una fue ordenar una limpieza general de la casa, un baldeo a conciencia, como no se había hecho en siglos. Esto les tuvo a todos muy ocupados, y pudieron quejarse de que ya no tenían edad para tanto trajín. Y luego adopté a dos huérfanos de la guerra: Sebastiano y Bernarda. Que conste que no les he cambiado el nombre.

A vosotros, que ya sois abuelos, no os descubriré nada nuevo si os digo que el abuelazgo es la institución más sabia de nuestra sociedad. Nada se puede comparar con ella. Es algo dulce y permisivo que todo lo toma a bien y todo lo comprende, y que abre una ventanita al futuro; que no veremos, que será todo suyo, pero que se puede adivinar con sueños felices.

Y aquí me tenéis, haciendo de abuela, atenta a todos los caprichos de estas criaturitas, que son muchos y deliciosos. Me he comprado un coche, tengo chófer, un tal Guido que es muy zalamero, y sabe cómo engatusarme. Salimos mucho a pasear por el Pincio, el Gianicolo o las afueras. He dejado, pues, de ser sedentaria hasta la reclusión.

Y ya no tengo tiempo ni ganas de acordarme de la Revolución Francesa. La verdad es que renunciar a las manías es lo que más cuesta, pero tengo que ocuparme de muchas cosas de ahora mismo, y después de lo que han sido estos últimos años de la guerra, lo de los jacobinos y la guillotina me parecen bobadas.

Otra novedad, soy inmensamente rica. Sí, sí, tal como lo oís. Un buen día recibí una comunicación notarial informándome de la muerte de Gianfilippo en Zurich, le falló el corazón inesperadamente (lo cual demuestra que nada más peligroso que vivir en un país que siempre está en paz). Me lo ha dejado todo, no sé qué hacer con tanto dinero.

Il dottore, al que habían confinado en las islas Lipari, en el cuarenta y tres recobró la libertad, anduvo por ahí creo que sirviendo de enlace con los partisanos y ayudando a esconderse a los perseguidos. Viene a verme a menudo, y no me importa, al contrario, con la única condición de que no me hable nunca de mi salud.

Giulio es ahora un gran personaje, ocupa no sé cuántos cargos, y cuando tengo un problema él se encarga de resolvérmelo. Ah, y me ha proporcionado un abono gratuito para la ópera. Finalmente, un buen día recibí una carta de España que no era vuestra: la señora Valenzuela, de soltera Vianelli, me daba cariñosas explicaciones y me pedía disculpas. Me decía que era muy feliz con Ginés y que tenían tres hijos, han aprovechado el tiempo. A la mayor le han puesto Pilar.

Manolo se acordará de un policía que él conoció y que se llama Zutta. Cuando supe que había enviudado, lo primero que hice fue llamarle. Le di las gracias por todo lo que había hecho por mí, le doblé con carácter vitalicio el sueldo que había estado cobrando y le dije que siempre había intuido su existencia. Porque una puede pasar por alelada y lunática, pero tonta no es.

No tengo más novedades, me acuerdo mucho de vosotros, y también de Madrid, que debe de estar muy bonito. Ya habrán terminado la Gran Vía. ¿Sigue existiendo el agua de Lozoya? ¿Aún quedan ardillas en la Casa de Campo? La plaza de Oriente no se habrá movido de su sitio, con sus castaños y todo, faltaría más.

Aquella visita nocturna de que le hablé a Manolo no ha vuelto por casa. Me sobresaltaba un poco, pero también la echo de menos. Había llegado a convertirse en una costumbre de la que aprendí mucho. ¿Que qué fue lo que aprendí? La verdad es que no tengo ni idea, pero sé que fue algo muy bueno. Las mejores lecciones deben de ser las que se olvidan y al olvidarlas nos transforman.

El tiempo no se acaba, siempre vuelve a empezar. Éste ha sido un hallazgo de la vejez, quizás ilusorio, pero de eso vivimos. Dicen que todo tiene un fin, pero tiendo a creer que es una suposición infundada.

Os quiere mucho

PILAR

Dramatis personae

DON MANUEL, caballero español que va a Roma por asuntos de familia.

DONNA PILAR, Pilita para los suyos, hermana del anterior.

EL PADRE de ambos, ya fallecido. Los datos escasean.

ANTONIETTA VIANELLI, que lee en voz alta. Pariente pobre.

PORFIRIA, que no se llama así, sirvienta de toda confianza.

DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES, esposa de don Manuel.

GIANFILIPPO VIANELLI, marido de Donna Pilar. Vive en Suiza.

FERNANDO SALCEDO. Desapareció en el frente del norte.

SU PADRE HOMÓNIMO. Se le recuerda por sus ojos azules.

MARÍA ANTONIETA. Fue reina de Francia y acabó muy mal.

ARACELI Y VICTORIA, hijas casaderas de don Manuel. Tienen novio.

ALBERTO LISTA, un poeta convertido en nombre de calle.

RENZO MUTTI, viejo criado al servicio de los Vianelli.

SU MAJESTAD DON ALFONSO XIII. Sigue en el destierro.

DOÑA MARÍA CRISTINA, madre del anterior. Fue reina regente.

GIORGINA CACCIALUPI, otra criada, también algo vetusta.

LETIZIA BUONAPARTE, madre del Emperador. Su lema es: ¡Con tal de que dure!

UNA COCINERA cuyo nombre no se consigue recordar. ¿Attilia?

BENITO MUSSOLINI, el Duce. Viene a ser el amo de Italia.

FRANCISCO FRANCO, Caudillo se supone que por gracia de Dios.

EL PRIMO LORENZO, personaje muy singular en sus manías.

DOCTOR ALDO LOCATELLI, que también vive en Via del Babuino.

SIGMUND FREUD, ilustre médico vienés que lo sabe todo acerca de

los sueños.

VÍCTOR MANUEL III, rey-emperador. Es excesivamente bajito.

ADOLF HITLER. Fue cabo durante la gran guerra, pero ya ha ascendido.

EL PADRE ATIENZA, jesuita madrileño. Piensa que podríamos estar peor.

EL PADRE GONZÁLEZ LINDE, otro jesuita. Murió cuando lo de Primo de Rivera.

DOMENICO CARACENI, el mejor sastre de Roma (Via Boncompagni).

ELSA SCHIAPARELLI, modista romana con tienda en París.

DARIO NICCODEMI, dramaturgo italiano, especialista en dramones.

NÍOBE, dama de la antigüedad a quien el dolor convirtió en piedra.

TOMASO MINARDI, pintor italiano. Vivía en una buhardilla.

LUIS XVI, rey de Francia. La Historia le hizo perder la cabeza.

FRANÇOIS BOUCHER. Pintaba asuntos galantes, a veces en abanicos.

ROBESPIERRE, un dogo de Burdeos de apariencia innegablemente feroz.

FRANZ LISZT, compositor y pianista húngaro. Muy afamado.

LA PRINCESA CAROLINA DE SAYN-WITTGENSTEIN, amante del anterior.

GIACOMO PUCCINI. Se le deben óperas que emocionan hasta las lágrimas.

MARIO CAVARADOSSI, pintor y patriota romano. El gran amor de la Tosca.

CONDE GALEAZZO CIANO. Dicen que un botarate a quien sólo interesan las mujeres, el whisky y el golf.

GINÉS VALENZUELA. Joven español que es un caballero mutilado.

NORMA SHEARER, actriz norteamericana de notable distinción.

TYRONE POWER, un galán de cine. Guapísimo y seductor.

AXEL DE FERSEN, conde sueco enamorado de una reina.

JOHN BARRYMORE, el mejor perfil del séptimo arte.

GIULIO SAVIOTTI. Quizá peligroso, pero tiene los ojos azules.

RODOLFO, un poeta bohemio. Todo lo dice cantando.

MIMÌ, señorita parisiense. Está muy enamorada.

ANTONIO CRIPPA. Tiene tienda en el rione del Borgo.

PASQUALE LANOCITA, joven dependiente del anterior.

DANTE ALIGHIERI, el Poeta con mayúscula, no hay nadie como él.

ELISEO BERNAL, al parecer un criado fiel e imperturbable.

AMARANTA, antigua niñera que se casó equivocadamente.

TÍA REMEDIOS, señora soltera que sigue allí pase lo que pase.

KARL MARX, político y filósofo alemán muy hirsuto.

EL PADRE JERÓNIMO RIPALDA, S.J. Célebre por su catecismo.

UN INDIVIDUO CON PAJARITA. Su nombre en clave es Sor Capanna.

DON WENCESLAO DE LA PEÑA Y AGUDILLO. Agregado comercial.

ANNALISA NO SÉ CUÁNTOS. Rubia con esperanzas cinematográficas.

PAQUITO, un joven eficiente, pero se esperaba más de él.

FULVIO CAPOFERRI, policía romano. Tal vez un poco guasón.

ZENONE ZUTTA, inspector. Con más conchas que un galápago.

DON ANTONIO CÁNOVAS. Un político con quevedos.

CARLOTA CORDAY D'ARMONT. Maneja bien el cuchillo.

CAMILLA RAIMONDI, peinadora. Sabe todo lo que se puede saber.

CLARETTA PETACCI, la querida del Duce. Es dulce y algo gastosa.

SU HERMANA, que hace cine con papeles de cierto descaro.

MARCELLINA TERUZZI. Según ella, sólo tiene un flirt.

ELENA GORI, florista de la Piazza di Spagna. Compra una nevera.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER, poeta español. Sus amores son tristes.

PAOLO Y FRANCESCA, habitantes del Infierno por amar en exceso.

LA BARONESA, que no lo es. Señora viuda que toca el piano.

CHOPIN, músico polaco sobradamente conocido.

LIVIO SIROLA, que hace un reparto a domicilio algo peculiar.

MARICHU VÉLEZ, señora de Madrid siempre bien informada.

MAHATMA GANDHI. Es indio y se pasea por Roma con una cabra.

UNA PRESENCIA muda y blanquecina que pertenece a la noche.

EL RUBIO, oficial alemán, dechado de cortesía, pero preguntón.

EMMA GRAMATICA, gran señora del teatro. Lo suyo son los dramas.

ALEJANDRO VI, el Papa Borgia. De discutible moralidad.

LOS GITTEL, familia judía que tiene que esconderse.

GUIDO AVERSA, chófer encantador y un poco cuentista.

SEBASTIANO Y BERNARDA, huérfanos en la Roma de la posguerra.